



Año I Número 4

REVISTA DE LITERATURA Y ARTE

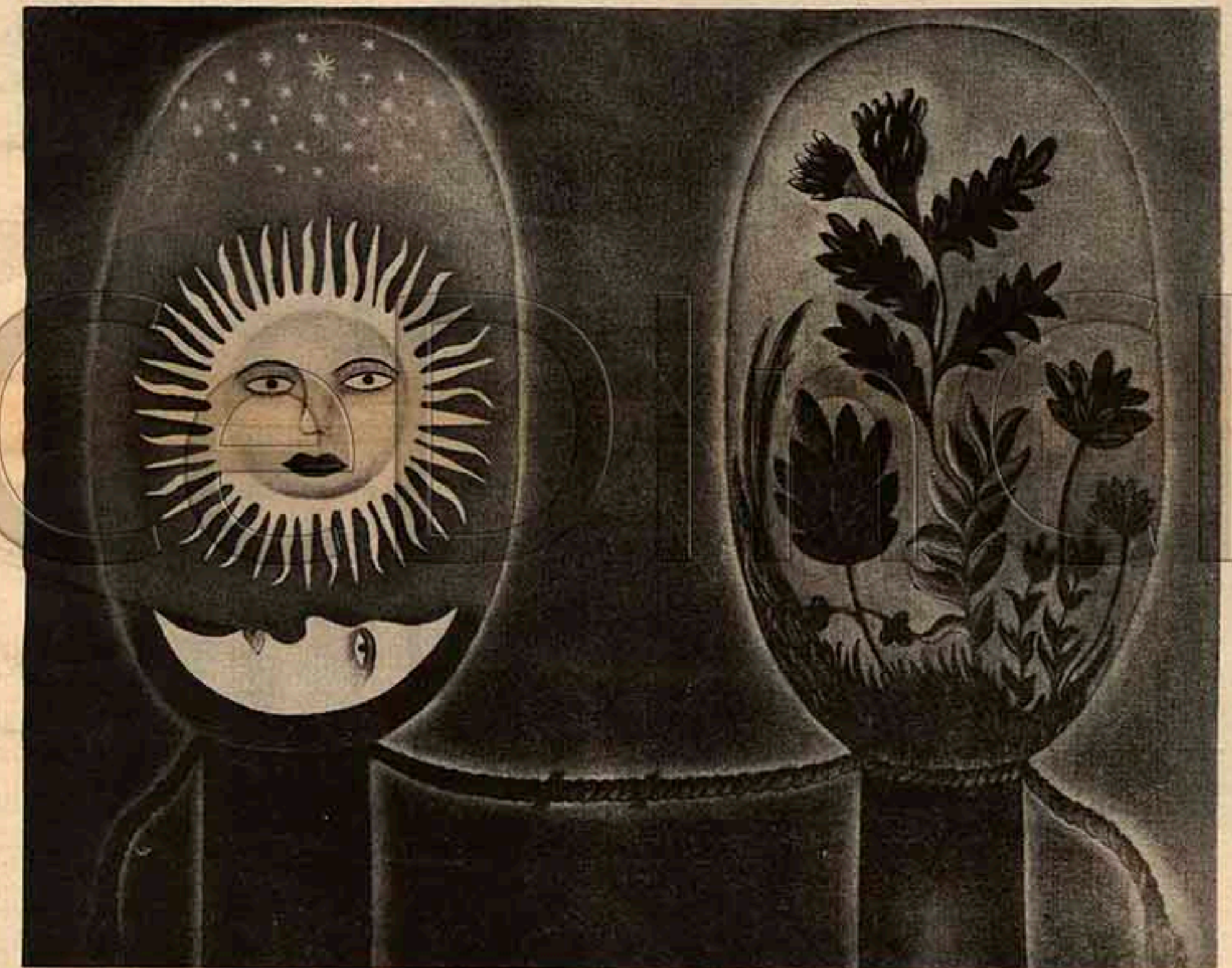
Invierno 1984 \$2.00

TEXTOS DE:

José Abreu Felipe, Juan Abreu, Reinaldo Arenas, Jesús J. Barquet, Antonio Benítez Rojo, Giulio V. Blanc, Carlos A. Díaz, Mauricio Fernández, Natalio Galán, Reinaldo García Ramos, Enrique Labrador Ruiz, Carlos Montenegro, Enrique Guillermo Morató, Marcia Morgado, Jorge Oliva, Alicia Rodríguez, Migdalia Riverol, Severo Sarduy, Roberto Valero, Carlos Victoria

ILUSTRACIONES:

María E. Badías, Hans Bellmer, Luis Cruz Azaceta, Roberto Estopiñán, Ramón Guerrero, Emilio Sánchez, Jesús Selgas, Torgia, Susan Zukowski



TORGIA: Sin título. Dibujo

CARLOS MONTENEGRO

Dos cuentos inéditos

SEVERO SARDUY: Pero por otro camino
REINALDO ARENAS AZOTA A EUROPA (entrevista exclusiva)

Natalio Galán: **Concurrencias musicales cubanas**
José Abreu Felipe: **Homenaje a Rilke**
Reinaldo García Ramos: **Montaner describe la asfixia**
Jesús J. Barquet: **Un Lezama inventado por el horno**



CONTENIDO

Severo Sarduy: Pero por otro camino	3
José Abreu Felipe: Poemas	6
Reinaldo Arenas azota a Europa	7
Carlos A. Díaz: Las puertas de la noche	9
Natalio Galán: Concurrencias musicales cubanas	11
Roberto Valero: Laberintos dialécticos	13

EXPERIENCIAS

Migdalia Riverol: Diario de una becada	14
Mauricio Fernández: Transferencias de un paraguas en mediodía	15

CONFLUENCIAS

Carlos Montenegro: Dos cuentos inéditos	16
La sortija de los Dioses Naguales	19
El regreso	20
Marcia Morgado: No muy lejos del mar	21
Montenegro y su obra: tres comentarios	22

Enrique Guillermo Morató: Tovarich	22
Jorge Oliva: Washington Square: crónica de los pobres amantes	23
Juan Abreu: bolero (de Ravel)	24
Cartas de los lectores	25
Reinaldo García Ramos: Montaner describe la asfixia	26

LIBROS

Jesús J. Barquet: Un Lezama inventado por el horno	28
Carlos Victoria: Realidad con disfraz de quimera	29

Enrique Labrador Ruiz: Ojeada al sesgo	30
Giulio V. Blanc: Exposiciones recientes	30

URGENCIAS

Informe de Amnistía Internacional	31
-----------------------------------	----

Fe de erratas	31
Miró, visitante perenne	32
Alicia Rodríguez: Miró en París	32

Este número ha sido ilustrado por:

MARIA E. BADIAS estudia en Georgetown University, en Washington D.C. Sus dibujos han aparecido en numerosas revistas publicadas en Estados Unidos.

HANS BELLMER (Kotowice, Alta Silesia, 1902 - París, 1975) estuvo ligado al movimiento surrealista francés y desarrolló una obra de dibujante que está entre las más imaginativas de nuestra época. Fue internado en un campamento durante la ocupación nazi. Su colección de fotografías Juegos de la muñeca fue dada a conocer en 1949.

LUIS CRUZ AZACETA (La Habana, 1942) llegó a Estados Unidos en 1960. Estudió en la School of Visual Arts de Nueva York, ciudad donde reside. Ha tenido exposiciones individuales en Chicago, Nueva York y Miami, y ha participado en numerosas muestras colectivas.

ROBERTO ESTOPINÁN (La Habana, 1921) es uno de los escultores cubanos de mayor prestigio. Ha expuesto desde 1943 en innumerables exposiciones individuales y colectivas, tanto en Cuba como en el extranjero (México, París, Estados Unidos, Brasil, Argentina). Vive en Estados Unidos desde 1961.

EMILIO SANCHEZ (Camagüey, 1921) estudió en el Art Student's League, de Nueva York, ciudad donde tuvo su primera exposición personal en 1949. Su obra ha sido expuesta en muchas ocasiones en los Estados Unidos, América Latina y Europa, y ha sido incluida en las colecciones del Metropolitan Museum of Art y otros museos importantes. No regresa a Cuba desde 1960.

JESÚS SELGAS (Cienfuegos 1951). Estudió diseño y pintura en Cuba. Salió por Mariel en 1980. Vive en Nueva York. Ha participado en diversas exposiciones colectivas en Estados Unidos.

TORGIA es un anagrama, seudónimo artístico de Margarita Camacho, pintora española que reside en París, donde ha desarrollado una destacada labor.

SUSAN ZUKOWSKY es una pintora norteamericana radicada en Miami. Su obra ha sido muy elogiada por la crítica.

El trabajo tipográfico de este número fue realizado en los talleres de ART & IDEAS 151 52nd St. West New York - New Jersey 07093. Tel. (201) 662-0309

REPERTORIO ESPAÑOL

Una compañía de teatro profesional que presenta lo mejor del teatro clásico español y contemporáneo latinoamericano. Producciones en español.

TEMPORADA 1984-1985

PILAR RIOJA *Baile clásica español y flamenco*

HABANA! *Una antología musical*

EL DIA QUE ME QUIERAS de José Ignacio Cabrujas

LA ZAPATERA PRODIGIOSA de Federico García Lorca

DONA FRANCISQUITA *Música de Amadeo Vives y texto de*

Lope de Vega

LA VALIJA de Julio Mauricio (Argentina)

BODAS DE SANGRE de Federico García Lorca

REPERTORIO ESPAÑOL acepta solicitudes de gira para presentarse en cualquier lugar de los Estados Unidos.

Para mayor información escribir a:

REPERTORIO ESPAÑOL

138 East 27th Street, New York, NY 10016

Teléfono: (212)889-2850



REVISTA DE LITERATURA Y ARTE, INC.

Año I Número 4 - Invierno 1984

Esta revista se edita y se imprime en Nueva York. La correspondencia deberá enviarse a:

MARIEL

P.O. Box 2788

New York, NY 10185

NOTA IMPORTANTE:

Aunque a partir de este número la revista MARIEL ha pasado a imprimirse en Nueva York, una parte de nuestros editores permanecerá en Miami, donde continuarán la labor de recopilar materiales para nuestra publicación y atenderán otras tareas relativas a futuros números.

Con el fin de mejorar la manera en que hasta ahora hemos atendido nuestra correspondencia, unificaremos la recepción de la misma en nuestra dirección de Nueva York:

MARIEL

P.O. Box 2788

New York, NY 10185

Rogamos a los lectores que dirijan todo el correo a esta última dirección. Asimismo, aquellas personas que se hayan suscrito y hayan confrontado dificultades en la recepción de los ejemplares publicados hasta ahora deben escribirnos y darnos los detalles precisos de su suscripción y de su dirección, para evitar futuros extravíos. Esperamos que de este modo nuestra revista mantendrá un contacto más estrecho con su público.

CONSEJO DE REDACCION

Juan Abreu - Reinaldo Arenas - Reinaldo García Ramos

CONSEJO DE EDITORES

Juan Abreu - Reinaldo Arenas - René Cifuentes
Luis de la Paz - Reinaldo García Ramos
Roberto Valero - Carlos Victoria

EDITORIA ADMINISTRATIVA

Marcia Morgado

DISEÑO GRAFICO

Abreu Felipe

Marcia Morgado

ASESORA

Lydia Cabrera

TIPOGRAFIA

Humberto Porta

En el empaque de este número han colaborado

Ernesto Briet

Jesús Selgas

La revista MARIEL aparecerá trimestralmente.

El precio de ejemplar es de US\$ 2.00

La suscripción anual (4 números) será en Estados Unidos de US\$ 10.00 para particulares y US\$ 15.00 para instituciones.

Fuera de Estados Unidos, la suscripción anual (4 números) será de US\$ 20.00 dólares tanto para individuos como para instituciones.

Una categoría especial de Suscriptores de Honor estará a la disposición de aquellas personas e instituciones que contribuyan a nuestra revista con un mínimo de US\$ 50.00 al año. La lista de Suscriptores de Honor de la revista aparecerá publicada en cada número, debidamente destacada.

La revista Mariel no se compromete a devolver materiales o colaboraciones no solicitados, a menos que los mismos vengán acompañados de un sobre franqueado con la dirección del autor. En ningún caso la revista se compromete a mantener correspondencia o debate alguno sobre materiales o colaboraciones no solicitados.

La selección de materiales publicados, en esta revista es realizada por el Consejo de Dirección, siguiendo el principio democrático de la simple votación en favor o en contra.

El contenido de los textos publicados es responsabilidad de sus autores. Las opiniones de los editores de la revista se expresarán en editoriales. Cada editor firmará con sus iniciales las contribuciones a la sección "Urgencias".

SUBSCRIPTORES DE HONOR

Maria Badias

Alicia Rodríguez

Elda Maria Phillips

J. M. Bosch

Franklin García Sánchez

Mariel quiere agradecer especialmente su colaboración a el Dr. Thomas Zamorano, (Volunteer Lawyers for the Arts)

Mariel, Revista de Literatura y Arte, Inc. Una organización no lucrativa.

Pero por otro camino

Severo Sarduy

Cocuyos en un pomo, empañadas tarolas fantasmales: así vió Colibrí, cuando se exilaba huyendo de la Casona, las linternas desasosegadas que lo buscaban por el techo, y como encapuchados, con espesos abrigos de ceniza, a los cumplidores ballenatos, prestos a darle caza y devolverlo a la Patrona.

Se alejó por la maleza corriendo en zigzag, para no ser alcanzado por el disparo de ningún arma. Los helechos gigantes le ofrecieron una llovizna fresca.

Reconoció en la obscuridad, aunque ya borrado por una yerba sensible que se contraía al contacto de sus pies con un temblor eléctrico y viscoso, como el de un lagarto pinchado, el sendero que en un día de fuga había seguido con el japonés.

Las grandes piedras redondeadas y blancuzcas, gigantes acurrucados en la manigua, esplendían en el azul nocturno, bañadas por un rocío nacarado y lunar.

Pasó silenciosa, dividiendo en dos el cielo, sin mover las alas, una garza.

Se oían a lo lejos, estridentes y coléricos, los alaridos de unos monos en celo, que se disputaban la cópula con alguna hembra.

Siguió el camino sin esfuerzo, como quien recorre de memoria un laberinto familiar o somero.

Entre unos árboles que liberaban hacia lo alto de la noche copos algodonosos, minúsculos pájaros sin peso, y se aferraban al suelo con lianas rectas, la reconoció enseguida: la cabeza colosal volvió a mirarlo.

Junto a ella, a la sombra de los gruesos labios, quedó rendido, hasta el otro día, con la seguridad de quien reposa junto al centro a partir del cual todo se nombra, todo se orienta.

Se despertó sosegado, no solo. Junto a él, mirándolo dormir, viviéndolo, sí, como un guardián celoso, o un leal perrote desvelado, se encontraba... Adivinen quién: el Japonésón.

Los cleptómanos del relato —autores putativos de los capítulos anteriores—:

—¿Cómo? ¿Pero no lo había balaceado y dejado como un guayo la Gerente, en aquel remojadero inmundado de la capital?

Eso contó ella, hurtando a su vez el plot sobrecogedor de estas aventuras —ladrón que roba ladrón...—. En realidad, el gomoso karateca escapó, con algunas perforaciones es verdad, pero vivito y coleando, al evitar, con un oportuno salto de samurai, los desacertados tiritos de la enajenada, que fueron a incrustarse en las tablas del estrado donde se refocilaban, entre vapores violáceos y mentolados, de eucalipto y yerbabuena, los atinados fornicantes.

Aún pueden verse en la madera —y el ojizarco buscavida, vestigio innoble de aquellos tiempos, no deja de mostrarlo a los incrédulos que apuestan— los estigmas de ese miserable milagro, ojos calcinados y vacíos, huecos negros.

Tampoco murió la enana.

Escapó a su patatú carioica, aunque, la pobre, más adefésica y escuchimizada que antes, si es posible.

Desapareció en el delta, cuidadora de perros para carcazas, y según parece, viviendo con ellos, sarnosa y nocturna, ella que era tan pizpireta y presumida.

Pero, ver para creer: travestida en varón, con un trajecito de terciopelo blanco y un gran lazo punzó en el cuello, guantes de cabritilla y un perrito personal, chiguagua para no romper las proporciones, y monísimo, hecha un verdadero príncipe arrogante y veleidoso, exigiendo un cambio completo de maquillaje y vestuario a la menor contrariedad, o la substitución de todo el equipo técnico, hoy triunfa en Hollywood.

Con el pseudónimo tolosano de Hervé de Villechaise, y una biografía mechada con anécdotas hurtadas al curriculum de las grandes estrellas, o al de la nobleza napoleónica, como un verdadero bebé foca, pasó a nado y sin mal la frontera, suscitando el desquicio de los pastores alemanes que vigilan el estrecho río, y que, perturbados por sus olores, comenzaron a babear y a dar vueltas en redondo, tratando, los muy sangrones, de morderse la cola.

Sin más bagaje que su verborrea y un saco de cuero de bandido siciliano, que ahora substitula, repleto de drogas y de navajas, a la pavosa



MARIA E. BADIAS: Laura. Tinta y grafito sobre papel, 14 x 11, 1983.

carterita de galalí con fruticas de brilladera, se personó un día solicitando un empleo de chofer de locomotora, para un trensito de niños, en los estudios más prestigiosos de la Meca del Séptimo Arte.

Lo contrataron enseguida, pero para protagonizar una serie policiaca. Y en cine sonoro.

Hoy, con sus veinte y siete kilos y esa estatura que justifica el socorrido aforismo sobre el perfume bueno, aparece en una revista americana mostrando sus residencias secundarias, y en las últimas piscinas de que disfruta, palanganas deformes que él mismo se diseña.

Se ha casado tres veces, y sus mujeres, de talla normal, aseguran que es un amante excepcional. Aprendió a cocinar.

Pero, volvamos a nuestros corderitos: tenemos, juntos en la maleza, de nuevo, a Colibrí y al generoso nipón. ¿Qué sucede?

Escuchemos.

No se oye nada.

Sí: el rumor de la tierra. Y allá, arriba, entre las ramas que terminan flores rojas, como manchones de una sangre arcaica y resaca, despliegue blanco, el leve aleteo de un búho.

No se oye nada. La sabia ascendiendo por los troncos que se bifurcan, la libación de una

mariposa, el brusco salto de un conejo.

Modela su espiral un bejuco.

Se vira lentamente la hoja del caimito.

Estalla y cae una güira.

La mano de Colibrí, aún embotada por el sueño, se acerca al otro cuerpo, desnudo y fresco. La toma entre las suyas el inesperado compañero, y con fuerza, con una silenciosa autoridad, la conduce hasta su sexo. Sin hablarse, se acarician. Sin mirarse. Ahora, con la lengua, recorre Colibrí las nalgas tersas del karateca, la ranura que las separa, curva y abierta.

El japonés le lame las manos anchas, a la vez nudosas y blandas, los dedos de grandes uñas aplanadas, como espátulas, el borde tembloroso de los párpados.

Uno sobre el otro, ruedan sobre la yerba húmeda, sobre las sensitivas que se cierran.

¡Qué descarados! No bien se encuentran y ya se entregan, sin el menor preámbulo, a los más obscenos contubernios, al comercio más nefando. Da asco.

Sólo cuando concluyeron aquel afectuoso estrechamiento se miraron, como si entonces se encontraran y reconocieran.

—Cuidado— susurró inquieto, mirando hacia la maleza el japonés, como si detectara un ruido

enemigo, la oscura proximidad de un peligro—. Hay cazadores.

Y, tomando un respiro, mientras retiraba las manos manchadas del cuerpo, pegajoso del mismo blanco, de Colibrí:

—Pululan en esta zona. Andan armados y desnudos.

—Espera— respondió Colibrí.

Y de un salto, agarrándose a las fibras verdinegras que apesaban la Cabeza en su red, apoyó el pie derecho en el borde del casco de jugador de pelota, y quedó parado sobre la convexidad del cráneo olmeca. Miró a su alrededor, oteando, tratando de adivinar, detrás de la espesura, el menor signo, el grito de una torcaza asustada, la ruptura de un gajo, el menor indicio que delatara la presencia de los esbirros.

—Nadie— señaló al amante matinal, que lo miraba mirar y esperaba impaciente su veredicto.

Nadie. A menos que se hayan pintado de verde. O cubierto de ramajes el pecho. A menos que se despiquen sin peso, sin tocar el tapiz malva de minúsculas florecillas que cubre el suelo, y salten illesos sobre los nidos de hormigas bravas, los guijarros, la zarza picante, el aguijón del alacrán azul, el crujiente carapacho del tato y la dormidera.

Nadie.

Cayó Colibrí de nuevo en el claro.

Sudaba. Con los dedos se alisaba las greñas rubias enredadas. Se sacudió las gotas del pecho, de los brazos. Se sacó, y volvió a colocárselo debajo de la lengua, el grano de jade. Las cejas negras y los tatuajes le brillaron con un mismo fulgor húmedo; en sus pupilas, reducida a un reguero de hilachas verdes y de puntos dorados, se reflejó la jungla.

Se secó, igualmente sudado y aún erecto, el miembro untado de la saliva y del semen del japonés.

—Cuando caiga la obscuridad —dijo—, atravesaremos este manigüero, poco a poco, hasta el delta. A ver si pasa algún barco de monos y nos recoge.

Pasaban los días escondidos en lo más denso de la maraña donde las fuertes lianas tejen empalizadas concéntricas y se escuchan desde lejos, cortando cujes para abrirse paso, los machetazos de los que se acercan.

Encontraron refugio en una gruta rojiza y cálida, como una casa irregular de arcilla, que descubrieron caminando siempre hacia el este, a partir de la cabeza colosal, guiados por el nítido dibujo de las estrellas.

El suelo, bajo una espesa capa de guano milenar, estaba tapizado de huesecillos, piedras talladas en forma de hacha y pequeños ídolos de múltiples collares y grandes falos, sombreros puntiagudos y ojos saltones.

Suspendida por las patas a las anfractuosidades del techo, exhibiendo la simetría inmóvil de sus alas membranosas y afiladas, dormitaba, en un alboroto de señales inaudibles, una colonia de murciélagos.

Bajo esas estalactitas negras, en los acolchonados repliegues de la tierra, uno en el otro durmieron juntos de nuevo, hasta que la luz morada y transparente que filtraba por la entrada, como el tunsteno de una gran lámpara, se fue atenuando, ensombreciendo, manchando de naranja, y luego de gris y de negro, hasta que desapareció tragada por la noche de los pájaros insomnes, de las serpientes y los muertos.

Cuando, detrás de los picos y las alas, de los canutos vinosos y las anchas hojas lanceoladas, surgió la luna redonda y blanca, entonces abandonaron la casa blancuzca y tibia para, siguiendo la ruta de las grullas que derivan hasta la madrugada, como flechas de tiza, hacia el abra, hundirse en la breña cenagosa, esperando oír los motores tosqueantes o la ronca sirena de alguna embarcación fluvial.

Caminaron dos días a la deriva, quizás dando vueltas en redondo. Creyeron pasar varias veces por el mismo sitio, fatigar el espacio sin marcas, uniforme y denso de la vorágine.

Con piedras y palos, lograron cazar una torcaza enferma.

Encontraron ataje.

Se escuchó a lo lejos el silbido de una lancha. O era quizás una señal de los cazadores. O el

grito de un animal herido.

Mas, no así dieron fin a sus pesares, no.

Atraídos, según parece, por un olor a caimito podrido, a cundiamor y a nispero, se fueron adentrando por los vericuetos de un bosquecillo que pronto se reveló demasiado construido: no era un puro azar del caos vegetal lo que así detenía el denso enmadejado de raíces que se engarrotaban como miembros de animales fósiles, la fusión de los troncos, la oscura imbricación de las ramas.

Si señor: el asombro los dejó sin habla, a ellos que tan poco hablaban.

Detrás de ese laberinto breve aparecieron los vestigios, o el trazado cenizoso y opaco, casi indescifrable, de un jardín antaño ajedrezado y vasto, con arenas de distinto grano que aún dibujaban, aunque borrosos, los límites de sus rombos. Arbustos enanos reducidos a leños raquíticos y torcidos como mazos de canela. Canteros rectos: una sumaria perspectiva que sólo ocupaban pedruzcos y una alberca octogonal, de un mármol rojo oscuro ya deslustrado; se alzaba en el centro, con patas ponzoñosas y una cola de espinas, escupiendo hacia el cielo, un grifón de cobre boquiabierto y verdinoso, de cuya lengua reseca brotaba un tubillo de oro. Su sombra se alargaba sobre la acequia, medida por el mármol, como las coordenadas terrestres en un observatorio en ruinas.

Recorrieron, los asombrados peregrinos, aquella geometría devastada, hasta que, en el horizonte de los rombos de arena, dieron con un sendero a la sombra de un muro, aunque minado por raíces y grandes nidos esféricos y librosos, de pájaros migradores, aún consolidado y alto.

Iban a franquearlo cuando, de una rama retorcida y seca, y de su mismo color y textura, saltó, cabreándose sobre sí misma como un resorte, una pequeña serpiente blancuzca y veteada, de ojillos sanguíneos y brillantes como dos rubies.

Sopló en el aire. Dió un zarpazo y se lanzó, imantada por la sangre fuerte, hacia el cuello ebrio de Colibrí.

Mas no pudo, en el cuerpo vulnerable y desnudo, descargar su veneno la emponzoñada.

Con otro salto como el de la sierpe, tan brutal y ciego, y un manotazo de cintura negra, en el instante en que se aprestaba a escupir su morbo en la arteria, la arrancó el japonés de su presa.

Partida en dos, fue a estrellarse contra los pedruzcos, sangrando por la boca.

Después de un culebreo espasmódico, como en una eyaculación, o en el brusco derrame de una vejiga, vomitó, de una sola buchada, un líquido letal verde albahaca, vidrioso y adensado, que la grava fue absorbiendo, hasta que desapareció, tragado por la tierra.

La miraron expirar en silencio.

Sin temblar, se frotó con rabia Colibrí el cuello, la mano untada de saliva, como para liberarse de cualquier residuo de baba mortífera. O del asco de aquel contacto escamoso y frío:

—Con gusto me tomaría un vaso entero de ajeno.

—¿De ajeno? —inquirió el japonés.

—Sí. Porque ese mismo verde —y señaló en la arena húmeda la huella verdosa del veneno— me daría la vida.

—Lo tendrán —concluyó el Bruce Lee gomoso y blanco—, y por cajas enteras, los traficantes de monos y botellas.

No tuvieron que seguir junto al muro, ni escalarlo: unos pasos más lejos, aunque tupido por la maraña, cegado casi, apareció un arco de bordes incompletos o quebrados, un boquete que la hojarasca y el tiempo habían obturado con sus mismos colores, disimulado en el espesor de la tapia.

Lo franquearon apartando el follaje, que volvió a cerrarse dejándolos arañosos y maltrechos, los robustos brazos recorridos por rajaduras que pronto supuraron; finísimos hilillos de sangre les dividieron el pecho en estratos horizontales, salpicaduras de cinabrio.

Pero, no tuvieron tiempo de reparar en las desgarraduras.

Se erigió en medio de aquel manigüero, ya enteramente recubierta por los matorrales, recuperada con creces por la jungla, lo que en

otro tiempo debió haber sido una residencia señorial, de hierro y vidrio, que la humedad y la vegetación devoradora y feraz habían rebajado poco a poco hasta un amasijo de volutas y arabescos mohosos, espirales truncales, verandas derrumbadas, peldaños desunidos y vitrales rotos.

Se enredaban en la fachada, vástagos de las distintas semillas algodonosas que segulan remolineando en el aire, como una nevada, herencia de las sucesivas lluvias, los flagelos de varias trepadoras, asidos a una costra lechosa, líquenes de cristallitos azucarados, que manchaba con su archipiélago de texturas de calcio, como un reguero de tiza o de morfina, el óvalo dilatado de un ventanal.

Cubría la marquesina encharcada, criadero de ostras o refugio lacustre de un lodazal, un espeso tapiz de nenúfares, con sus sapos fornicadores y sus libélulas zumbantes, de alas irisadas, que dejaba adivinar apenas el antiguo embalsado turquesa y trepaba ya, como una levadura esponjosa y clorofílica, hasta lo alto de las cenefas mozárabes: polígonos estrellados recorrían y afianzaban la base de las paredes de cristal.

En el interior, sin orden ni concierto, aferradas a los barrotes de hierro, o enroscadas en la precaria armadura que sostenía una bóveda transparente cuyas varillas oxidadas servían de trapeo a un titi y a su prole, proliferaba una enredadera cuyos florones blancos, oscilantes y suspendidos al final de largos hilos, medían con su balanceo el tiempo de la germinación.

En pozuelos de barro, como ofrecidos la víspera a la contemplación, o a la voluptuosidad de algún dios forestal, flotaban ibiscos tersos, rociados por una fina escarcha, por todas partes, del aéreo andamiaje de metal, corroído y zafado, minando los ensamblajes y las soldaduras, o desuniendo con sus tallos pujantes las mohosas bisagras, brotaban fuertes flores de corolas múltiples y pistilos incurvados y vibrantes, como antenas de mariposas nocturnas, en cuya punta perlaba una gota de amarillo azufrado, polen líquido.

Invasión la mesa, o los tableros rectangulares y podridos que ocupaban su sitio, minúsculas tuberías, orquídeas microscópicas que recubrían con su mantel espejeante y morado hasta las grandes gavetas, siempre abiertas.

Por los bordes de la madera, salivoso y turbio, como si comprobara con su paso y por la eternidad el área del cuadrado, se deslizaba, parcimonioso, un molusco.

Algo, sin embargo, en el silencio de aquella mansedumbre vegetal, debió alertarlos: sobre una silla de metal retorcida y ferruginosa, relucientes como si acabaran de afilarlos, listos para lacerar, o para encajarse en un pecho enemigo, reposaban una gran tijera y un puñal.

En la sala contigua, derruida y vacía, cuyo piso el óxido marcaba de costurones anaranjados, suturas de azafrán o de roya, junto a otra silla, aparecieron dos botas de cuero, un machete, un fusil de caza y unas cadenas.

Con recelo, con visible desconfianza, como si temieran que su proximidad provocara un derrumbe, o que de la bota saltara una sabandija dinamitada, se fueron acercando a los objetos abandonados.

Por todas partes, como si respondieran a una señal precisa, a un indicio por largo tiempo esperado, amenazantes y barbudos, con botas de cuero y los mismos tatuajes de antaño reinyectados de tinta morada, aparecieron, en una horda instantánea y afelpada, los cazadores, ojos irritados de sueño, manchas manchadas.

Por todas partes: por los huecos irregulares de las antiguas ventanas; sin cortarse, por los arcos, que aún bordeaban vidrios blancos y esmerilados, de los deshechos vitrales; por la veranda, y hasta descolgándose como acróbatas o macacos de la bóveda vacía, entre las varillas abolladas.

Uno, brutal y sofocado, con una boina verde olivo y un crucifijo al cuello, la pelambre recogida detrás de la nuca por un elástico y el pecho atravesado de ramalazos amoratados, como si lo hubieran envuelto los flagelos de algún pulpo, o mojado los chiquetazos corrosivos de algún árbol, surgió inexplicablemente junto a ellos: listo para golpear, tenso, crispados los músculos del pecho, olor anisado, tabaco.

Eran los de siempre, claro está, los mismos de

la casona y de los baños; no sólo habían retocado los tatuajes: a las cruces y las cobras habían añadido, las puntas de las alas metalizadas y abiertas coincidiendo con las tetillas, rencorosas águilas, que aferraban con sus garras las primeras y descuartizaban con el pico, como alzando el vuelo después de la captura, a las segundas. Unos goterones de mercurio cromo se desparramaban hasta el ombligo.

No tuvieron tiempo, Colibrí y el nájara, de reconocerlos uno a otro.

Como dos jiribillas eléctricas, saltaron sin mirarse, cada uno de un lado:

—¿Qué pasa? —soltaron al unísono.

—¿Qué pasa?

—Nada —respondió el coloso mientras los agarraba por las muñecas, como a dos vasallos impertinentes, o a dos vejigos majaderos.

Los animales atemorizados o coléricos mientras tiemblan o gruñen pueden mover el rabo o entregarse a un acompasado ronroneo, los hay que sodomizan comiendo: así los cazadores, mientras cerraban un círculo amenazante alrededor de los forasteros y los intimidaban con sus miradas o con la desfachatez de sus posturas desafiantes, bostezaban, escupían por el suelo o se cruzaban de brazos y hasta se daban trompones jaraneros señalando, como a dos títeres, en el centro de la pista resbalosa y verdinegra, a los dos cautivos, parados en la punta de sus dilatadas sombras.

La sorda intimidación se prolongó hasta que, desde la veranda, sentado sobre la asquerosa mazamorra de la mesa, mientras sorbía un polvo blanco que se llevaba a la nariz con el índice desde la palma ahuecada de la mano izquierda, un cazador, el más aguerrido y de ojos más claros, con un vozarrón rugoso, de mandamás o de guía, tranquilizó a los sometidos:

—No temas —con el dedo tembloroso y entalcado señaló a Colibrí—: no te hemos acosado, ni te seguimos desde hace días para darte la muerte, ya lo hubiéramos hecho, y de sobra.

Se untó la mano entera de esa escarcha, y comenzó a frotarse los testículos y el miembro.

—Desde que escapaste, la Gerente fue enloqueciendo poco a poco. Creía reconocerte, simulando ser otro, en cada aspirante a las luchas y a los tatuajes que llegaba desde el estuario. Lo

sometía a pruebas nocturnas, gracias a las repugnantes patrañas del Cabezón, para que confesara. Terminaban golpeándola. Llegó a navegar a uno de ellos, un barbudito endeble, porque penetró en el cuchitril donde dormías y que conserva igualito, como cuando te fuiste. Tu retrato con flores, porque allí tú eres dios. Luego, en un arrebató, llegó a gritar tu nombre a lo largo del día y de la noche y a destruir todo lo que en la Casona te recordaba. Se golpeó contra los espejos, como una urraca ciega. Se destrozó la cara. Hubo que amarrarla.

Y, sin transición, mandón y autoritario, espetó al de la boina:

—Dales algo de comer, para que se repongan. Busca en la mochila raspadura y alcohol de palma. ¡Muévete, mentecato!

Rompió, sin más barrunto, un aguacero vertical y compacto, de granizos transparentes y gordos como garbanzos que se estrellaban contra el andamiaje del techo, contra los restos de vidrio, contra el verdín que cubría las losetas.

Un fulgor amarillento y malsano, de pus o de cera, incendió por un instante la jungla. Un trueno atravesó la tierra. Traqueó, con un crujido seco, el tronco de algún árbol. Los monos comenzaron a soltar chillidos de alborozo, o de pánico.

Se refugiaron todos, ya sin recelo, casi cómplices, en la veranda. Los brazos empapados se tocaron, y los pechos. Los cazadores observaron de cerca a los capturados. Les siguieron, con la punta del índice, los tatuajes, como insectos que se reconocen con las antenas. Una y otra vez bebieron de la misma botella.

—Volverás a tu tierra —prosiguió el vocero—, pero por otro camino.

Se embadurnaba, de la misma escarcha lechosa, que traía en una vaina de cuero con ojales y cordones de zapato, manoseada y suave como un estuche peniano, el pecho liso, las axilas, los brazos, las muñecas; trazaba con los dedos círculos nevados alrededor de las tetillas:

—Volverás para quemar. Para destruir. Eres el único que puede introducirse en la Casona y tomar el poder sin resistencia alguna. La Regente, con los ojos cerrados, te lo dará todo. Estaba escrito en tus cejas. Tomarás el poder. Conocerás el placer de ordenar.

El de la boina verde alzó la botella:

—¡Viva el Salvador! ¡El que más dice!

Colibrí los fue mirando a todos, lentamente, uno a uno, como si los reconociera, como si debajo de esos rostros trabajados por la lluvia, por los jugos ácidos de la jungla, por las hojas mascadas y el fermento de palma, reconociera los rostros, siempre prestos a sonreír, de antaño; como si debajo de los tatuajes recompuestos, modificados, tachados con líneas de puntos, con otros nombres, con otros sexos, y vueltos a entintar, reconociera las cruces y las cobras de ayer:

—Tengo hambre —se limitó a señalar, casi con indiferencia—: Quisiera oír una guitarra. Y oler alcohol.

Reverencioso, el japonés, le tocó la frente:

—¡Viva el que escapa del Códex!

—¡Viva el que vuela fijo!

Arreció la granizada. Una rama llena de monos se desplomó sobre el andamiaje de hierro. En medio de los conjurados cayó un nido de bejuco seco, media esfera perfecta que albergaba cascarones moteados, semillas, insectos podridos y tres pajarracos implumes, nadando en una baba hialina, como un gargajo.

—¡Tengo hambre, dije! —gritó Colibrí.

Y se irguió sobre sí mismo. Como si creciera. Los puños cerrados. Los brazos contra el cuerpo. Los pies arqueados. Como un sacerdote de jade verde, sacrificador atragantado de hongos. O un fetiche de clavos, con el rostro ennegrecido por el semen rancio, por el orine agrio, por la sangre prescrita y coagulada.

Primero porque es verdad, y luego porque las leyes de este relato —ya cargado en exceso de lianas, hojarasca de todo tipo, volutas vegetales y floripondios— así lo exigen, diré que el río no estaba lejos.

Bastó con que apaciguara aquella granizada carbónica, aquel monzón de agua podrida, para que se escucharan, nítidas, las sirenas de los barcos traficantes de micos.

SEVERO SARDUY se ha destacado como novelista con sus obras *De dónde son los cantantes*, *Cobra* y *Maitreya*. El texto que publicamos forma parte de su novela inédita, *Colibrí*.



LIBROS ESPAÑOLES S.A.

1898 S.W. 8th Street
Miami, Fl. 33135, U.S.A.
Teléfono: (305) 541-2135

Todos los libros que se editan en España.

Homenaje a Rilke

Este es el siglo de las multitudes.
La soledad está enferma.
Ahora el hombre se encierra en las masas.
Extraña manera de aislarse.
El hombre se integra al seno de la colectividad,
y la masa lo absorbe y reelabora.
La soledad se extingue como ciertas especies.
No es más posible dar a las cosas
categorías personales,
convertir en tragedia un árbol infantil,
la decadencia de una casa

o el envejecimiento de una madre.
Sobreponer un olor,
el recuerdo del roce de una piel,
el romper de las olas, o la lluvia,
a las tareas de construcción priorizadas.
La temporalidad de las cosas es alarmante.
Y nada significan a la hora de elegir.

Nosotros estamos marcados por la prisa.
Y no sabemos nada de detenernos a mirar.
Somos ajenos a la caída de la tarde,
a los jardines tras las tapias,
a las rosas, a los castillos
y las ruinas romanas.

Nada tenemos que ver con las doncellas.
Nos ejercitamos en los cuerpos que pasan,
apenas nombres, sonidos a olvidar, confusiones.
Hombres de calles, hemos crecido
bajo el humo de las fábricas
y el estertor de los motores.
Sabemos del asfalto, cómo se ablanda y reverbera
al mediodía.

Nada del árbol en la colina nos queda.
Es imposible recordar que aún amanecía
cuando se piensa en llegar al trabajo.
Nos sucede demasiado.

Debemos realizar demasiadas cosas inaplazables,
para ocuparnos de mirar las estrellas.
Además, la luz de la ciudad no lo permite.
Y estamos tan cansados por la tarde.
Tenemos la cabeza tan perdida,
que entonces no están los ánimos para eso.
No hay otra música que la del radio.
Y donde quiera hay un radio a toda voz.
Las casas son círculos inhabitables.
Ni pensar en salir.

Y es increíble, pero el café,
en los nuevos sobres de celofán,
ha perdido su sabor y aroma.
Qué vamos a buscar, qué podemos encontrar ahora.
Dónde quedarnos,
que no nos aplaste el peso de las multitudes.
Qué inspiración nos legará una guagua repleta.
Ya no hay sitios a donde huir,
y el mar se corrompe en nuestras narices.
Hemos visto en los muelles un enorme madero
que traía el mar, se bamboleaba, oscuro,
rezumando grasa, acercándose.
Se hundía y reaparecía,
y era muy triste el espectáculo.
Está enfermo este siglo.

Ya no sabemos siquiera mantener la furia,
y la obstinación no nos parece confiable.
Es incurable.
Tuvimos miedo pero aquí estamos aún.
Esperamos la vuelta de los ángeles.



JESUS SELGAS: Sin título.
Tinta sobre papel. 1982.

POEMAS

José Abreu Felipe

JOSE ABREU FELIPPE (La Habana, 1947)
salió de Cuba hace sólo tres meses. Tiene
una extensa obra narrativa y poética,
aún inédita por haber sufrido la censura
castrista. Radica en España, en calidad de
asilado político. Los dos poemas que
publicamos pertenecen a su libro *Orestes
de noche*.

El camino de Mitilene

Al alcanzar tu cuerpo llego a tu tierra
y gozo el campo abierto.
En enero veremos aguinaldos,
todavía blancas enredaderas de aguinaldos y es dulce
la miel entre tus labios,
tu cuerpo ondas y hay abrigo.
Recojo ramas y hago un fuego familiar sobre tu pecho.
No tendremos invitados, solo
nosotros dos y vemos
los objetos queridos adormilados sobre la hierba.
Como es de noche conversamos haciéndonos caricias
y añoramos el verano.
La piel de tu espalda es tan blanca que la hierba,
aún húmeda, levanta roncchas, enormes claros
sobre los que hago cruces con las uñas.
Paso suavemente mi mano por tu vientre,
recuesto mi cabeza, y siento como es que,
entre mis manos, late el río.
En junio cumpliremos 6 años, me dices,
y yo te beso, apresuradamente, para no hablar del
tiempo.

Mi miembro crece y yo contemplo la fragilidad
de mi palabra, el desvanecimiento del sonido
en mis labios, cómo revientan,
como el tren de niño que nunca tuve y giran.
Desenredo y enredo el vello que aparece
en una línea con el olor que tanto me gusta.
Como en un juego, como el curso de los días,
y veo que ya no me lamento ni me apeno ni tengo miedo.
Ha pasado el tiempo y casi en tu oreja veo duendes y
casi avergonzado de que me oigas y para compensar
te digo que me falta el aire, que me estoy poniendo viejo,
después rozo la boca y tú tiembles.
Así que por allá se llega a la nostalgia.
Debajo del cuello, junto al almendro, entre las hojas,
está abuela, con una mano apoyada en el muro y
la otra

haciendo visera sobre su único ojo, creo que
observándonos.
Tú no me atiendes y a cada paso
hay algo que distrae tu atención, como en los niños.
Por cualquier camino se llega a la nostalgia,
me asegura mi abuela,
pero yo finjo no escuchar y con la lengua
sigo el camino cada vez más estrecho de tu ombligo,
y allí nos desnudamos.
Nadamos contra la corriente, te digo, y nos lanzamos.
Yo voy detrás y me salpican enormes flores de aguinaldo.
Braceo y Dionisos escancia para nosotros la miel
del aguinaldo, la hierba se adentra en las orillas
y tomamos el sol sobre las piedras rodeados de lomas,
entre lomas azules, siguiendo el hilo de las lomas azules.
Es por la tarde, vemos las sombras de las hojas sobre
nuestros cuerpos, y empezamos un canto
que sólo a nosotros nos exalta, un canto personal,
y viene la lluvia a nuestros cuerpos.
Somos muy jóvenes y nada sabemos de la muerte.
Yo me cobijo, y seguimos la marcha mas nunca
arribaremos

Mi miembro es como un mástil, vigoroso y enhiesto,
y la vela se inflama y nos impulsa.
En cuclillas miramos a lo lejos, tengo frío, me dices,
y las nubes van haciendo figuras en la tarde.
Tu rostro resplandece de sol y de amarillo y decidimos
ir arrojando por la borda todo lo eterno,
y desnudos, con la oscura esperanza de seguir,
perdernos en la noche.

Reinaldo Arenas azota a Europa

Una entrevista exclusiva con Reinaldo Arenas



HANS BELLMER: La muñeca. Fotografía. 1935.

Algunos de los editores de la Revista MARIEL
entrevistaron a Reinaldo Arenas, miembro del Consejo
de Dirección de nuestra publicación, cuando el autor de
Otra vez el mar regresó a Nueva York después de un
recorrido por Europa. Ofrecemos a continuación el texto
de esa conversación.

**MARIEL: ¿Por dónde comenzó tu viaje y quién
te invitó?**

REINALDO ARENAS: Mi viaje a Europa
comenzó yo diría por la parte más fría; o sea, que
entré a Europa por Suecia. Y la invitación oficial
fue hecha por el PEN CLUB. En verdad esta
invitación no fue hecha en 1983, sino en 1980,
cuando la Secretaria del PEN CLUB, que se llama
Britt Arenander (así que a lo mejor es pariente
mía) me invitó a visitar Suecia en ese año,
invitación que no pude cumplimentar
sencillamente porque no tenía ningún tipo de
documento que me permitiera salir de Estados
Unidos y sobre todo regresar. Y hasta 1983, que
es cuando conseguí una especie de "Re-Entry
Permit" es cuando pude ir a Suecia invitado por
el PEN CLUB; pero también para esa fecha ya se
había organizado en Suecia el Comité "Armando
Valladares", que igualmente me ayudó en mi viaje
y desde luego me invitó a participar en una serie
de conferencias allí.

Por otra parte, hasta cierto punto fue bueno
que yo no haya podido viajar en el '80, porque
después me invitaron para visitar Francia, la
Editorial Du Seuil, y España, la Editorial Argos
Vergara.

M: La otra pregunta que teníamos por aquí es
¿se podría decir que hay en los medios
intelectuales de Suecia mucha influencia de la
propaganda soviética?

R.A.: A mí realmente eso me alarmó a mi llegada
a Suecia. Lo primero que vi (antes de bajarme del
avión que iba de Nueva York a Suecia en vuelo

directo) fue un enorme avión de pasajeros de la
línea oficial soviética Aeroflot, cosa que yo no
había visto nada más que en Cuba. O sea, que
llegar al aeropuerto de Estocolmo y ver aquel
avión ruso y después ver a tantos rusos en todas
partes en la ciudad, traficando libremente...

M: Bueno, Aeroflot viajaba a Estados Unidos
creo que hasta que tumbaron el avión coreano...

R.A.: Pero yo en realidad nunca me había
enfrentado de nuevo a un avión de esos, ni había
visto aquí la facilidad con que allí los soviéticos
trajinan, maniobran y se desenvuelven en Suecia.
Para mí yo diría que fue una impresión bastante
desagradable, puesto que todos sabemos que
cuando una persona de esos "países" entra a los
países capitalistas es porque casi todos ellos son
grandes agentes de la KGB. Entonces, verme
rodeado de todos aquellos agentes pues no es
nada agradable.

En realidad yo diría que la penetración soviética
en Suecia es alarmante. Hace poco, por ejemplo,
hasta se descubrió que había un submarino
atómico de visita en aquellas aguas, en
Estocolmo, y en realidad fuera de algunas
protestas que hicieron algunos periódicos y eso
no pasó nada. Y yo hablé con algunos suecos que
son gentes inteligentes a pesar de todo, y me
dijeron que lo que pretende la Unión Soviética
con esas provocaciones es que el pueblo sueco se
vaya acostumbrando a la imagen soviética. Es
decir, que ellos van como hacia una
"finlandización" de Suecia. Y, desde luego, han
invertido millones de dólares en ello. El actual
primer ministro de Suecia, el Olaf Palme, en la
práctica funciona como un instrumento de la
Unión Soviética. Y hay otro personaje, más
sinistro, el secretario del ministro de Relaciones
Exteriores, Pierre Chori. Este incluso ha visitado
varias veces a Cuba y antes de que Ronald
Reagan saliera electo ya había hecho una enorme
campana contra Reagan.

Por otra parte, Suecia es uno de los países
donde más influencia oficial cubana hay, donde
más penetración de los medios de propaganda
cubanos se siente. Casi todos los grandes

testaferros intelectuales del régimen de Fidel
Castro han visitado Suecia, desde Nicolás Guillén
hasta Jesús Díaz, pasando por Carlos Rafael
Rodríguez, Santiago Álvarez y Luis Suardíaz; se
han hecho enormes festivales de películas
cubanas, con la visita de casi todos los cineastas.
Hay un tratado cubano-sueco de turismo por el
cual las visitas a Cuba les salen prácticamente
gratis a los suecos, y ellos, desde luego, con el fin
de coger un poco de calor van allá y les
presentan la fachada de una realidad que ellos
nunca van a conocer.

Hay una penetración soviética a
través de Cuba muy notable. Una de las cosas
más evidentes, y yo diría que es el resumen de
todo esto, es que cuando la Embajada del Perú en
La Habana, muchos países de Europa aceptaron
cubanos refugiados, e incluso se propuso que
Suecia aceptara alguna cantidad, por ser un país
de un desarrollo económico enorme, con un nivel
de vida muy alto, y no aceptaron ni un solo
refugiado cubano. Prefirieron dar creo que un
millón de coronas, con tal de no recibir ni un
cubano. Sin embargo, hay más de 30,000
chilenos exiliados en Suecia. Eso no puede ser
gratuito. Tiene que haber alguna orientación muy
sinistra, pero muy bien situada, dentro de la
política actual en Suecia que tiende
completamente hacia la Unión Soviética y que está
contraria a la democracia. El Gobierno de Palme
quiere ejercer un control absoluto sobre los
medios de difusión e incluso sobre la propiedad.
Ya hay propuestas de leyes para que sectores de
la economía pasen a manos del estado. O sea,
que si los suecos no despiertan a tiempo, cuando
vayan a despertar ya serán parte de una
provincia de la Unión Soviética. Lo cual es
realmente alarmante, tratándose de un país con
una cultura y una tradición importantes...

M: ¿Y en qué consistieron concretamente las
actividades tuyas en Suecia?

R.A.: Bueno, en Suecia fue donde más
actividades realmente tuve, porque fue el país
donde la invitación que me hicieron era más
oficial y tenía que cumplir con ella. Una de las
actividades fue una conferencia en el
Departamento de Lenguas Hispánicas de la
Universidad de Estocolmo. El director de ese
departamento es, por cierto, un chileno exiliado,
así que ya se podrán imaginar ustedes cuál fue mi
recibimiento. Allí no es como dar una conferencia en
Miami o en Nueva York, que hay cubanos. Había
en todo aquello un cubano exiliado, y yo.
Entonces, la conferencia fue prácticamente yo
diría que casi boicoteada por aquella gran
cantidad de personas que estaban allí y que
gritaban, que se ponían de pie, que tiraban la
puerta con violencia e interrumpían. Incluso
estaban presentes numerosos funcionarios de la
embajada cubana, periodistas de Prensa Latina,
que también intentaron boicotear la conferencia y
por último se pusieron de pie y gritaban cualquier
insulto y después se fueron. Aunque creo que la
Seguridad del Estado cubana tiene toda la
conferencia grabada, porque un grupo de ellos se
quedó con una grabadora, y además tiraron fotos
incesantemente.

Siempre había gente honesta, gente
imparcial que iba a oír lo que uno decía. Además,
mi conferencia consistió en leer la prensa cubana,
leer el *Granma* y las leyes cubanas (lo cual para
mí fue una condena, porque me fui de Cuba para
no tener que leer el *Granma*, y resulta que ahora
tengo que ir hasta Suecia leyendo el *Granma*), y
ellos no podían refutar lo que yo leía, porque era
sencillamente lo que dice Fidel Castro y el Partido
Comunista Cubano, y precisamente por eso lo que
hacían era ponerse de pie, tirar la puerta e irse.
Pero en verdad las pocas gentes imparciales que
había allí sencillamente tuvieron que aceptar cuál
era la circunstancia cubana. Recuerdo por
ejemplo a una mexicana que después de escuchar
la conferencia expresó la conclusión de que en
Cuba no hay ningún artista de talento que sea un
producto de la Revolución. Allí la gente
mencionaba y decía: pero, bueno, Guillén, Alicia
Alonso; y todos ellos fueron producto de antes del
sistema. Incluso se mencionó, y fue muy gracioso,
que Alicia Alonso había tenido una beca del
dictador Fulgencio Batista, por no hablar de
Guillén, que sabemos que tuvo un puesto de
censor en el gobierno de Machado.
Otra conferencia que fue muy interesante en
Estocolmo fue la que se dio en el *Centro Gay*,

“Ninguna de las ciudades europeas que visité tiene la vitalidad de Nueva York, y yo creo que para un escritor esa vitalidad es incluso más importante que la propia cultura”.

ante la comunidad gay de allí, que es muy poderosa, porque ellos dicen que son el 10 por ciento de toda la población, y realmente están muy bien organizados; asistió una tremenda cantidad de gente. Y ellos estaban muy actualizados en cuanto a la persecución contra los homosexuales en Cuba; hasta tal punto, que cuando Carlos Rafael Rodríguez estuvo allí, nada más que unos meses antes de mi visita, ellos sacaron un manifiesto que repartieron donde Carlos Rafael estaba hablando, en el que exigían libertad para los gay en Cuba. Y me tributaron una acogida muy buena, que salió allí en la prensa; me hicieron una serie de entrevistas, y de preguntas muy buenas, porque conocen la situación que enfrentan los homosexuales en Cuba. Por lo menos ellos están muy bien actualizados.

Pero es interesante destacar que la primera persona del exilio cubano que ha hablado en Suecia fui yo, porque antes el PEN CLUB había invitado a Carlos Franqui; pero con Franqui el método que utilizaron los simpatizantes de Castro fue hasta cierto punto más extremista que el que utilizaron conmigo, porque a Carlos Franqui no lo dejaron ni hablar. O sea, ellos se organizaron como si fueran a desfilar en la Plaza de la Revolución en Cuba, con pancartas, y armaron tal escándalo que sencillamente durante tres horas Carlos Franqui tuvo que estar de pie allí en la Universidad y no pudo hablar. Eso es para que ustedes vean cuál es realmente la situación allí, que es bastante crítica.

Ahora, desde luego, todo no creo que sea tan siniestro. Hay gente inteligente; sobre todo, digamos, los intelectuales. No son muchos los escritores suecos, los dirigentes del PEN CLUB que en estos momentos apoyen la dictadura cubana. De hecho, el PEN CLUB sueco fue una de las organizaciones que más influyeron para la liberación de Valladolid, y ellos me invitaron a tener una conversación con ellos, y evidentemente están muy al tanto, y muy enterados, y se sienten muy preocupados por la persecución que sufren los intelectuales en Cuba, e incluso tienen listas de los presos cubanos, tanto intelectuales como obreros, y lo que querían era tener una información lo más exhaustiva posible sobre todos esos prisioneros para poder sencillamente protestar y ver qué podían hacer por ellos.

También me invitaron dos veces a hablar en el Parlamento sueco. Eso fue muy importante, porque esas son las gentes que tienen hasta cierto punto el poder allí, o por lo menos lo comparten, porque hasta ahora hay una democracia. El Partido Liberal, queafortunadamente es contrario a los socialdemócratas (el partido de Palme), fue el que me invitó a hablar allí dos veces, y les brindé una información lo más amplia posible sobre la situación en Cuba. Yo siempre fui con todos mis Grammas, con todas las leyes cubanas; y allí mismo se fotocopiaron y pasaron a los archivos del Parlamento. Así que ya por lo menos ellos tienen todo eso...

Porque una de las cosas que ha hecho el gobierno cubano, como ustedes saben, ha sido dictar una ley, que se llama la Ley 50, en la cual ofrece a las empresas capitalistas la posibilidad de que hagan inversiones en Cuba, garantizándoles que no van a tener problemas, porque en Cuba no hay derecho a huelga, que no va a haber inflación, en fin, que va a ser “un negocio redondo”, y varios capitalistas suecos ya están pensando en aprovechar esa posibilidad. Y entonces se les explicó a esas gentes que con la volubilidad de Fidel Castro no puede haber ningún negocio muy estable en Cuba, porque con la misma facilidad con que hizo esa “Ley 50”, mañana hace la “51”, donde puede decir que esas inversiones sencillamente van a pasar a manos del gobierno. Y toda esa explicación de cómo funciona esa supuesta “legalidad” en Cuba yo creo que a ellos los impresionó bastante.

Después fuimos a varias ciudades suecas, donde hay bastante inquietud por lo que sucede en Cuba, y mucha propaganda del gobierno cubano también. En una ciudad cercana a Estocolmo que se llama Gotemburgo me tropecé con una extensa propaganda turística a favor de Cuba, e incluso revistas que si cogen a un cubano con una de ellas en las manos allá lo meterían preso por “diversionismo ideológico”, y son sin

embargo revistas hechas por el gobierno de La Habana para despertar el interés turístico en los suecos. En algunas de ellas aparecen mujeres semidesnudas, y yo tuve oportunidad de conversar con algunos suecos que habían ido a Cuba en uno de esos planes, y me dijeron que incluso ellos habían estado en Cuba en campos nudistas; que había playas donde ellos se podían bañar desnudos. Cosa que después verifiqué con un cubano que acaba de salir de la isla hacia España, José Abreu, el cual me dijo que efectivamente en Cuba el gobierno había abierto playas nudistas para los extranjeros, y que desde luego los soldados cubanos tienen que custodiar esas playas para que ningún cubano ni siquiera se acerque a mirar, y mucho menos a desnudarse por aquellos entornos.

Otra cosa que noté, y que demuestra sencillamente el engranaje propagandístico de estos supuestos viajes turísticos es que algunos planes incluían, después de Cuba, a Nicaragua; o sea, que ya el viaje se convertía en una especie de “tournee” auspiciada por la Unión Soviética a través de Cuba, para hacer propaganda... Y algunos de esos planes creo que ya tenían pensado que incluyeran también a Granada...

M: ¿A dónde fuiste después de Suecia?

R.A.: De Suecia, yo tenía que ir a Helsinki a dar una conferencia, pero no pude hacerlo porque no pude obtener visa. Porque a todas éstas yo fui a Europa con un simple papelito de Inmigración que hasta cierto punto equivalía a correr un riesgo bastante grande, sobre todo en Suecia, que es como estar ya en la frontera con la Unión Soviética, y recordando que no hacía mucho tiempo a la hija de Vallejo la habían metido en un avión y la habían mandando a la fuerza para Cuba. Yo traté de no salir mucho allí solo, debido a todas esas calamidades que le podían suceder a uno.

Después de todo eso, seguí para España...

M: ¿Qué impresión tuviste al llegar a España, al llegar digamos a “la Madre Patria” después de todas esas aventuras nórdicas, y qué fue lo que hiciste allí en España?

R.A.: Claro, ya después de haber pasado por Suecia y por todas aquellas cosas, ya uno venía como aquel que dice curado de espantos. Así que España no me espantó demasiado, o quizás no tanto. En realidad en España fue casi donde más tiempo estuve, porque fue allí que tuve que realizar esa cosa casi alucinante que es, viviendo en Nueva York, siendo cubano y sin tener ningún tipo de documentación, tratar de obtener una visa para entrar en Francia; cosa que nadie pensó que pudiera ser posible. Aunque finalmente obtuve la visa gracias a la ayuda de Margarita y Jorge Camacho, que son ciudadanos franceses, eso vino a suceder ya el 20 de diciembre; así que prácticamente casi todo el mes de diciembre me lo pasé en España. Lo cual fue importantísimo, sobre todo por eso de volver a oír el español... Aunque también comprendí que vivir en Estados Unidos tiene además una ventaja muy grande, sobre todo para la gente que no entiende perfectamente el inglés como es mi caso, y es que uno evita oír tantas estupideces como cuando uno vive en un país donde uno tiene que, quiera o no, oír lo que se dice. Y una de las cosas que más me impresionó de España es la cantidad de tonterías y de barrabasadas que incesantemente se comentan. Y es realmente interesante, después de haber estado en un país tan comedido como es Suecia, caer en un país en el que prácticamente se vive nada más que para hablar.

Porque en España prácticamente no se trabaja: las tiendas cierran a la una de la tarde, y la gente se va a dormir la siesta y no se levantan hasta las cinco o cosa así; y los que se quedan despiertos van para los cafés que están abiertos y se ponen a tomar y a hablar. España está ya diría como erosionada por una retórica. Todo el mundo habla, todo el mundo opina, todo el mundo emite discursos; el taxista inmediatamente habla de política, el otro hace igual; es un furor por la palabra. Y eso es terrible, porque entre ese furor, esa retórica y la demagogia, yo diría que no hay más que un paso. Y en este momento a mí me parece que los españoles han pasado de la tiranía (del franquismo, que ya en sus últimos años era lo que ellos dicen una “dicta-blanda”, no una dictadura) a la retórica y a la demagogia. Y esa retórica a veces puede costar muy caro.

Tenemos el caso del presidente actual, que es Felipe González, quien al parecer es una de las gentes más brutas de la historia política de España, es lo que se puede llamar un **cretino fotogénico**. Pero es fotogénico; y eso es lo importante para un pueblo como el español, que tiene un anhelo fálico frustrado durante muchos años. Y el hombre resulta que “retrata” bien, tiene poses muy varoniles, y es muy interesante ver cómo en la psicología de un pueblo la imagen de ese supuesto macho que cae bien, que toma poses fotográficas bien, que sale en la televisión desde un ángulo siempre muy varonil, puede determinar la política de un país si ese país es España. Mientras yo estuve allí, ese señor hizo toda una serie de declaraciones que son alarmantes; por ejemplo, tenemos el caso de los terroristas de la ETA, que es una cosa aterradora en toda España, y este señor, Felipe González, ha declarado en el caso de unos terroristas españoles que se descubrieron en Costa Rica con pasaporte de Nicaragua, dijo que no tenían nada que ver ni con Fidel Castro, ni con Nicaragua, cuando estaba probado que los sandinistas les habían dado pasaportes. O sea, que yo no sé si es una inocencia o una malignidad del actual presidente español. Después dijo que el **terrorismo de la ETA terminará en cuanto ellos se decidan a tomar una vía de paz**; o sea, es como decir que un asesino va a dejar de matarnos cuando sencillamente quiera dejar de ser asesino. ¿no? Con esos truenos, no creo que el problema de la ETA, que realmente es alarmante, tenga una solución, por lo menos mientras Felipe González esté en el poder. Pero no sé realmente si el pueblo español con esa inmadurez política, a pesar de haber pasado tantas amarguras y de haber sufrido tanto, pueda liberarse de ese personaje. No sé: la historia es una lección que hay que aprenderla muy bien o se vuelve para el campo de concentración; y no vi una madurez política en general, en ninguna de las actividades a las que asistí, ni en los periódicos, en general. Hay desde luego gente inteligente que mantiene una actitud coherente y que sabe perfectamente que una demagogia no es una democracia; y allí se vive en una especie de bla-bla-bla incesante. También la miseria ahora allí es horrible: más de dos millones de desempleados.

Hay una fuerte penetración cubana también. No creo que en este caso sea directamente de la Unión Soviética, porque allíafortunadamente no se ven tantos rusos; pero la embajada cubana sí tiene mucha influencia. Entre las actividades que allí tuve hubo un programa en vivo para Radio Madrid, una estación muy popular, y que trasmite desde el Café de Gijón, que es como el café de los bohemios. Estaba yo allí, estaba un periodista de **Cambio 16** y un pintor cubano que venía representando al gobierno de Fidel Castro y que

había hecho una exposición de mulaticas tocando tambores y de unas palmas con un mar, de apellido Puig, acompañado de una señora española que era la que representaba a ese pintor Puig, a quien nunca antes yo había oído mentar. Yo presenté la realidad que se sufre en Cuba, y hablé por ejemplo de una ley que alarmó mucho a los suecos, que es la que condena hasta a un año de cárcel a la persona que mire por el hueco de una cerradura, y hubo entre los españoles un señor que lo encontró muy normal y exclamó: “¡Ah, esos son los mirahuecos!” O sea, que vemos cómo ya la retórica de la situación cubana ha influido tanto en esa gente que hasta las cosas más insólitas ya para ellos resultan prácticamente normales.



REINALDO ARENAS EN PARÍS, DICIEMBRE DE 1983 (Foto: Margarita Camacho)

Porque, desde luego, todavía la propaganda cubana funciona a veces. Una de las cosas que me dijo aquella señora que representaba al pintor fue que, antes de Fidel Castro, Cuba era sólo un gran prostíbulo. Yo le dije que no era mía la culpa si ella sólo se había interesado en visitar prostíbulos cuando estuvo en la isla hace muchos años, que ése había sido un problema de afinidad de ella; pero que en Cuba nunca hubo una libertad sexual tan grande como para decir que el país entero era un prostíbulo. El pueblo cubano siempre fue muy puritano, quizás por esa tradición española.

La otra cosa que todavía se utiliza mucho en la propaganda de Cuba en España, y en Suecia también, es la de la educación y la salud pública. Cuando todos sabemos que en Cuba no hay educación sino adoctrinamiento político, y que esa educación la tienes que pagar no con dinero, que en Cuba no tiene ningún valor, sino con tu trabajo físico en el campo. Y en cuanto a lo de la salud pública yo teníaafortunadamente el reportaje sobre un viceministro de Salud Pública cubano que había llevado a su hija a Miami a recibir atención médica; así que parece que la salud pública allí es muy buena para los obreros, pero no para los ministros, que pueden viajar fuera de Cuba a curar a sus familiares.

En España también di una conferencia en la sede de la Editorial Argos Vergara. Hablé con la Editorial Montesinos, di una conferencia de prensa con reporteros de allí, y una cosa buena que me sucedió (buena para mí, no para el que *tenía que leerla*) es que *va a salir una novela* mía que se llama **Arturo, la estrella más brillante** por la Editorial Montesinos en Barcelona, para mayo, fecha en que regresaré a Barcelona. Y parece que todo el alboroto que se hizo dio resultado, porque también se recibió un contrato para publicar esa novela y **El mundo alucinante** nada menos que en Yugoslavia. Lo cual quiere decir que Yugoslavia tiene que ver muy poco con los soviéticos... Y de ahí finalmente conseguí la visa para ir a París.

M: ¿Y París qué es?
R.A.: París podríamos decir que es como un enorme museo, pero revitalizadoafortunadamente por el mundo árabe. No creo que en estos momentos haya una gran cultura en París, pero existe la tradición de un gran cultura, y eso es muy importante. El francés tiene más cautela que el español al emitir opiniones drásticas. Yo pude hablar con muchos intelectuales franceses, leer la prensa, y en realidad ya no existe ni remotamente la euforia ni la imagen positiva hacia el castrismo que había entre los franceses digamos en la década del '60. El único escritor francés que apoyaba a Fidel Castro era Julio Cortázar. Y desde luego lo apoyaba por razones de mutua conveniencia, porque con las cosas que últimamente estaba escribiendo Cortázar si no hubiese recibido el cheque de la embajada cubana, habría muerto de hambre mucho antes, sobre todo en París, donde un trago cuesta 60 francos... No hay entre los intelectuales franceses ya una especie de ilusión o de encantamiento, o incluso de apoyo abiertamente a la política cubana. El caso de Valladolid, por ejemplo, fue muy importante para cambiar la opinión pública en Francia y en Suecia también. En realidad Fidel Castro para todos los intelectuales franceses actualmente es más bien objeto de burla, no de admiración; y llegará el momento, si Fidel Castro sigue en el poder, en que ellos sencillamente se olvidarán de él, que no será ni siquiera el tema de un comentario o de un chiste. No me encontré con ningún creador de talento, con ninguna persona que tuviera una obra, que admitiera el castrismo como una solución o como algo positivo. El mismo Régis Debray según tengo entendido ha sido muy parco en sus últimas declaraciones, y ya no es consejero del presidente sino que ocupa un cargo diplomático muy confuso en Italia...

A mí realmente Francia me fascina, porque todavía se respira una tradición cultural que no puede desaparecer, y que ojalá no desaparezca nunca. Uno camina, y cada sitio que uno pisa es un lugar que tiene una historia, y hasta cierto punto esa historia le comunica a uno cierta fuerza para seguir viviendo...

M: ¿Y qué papel juegan los árabes en la realidad de París?
R.A.: Bueno, yo creo que los árabes son fundamentales, porque son como una especie de invasión de unos “bárbaros” (que no son tan bárbaros en el sentido negativo de la palabra) que le han comunicado a la ciudad una energía humana y cultural. La tradición que ellos van a dejar en Francia dentro de muchos años yo creo que va a ser tan profunda como la de los llamados “moros” en España, que desde luego eran árabes. En la literatura de muchos autores que sitúan su acción en Francia, como sucede en el caso de algunas novelas de Juan Goytisolo, los que aparecen en esas novelas, en lugar de franceses, son árabes. Así que se puede decir que la influencia de ellos es realmente muy penetrante pero casi todos los escritores franceses, o hispanos que viven en Francia. Los árabes son para París, lo que podríamos decir que son los hispanos y los negros para Nueva York: revitalizan de alguna manera una tradición, o un modo de vida que ya prácticamente se había congelado dentro de una serie de convenciones y de costumbres, por su modo de ser, por su modo de vivir, por su modo de hablar, pues de hecho han recreado la ciudad.

M: ¿Y después de París regresaste a España?
R.A.: Después de París regresé a España. El viaje lo hice en un tren alucinante donde fue muy difícil explicarle al guardia español que pedía los papeles, que yo era cubano, que había ido a Francia, que no vivía en España, que venía de Suecia, que vivía en Estados Unidos, y todo eso. Al hombre, que además hablaba un poco de francés, se le formó una confusión muy grande... Entonces estuve en España otra vez, pero fueron sólo unos tres o cuatro días, y de ahíafortunadamente seguí viaje hasta pisar Tierra Firme, o sea, llegué de regreso a Nueva York...

M: ¿Por qué no te quedaste más tiempo en España?
R.A.: Desgraciadamente sólo tenía permiso de 45 días y ya me quedaban muy pocos para vencer ese plazo.

M: Ya que has dicho tantas cosas que se podrían calificar de “negativas” sobre los españoles, ¿qué fue lo que más te gustó de ellos?
R.A.: Ya que he dicho tantas cosas ácidas... Deja ver si encuentro algo que me haya gustado de los españoles, y que además se pueda decir... Yo diría que hasta cierto punto lo que más me gustó, aparte de los museos que tiene España, que son fundamentales, es la avidez que tiene el español por la lectura, o por lo menos por comprar libros (si después los leen o no, eso ya es un problema mucho más difícil de averiguar). Una librería madrileña es fascinante, porque es como una torre de Babel en donde encuentras todo tipo de libros, y lo insólito es que casi todos esos libros se venden. También hay,afortunadamente, un “destape” sexual que no creo que hubiera en los tiempos del “Caudillo por la gracia de Dios...” Al parecer Dios no era muy gracioso que digamos...

M: ¿Y cómo ves a Nueva York después de tu regreso?
R.A.: Hay una cosa muy buena que descubrí con mi viaje a Europa, y es que las nostalgias que uno pueda tener de Cuba se van amortiguando al ver que muchas de las cosas cubanas que uno recuerda tuvieron su origen en esas culturas europeas. Uno añoraba el Prado de La Habana, pero cuando llega a Madrid te das cuenta de que el Prado es éste de España, y el de Cuba luce más chato, más pequeño, menos impresionante... Pero lo más importante es que, después de visitar las ciudades europeas que visité (sólo me faltó, entre las notables, Roma), y después de haber vivido tres años y medio en Nueva York, hay que llegar a una conclusión (por lo menos en el caso de un escritor como yo, o en el de cualquier persona que con una sensibilidad determinada quiera sencillamente vivir) y es que hay sólo dos ciudades en el mundo: una es París, que yo diría que es hasta cierto punto la cultura, y la otra es Nueva York, que es la vitalidad. Ninguna de las ciudades europeas que visité tiene la vitalidad de Nueva York, y yo creo que para un escritor esa vitalidad es incluso más importante que la propia cultura.

Nueva York, enero 20, 1984
©Derechos reservados: Revista MARIEL

REINALDO ARENAS publicará próximamente su libro **Necesidad de libertad**, una recopilación de trabajos críticos. La versión en francés de **Otra vez el mar**, su más reciente novela, se encuentra ya en proceso de edición.

REINALDO ARENAS publicará próximamente su libro **Necesidad de libertad**, una recopilación de trabajos críticos. La versión en francés de **Otra vez el mar**, su más reciente novela, se encuentra ya en proceso de edición.

REINALDO ARENAS publicará próximamente su libro **Necesidad de libertad**, una recopilación de trabajos críticos. La versión en francés de **Otra vez el mar**, su más reciente novela, se encuentra ya en proceso de edición.

REINALDO ARENAS publicará próximamente su libro **Necesidad de libertad**, una recopilación de trabajos críticos. La versión en francés de **Otra vez el mar**, su más reciente novela, se encuentra ya en proceso de edición.

REINALDO ARENAS publicará próximamente su libro **Necesidad de libertad**, una recopilación de trabajos críticos. La versión en francés de **Otra vez el mar**, su más reciente novela, se encuentra ya en proceso de edición.

REINALDO ARENAS publicará próximamente su libro **Necesidad de libertad**, una recopilación de trabajos críticos. La versión en francés de **Otra vez el mar**, su más reciente novela, se encuentra ya en proceso de edición.

REINALDO ARENAS publicará próximamente su libro **Necesidad de libertad**, una recopilación de trabajos críticos. La versión en francés de **Otra vez el mar**, su más reciente novela, se encuentra ya en proceso de edición.

REINALDO ARENAS publicará próximamente su libro **Necesidad de libertad**, una recopilación de trabajos críticos. La versión en francés de **Otra vez el mar**, su más reciente novela, se encuentra ya en proceso de edición.

REINALDO ARENAS publicará próximamente su libro **Necesidad de libertad**, una recopilación de trabajos críticos. La versión en francés de **Otra vez el mar**, su más reciente novela, se encuentra ya en proceso de edición.

REINALDO ARENAS publicará próximamente su libro **Necesidad de libertad**, una recopilación de trabajos críticos. La versión en francés de **Otra vez el mar**, su más reciente novela, se encuentra ya en proceso de edición.

REINALDO ARENAS publicará próximamente su libro **Necesidad de libertad**, una recopilación de trabajos críticos. La versión en francés de **Otra vez el mar**, su más reciente novela, se encuentra ya en proceso de edición.

REINALDO ARENAS publicará próximamente su libro **Necesidad de libertad**, una recopilación de trabajos críticos. La versión en francés de **Otra vez el mar**, su más reciente novela, se encuentra ya en proceso de edición.

Las puertas de la noche

Carlos A. Díaz

A Carlos Victoria

Primero aparecieron los enanos con sus cabezas hidrocefálicas. Los enanos con sus testas enormes que recordaban patatas de un color cobre con ojos azules como gotas de océanos. Los enanos salidos de húmedas calles olientes a trigo podrido y espinas de peces. Los enanos aparecieron con sonajas y marugas. Después por un extremo de la calle salieron las rameras con abanicos de pavorrales y sombreros negros... Era el día del Opus, el día que se desplazaba sobre los campos de cardos, el día que se iba soltando entre velámenes de polvo y un sol de miel madura casi de perlas.

Era el día de la partida en el muelle; las naos mostraban sus proas recién embreadas, sus mástiles cribados por orillamas y las angostas cubiertas llenas de gajos de madreselvas, de mejoranas y yerbas buenas. Era la conquista; en el convento los jesuitas mataban un cordero y bebían su sangre espesa en cuernos de negros toros de la vieja península. Era la conquista. Los locos en el manicomio buscaban la piedra de la locura en las imágenes de los santos, las raíces hábiles del amor estaban en las casas públicas del puerto, donde una marinería frenética cataba las carnes de las moras en una vendimia sin mosto.

De nuevo los enanos... de nuevo las meretrices cantaban versos de juglares y la catedral mayor de la Gracia, lanzaba al viento badajos de cobre contra campanas de oro... Y yo pintaba el mundo en la soledad del Emporio. Yo pintaba barcas que navegaban entre islotes de mandrágoras, pintaba un jardín con frutas blancas protegidas por espinas de fuego. Yo pintaba las puertas del paraíso en el pubis de una mujer pública, le pintaba pámpanos retorcidos en las ingles, le pintaba manzanas y naranjos en las cimas verdes de sus pezones. Yo pintaba envuelto en el hedor del populacho que rompía las olas del silencio, que rasgaba los paños firmes de la noche en una algarabía de montes. La conquista... El grito popular tomaba la majestuosidad de una coral de Prees, tomaba el empaque de una misa de hombre armado, se desbordaba por los callejones sin salidas, por los techos de tejas que mostraban rosas de musgo y heridas de inviernos...

Yo pintaba sintiendo que todo era una locura, un hambre de especies, una sed de oro, una tara más para curar las llagas de la reyna y el rey, de la reyna y el rey que bostezaban en el trono un aburrimiento seco y frío, un aburrimiento que pedía al mundo plumas de tucanes, conchas de vera cruz, mantos de las indias, muslos de canelas, templos y más templos con jaguares y serpientes que se confundían en un jaleo de amor o de muerte, un jaleo de selvas y manantiales donde el oro tenía forma de mariposas, formas de ceibas, formas de tigres... Formas y más formas que yo pintaba contra un cielo desgajado, contra un mar que nos trajo semillas de girasoles, mazorcas de maíz, olor a hembras vírgenes...

Yo pintaba montañas con ángeles que se rascaban el trasero. Pintaba un rey momo que mostraba al populacho las estaciones de un año venéreo, pintaba cornucopias donde las brujas tenían aires de bailarinas de rigodones. Pintaba y pintaba la muerte del Montezuma desconocido, lo pintaba con su voz de arena, con sus delfines que luego supe que se llamaban toninas, lo pintaba entre arecas y nomeolvides, entre pájaros blancos porque aún se me escapaba el color, aquel color de metales batidos, aquel color que se pulverizaba sobre doce piedras y doce estrellas. Aquel color tan intenso que rompía la mirada firme, la mirada de los que llegaron con piojos y barbas de azafrán y cutis blancos y casas flotantes, aquellos que llegaron de blancos y las

SUSAN ZUKOWSKY: *Untitled*. Collage y dibujo. 16 x 14. 1979. (Cortesía: The Gallery at 24, Miami).

indias le lavaban el sexo con algas y jazmines jibaros, aquellos que supieron la verdad, la verdad insoslayable de que la historia se escribe sobre las costillas vivas de una mujer y el oleaje limpio de una hamaca.

Ellos... los enanos y las meretrices danzaban en el puerto, se rompan las duelas de los toneles y el vino era amargo, un vinagre que sembraba en las gargantas detonaciones de pólvoras... No los quiero ver, cierro las ventanas y rompo el viejo espejo de Noguerras; pinto en tinieblas como un profeta, pinto en los tonos de la Peste, pinto con máscara y capa... Pinto las invertidas con las cabelleras enredadas en la tierra, con las cabelleras como manantiales que lamen los gajos de los jacintos, las pinto con las plantas de los pies a los cuatro vientos, pinto y pinto a los maricas con nalgas de unicornios, con pechos de pitonisas. Pinto doce arcángeles montados en lomos de toros, les pinto máscaras de barro y cascos de reyes magos, pinto las yerbas con dedos, con dedos que aprisionan manzanas que han sido sacadas del fondo de los vientres por una recua de viejas desdentadas que lavan una cruz de calatrava...

La conquista y salgo a la calle, salgo boqueando como un leviatán, salgo y me dirijo a la taberna del viejo Noguerras. Pero él también salió para los ignotos mares, también él rompió su espejo de Murano, sus tenacillas de rizar las barbas. También él partió para el otro lado del mundo, donde el amor crece en las ramas de los acanes, donde el amor se mastica como el pan, donde el amor es comer la sonrisa de los muslos, el calor de los pechos que tienen oro y esmeraldas tan grandes como los ojos de las moras. Noguerras, te maldigo, porque bebo tu vino solitario que sabe a mármol de Carrara, te maldigo porque tendré que pintarte con tu yelmo y tus lagartos, porque tendré que pintarte bajo las sombras de la noche, cogiendo las monedas de oro que arrastró el sitio. Donde Montezuma dejó de ser emperador de las selvas, donde los indios se acordaron que nacieron del hombre, y te pintaré Noguerras,

benemérita América? ¿Qué hembra te llenó el fuego de chispas? Ven... aquí está tu amigo, el pintor que mezclaba el sol con la luna y te mostraba al alba un niño manso hecho casi de azúcar de mazapán... Pero tú no volverás a poner tu mano clara en mi hombro, tú no volverás a criticarme la nariz demasiado larga de la amante del rey, tú no volverás; y siento maldito Noguerras que esta España es un campo de cardos, un campo que tendré que cruzarlo si es que cruzar un campo de espigas vale la pena... Ahora siento que se acerca el populacho, siento que las lenguas húmedas de las beatas hablan del milagrero país de Jauja donde hasta la mierda de los indios es de oro, ahora siento a las beatas rezar por sus imaginarios maridos, esperar hijos que jamás fueron hechos como se deben hacer, contra la loza dura de la tierra, contra los misales como almohadas, sí, Noguerras, porque los hijos hay que hacerlos de puro firme sin espuma... Estoy borracho, por eso me dirijo a la bodega, desciendo por la estrecha escalera de caracol que siempre me recordó la entrada del infierno, desciendo y desciendo los sucios escalones que tienen el brillo de los lomos de los peces, desciendo entre el duro aire de las bodegas, entre la brisa sin palmas que nace en el jerez, en el amontillado, en el dos cruces, en el revillagigedo, desciendo entre el pailorte con su sabor a miel y hostia, entre el Martín de los hojaladres con su sabor a ciruelas de valdespatria, desciendo hasta el fondo del colmo, catando los vinos y las sidras, catando la sangre y el sudor de las hembras que en la noche hicieron el amor de pie sobre las uvas heladas. Desciendo sobre el vino que se hizo aguantando el peso de los muslos y el amor, desciendo hasta la vendimia de aquel verano en que matamos aquel ciervo casi blanco, desciendo entre el ojo gacho de tu perro Ismael que ladraba imitando las codornices...

...Este es el fondo del vino, la marea que es puro músculo de metal, metal que canta en la boca como una vihuela de pascua. Aquí, desde el fondo de esta bodega miro al mundo y lo veo en tinieblas, desde este largo pasadizo con toneles de guardia. Camino a mi encuentro, camino sintiendo que estoy en el fondo de la gloria y es húmeda como el himen de una gacela, desde el fondo de esta bodega veo los ángeles lavar sus alas en el clarete, veo las ninfas paganas bañarse en la espuma de los grifos abiertos. Porque Noguerras abrí los grifos de la bodega, los abrí para sentir como los humores de la tierra me paren de nuevo, los abrí para sentir que floto en el sueño de esa América por la que tú dejaste la España de la rosa de azafrán y las ristas de ajo en la soledad del crepúsculo, Noguerras... y siento que yo también parto hacia la América de la Montezumitas y los tucanes. Esa América que es tan verde que se confunde con el azul de la plata.

Esa América de hembras de piernas largas como si en vez de muslos les estuvieran creciendo lirios. Esa América donde las hembras antes de hacer el amor se lavan los vientres con un agua más clara que la bendita. Esa América donde comerás una hostia tan grande que será como comer el rostro de Dios. Y la india te dará su nombre y será casabe y sentirás que dentro del amor hay un par de alas para ponérselo al recuerdo y dejarlo volar por los besos de esa india que frunce la boca, como pidiendo milagros cada vez que dice casabe o que pronuncia el nombre de esa fruta que nace entre lanzas, que será ananás piña anana o simplemente será como decir: estoy vivo mirando las olas del mar, ese mar largo y lleno de frutas y gajos que parece Noguerras que ha dejado de ser océano para convertirse en un bosque, en un monte donde el cielo florece por tanto casabe o por tantos ananás...

Me voy, salgo de esta bodega que me llenó los poros de soles y lunas, salgo de este agujero que casi rompe con los recuerdos y me uno a los enanillos que se han puesto zancos y caminan por las calles asustando a los pájaros y los niños... Salgo y me uno a esa genteza que toca las guitarras como si estuvieran desfilando una virgen, me uno a esos gritos que arrancan al silencio caballos, que le arrancan al silencio lanzas y soldados, que le arrancan al silencio flautas y ristas y me uno a todos los que hoy dicen América, América y se persignan como si estuvieran llamando a Dios a gritos... Con ellos monto en las naos que huelen a España, que huelen a chorizos, morcillas y sudor seco de castiza pelambre, me uno a los que muerden los limones árabes para salvarse en el trayecto del escorbuto, me uno a los que toman limonada vendida por enanos y meretrices que ponen los ojos en blanco como si estuvieran siendo acariciados por la piel de un conejo. Me uno y me pongo a soltar las jarcias llenas de gorriones, las mismas jarcias que se llenarán de

mariposas, las mismas jarcias que dejarán que los peces voladores las criben como una orillama en el día de todos los santos, me uno a tu nombre viejo Noguerras; y desamarramos los cabos y untamos la brea y nos vamos de la España que tanto he pintado, la España del dobladillo tocando el polvo y el encaje del cuello duro y largo buscando las estrellas. Nos vamos, cruzando mares y quimeras que se hinchan como globos; tocando peces que tienen gajos de enebro en vez de espigas, nos vamos por este mar más plano que el vientre de una doncella, nos vamos por este mar con sus calamares gigantes, con sus tiburones que siguen a las naos en busca de que caigan al agua piojos y hombres. Nos vamos y siento que desde aquí Noguerras estamos robando a la eternidad el mejor color de mi cuadro. Por eso pinto en la cubierta, pinto sirenas con tetas como vacas y colas de codornices, pinto ruedas de fuego que ruedan sobre las olas, peces que navegan por las nubes, pinto conchas que de puro tocarlas se vuelven mariposas; pinto el rostro imaginado de ese Montezuma que tiene los rasgos de un profeta árabe, pinto montañas con formas de yedras, pinto sin parar; y siento que me voy acercando a esa América por la que tanto he pintado. Esa América donde el oro es casi polen, donde se pescan los peces con perlas doradas que casi recuerdan las lágrimas de la Pasión de la virgen...

Ahora desciendo a la sentina, desciendo a ese mal olor marino de heces y espuma, desciendo donde los enanos juegan al tute y se reparten de antemano los imperios del año, las selvas amazónicas con su cantar de cobos y flautas de barro, desciendo a esa vigilia del que cruza los límites, del que se adentra en una mala leyenda de un rey desgarrado por cuatro caballos torvos, de un rey que levantó en las islas una ciudad suave de adobes y le puso músculos a las puertas de oro, un rey que envolvía el miedo de su cuerpo con vírgenes que dejaban en la noche sobre los lechos una suave fosforescencia de visitación. Desciendo al fondo de la sentina donde el viejo Noguerras escribe un tratado para descifrar tantos animales que luego encontrará en los muros de los templos, tantos animales con ángulos agudos, con entrantes y gollos, donde la palabra amor aparece como un árbol con doce pequeñas plumas. Aquí, en el fondo de esta nao que se estremece con los nácares del mar, pienso en la primera tierra que brotará, pienso en árboles turbios, en selvas inmensas donde el oro es una madera que crece a golpes de lluvia, un oro que abrirá la puerta de los torrenciales, que nos permitirá contar las indias como se cuentan las cuentas de un rosario...

...Pobres enanos que piensan que el nuevo clima les hará crecer para así poder coger los frutos que dice la leyenda que cuando están verdes son de plata y cuando están maduros son de oro. La leyenda del buen Lulio, la leyenda del viejo Flamel que repartía el oro dentro de ruedas de panes como un remedo al magnífico padrenuestro del país de Jauja.

Aquí, desde el fondo de esta macilenta covacha donde la nitidez del océano es un rumor de ángeles, pinto el hedor de las ergástulas, la leyenda sin fe de los esclavos, sin saber que todo lo pintado por mí será una vil caricatura, será como un remiendo cuando de veras toquemos la tierra prometida, cuando de veras nuestros pies olviden el vaivén del mar y hagamos la primera misa solemne, la primera sanción de fe ante un pueblo de pescadores, ante un pueblo de hembras magníficas que nos harán confundir los latines de gracias de Dios, que nos harán perder el sentido de tantas avemarias, de tantos mea culpas, frente a la lujurante floresta donde las hembras tienen la altivez de las bestias, donde la carne se nos muestra en manantiales, en pechos duros como una bota de vino recién encontrada entre las láminas del trigo...

La conquista... La conquista... todo gira en pos de su nombre, todo estalla en su fuego; y yo pinto un mar que no tiene límites, un mar donde las hembras y el oro caen en las mismas manos, un mar cada vez menos profundo, que cada vez late con menos pulso para darnos de golpe la muerte de las aguas... En una cercana tierra donde el sol del maldito rey del aburrimiento no se pone más, donde los Carlos y los Fernandos venderán cabezas de Montezumas en finos y anchos linos de las Indias... Y el sol nunca se pondrá en sus dominios. Es verdad, es verdad... Por eso yo, Hieronymus Bosch, pinto ahora que puedo las puertas de la noche.

CARLOS A. DÍAZ (Camagüey, 1950) llegó a Estados Unidos por Mariél en septiembre de 1980. Este relato pertenece al libro *Los perros del diluvio*.

EMILIO SANCHEZ: *Hotel Miramar*. Acuarela, 25 x 40, 1983

Concurrencias musicales cubanas

Natalio Galán

El compositor popular no vive en el vacío, responde al círculo que le rodea con las fórmulas del medio. Flota entre el círculo y su centro con la veracidad del que narra una leyenda en sus eternos detalles. De escaparse a esta lógica puede metamorfosearse en un compositor culto que elabora estas fórmulas sin las citas ortodoxas a las cuales él se debe. Es tan esclavo del medio como un caballero andante a su rocín: cabalga o deja de serlo. Su objetivo principal es que le entiendan, un acuerdo armonioso que gratifica a ambas partes.

Es la tradición, que se divierte en una ininterrumpida continuidad de giros que han surgido de sedimentaciones, no sólo formada en el siglo ochocentista con los contradancistas y danzistas criollos. Sus raíces se encuentran en el siglo setecentista, indicadas por Arrate y sustanciadas por otros incidentes históricos que muestran una cubanía de ideas musicales, alcanzando su climax en Saumell que no podemos convertir en un monstruo de ingenios creando de la nada, sino de aquella herencia que establecía sus pormenores en las primeras décadas del 800, recibiendo la embestida de este flujo que por su constancia —o no hubiéramos sido— permitía el desgrane de un muestrario de tonadas, no atribuibles a la invención espontánea sino al chispazo del leño que engendra una pequeña flama, prendiendo en el círculo para hacerse o no trascendente.

Esto ocurrió en el 1700 en las intenciones vivificadoras del ingenio popular. El pueblo no comenzó a razonar en el 800 cómo cantar o danzar un gesto propio, como crear un neologismo, cambiar el acento, trasmutar la z por s, la y por b, menear las caderas, los hombros, en temblor procaz, es una diversión —para hacerlo más superficial— que surgía de la avalancha que el tiempo, y su transcurso, fijaba en sus convenciones del ser, sus rocas desviando la corriente pero cuyas ubicaciones no eran las mismas de España o del África que sustentaban aportes, o de Francia que las adornaba con gestos del que inhala rapé y no se extasia en la bocanada de humo. Era un sofisticar entre el ser y el seremos en el que distinguíamos "entre lo ajeno y lo propio", añadiría Julio Le-Riverend Brunsone. El 1700 estrenaba sus bailes a la francesa, no porque vinieran de Haití sino directamente de Luis XIV quien adornaba con su flota al puerto de La Habana. Minuet y contredanse traían nuevos gestos para que el 800

les rumie como vaca sagrada satisfecha ya de su ingestión.

El pueblo no entiende todo lo que oye y prefiere sus proverbios a Kant, su tonada a un aria francesa, si bien no deja de asimilar un aire regional español en cuyos intervalos encuentra cierta consanguinidad. También éste fluyendo desde el centro a la periferia. Le envuelve desde su nacimiento o en la infancia le bailó en ruedo infantil que engrosó la sedimentación, depósito inconsciente de su cultura, grava de todos los tiempos, fundamento que llamamos folclor y se desgrana en "ripios" cuando entona sus creaciones; sus novedades, desgajadas del tronco de la memoria del círculo, **boa constrictor** que no provoca la asfixia sino el desahogo de lo vivido.

Cuba, tan abierta a los huracanes como cerrada a influencias de Europa, por el agobio constante de España cercándola desde 1492 hasta 1898. Cuba, como isla más grande del archipiélago que constituye, fue un puerto bastante abierto musicalmente. Aunque isleña en carácter no pasaba inadvertido cuanto baile estrenara Europa y les reflejó con las maneras propias insulares, pues el vals vienés nunca fue tal en una academia de baile habanera; siempre tuvo su dejo, si no menos elegante, más sincopado, menos etéreo, un desliz que arrastraba los pies en intención telúrica.

El negro, que llegó como esclavo vilipendiado en todos los siglos de su historia; era la fuerza rítmica más estable en la formación de su música popular. España pudo valerse de todas las ocasiones posibles para enmudecer sus tambores, sin embargo, tuvo la paciencia de soportarles y permitir que sobrevivieran en el limitado círculo que le constituía. Así el negro libre músico como intérprete fusionó a españoles, portugueses, franceses, ingleses, vieneses, italianos, chinos y, por fin, los estadounidenses. España y África fueron las constantes que no cesaron como factores primarios desde que comenzó a preformarse hasta lograr su continuidad; el resto, ropajes más o menos elegantes de que se sirvió en etapas sucesivas.

Cuba se sintió exótica cuando los chinos por 1847 al mismo tiempo que se entregaba a la ópera italiana, habiendo experimentado con el vals desde 1800; el minuet y la contradanza con la alemana del siglo XVIII acomodaron al medio, mientras el canario, como el pasacalle o los puntos le sirvieron de moldes por el 1600; lo que hoy llamamos guaracha había ilustrado al 1580 como copla. Cuando estas se entonaban en sus

villas del siglo XVI la hispanidad era el cien por ciento. El siboney, como sus perros, era mudo a la lengua, así también el negro recién llegado. Las coplas se oían con dejo portugués o aldeano español y si entre los soldados de Carlos V hubo un lansquenete, este fue impermeable a esa copla que partía de la agudeza del idioma, de cuya facultad de modo eficaz él carecía. Pero estos primeros canturreos acompañados de zanfonia o guitarra, si se dejaron oír en el siglo quinientista. Debí ser la distracción más factible entre soldados, mineros, granjeros y transeúntes: canto, rabel y alguna zampoña con grotescas consecuencias. El modelo de copla o romance no va a desaparecer del paisaje histórico. Otros nombres recibirá por razones justificadas de su texto, pero intrínsecamente la intención será la misma en el son de la Ma Teodora o el de Arsenio Rodríguez.

El alivio que producía el cantar rasgueando puntos (acordes) acompañantes en la guitarra todavía persiste aunque le llamamos punto guajiro. El esparcimiento es tan el mismo como el hombre que le entona. Y lo que se llamó copla y hoy se llama guaracha, tuvo intenciones libidinosas que aún continúa, o absurdamente incongruentes que hoy las practica, como continuará reflejando las circunstancias del medio en eco musical callejero con la descortesía al vecino venido a menos. Así fue la copla, así seguirá la guaracha, pero la llamaremos de otra forma en el 2082.

El canario fue baile que ascendió de categoría al mediar el siglo XVIII para que, ya en el siglo XIX cubano, la clase media de hacendados y señoritos lo realice con cierta prosapia; por toda la tradición que encerraba y pormenores melódicos que habían surgido insularmente. Se había propagado por toda la América hispana, pero, por allá como por aquí, tuvo sus características que fueron admiradas, corregidas y aumentadas con el celo que se escribe un poema. Acabó por llamarse zapateo y olvidóse su fuente de origen al perderse el de canario. Hizo su entrada por algún puerto cubano —La Habana seguramente— en los últimos decenios del siglo XVII y no perdió sus patadas ni su batir de pies. El campesino su mentor celoso, que los cabildos se contentarían con el contrapás y la alemanda.

Bien que fue principio de muchas marchas ligeras el pasacalle. Tal vez el obispo Altamirano le escuchó en 1604, era de nuestro caldo primigenio, como los vegeros habaneros en su revuelta de 1717 le marcharon, para desembocar, con más entusiasmo, a principios de 1800 y comenzar a fijarse en el bolero criollo como improvisado pasaje instrumental guitarrístico, siempre eligiendo el pasacalle (así denominado en Cuba) la cadencia: tónica, subdominante y dominante; como constante tonal para un improvisado melos quedó, fijando tema, para eternas variaciones. No desaparece, tampoco, a pesar de su prolongada perspectiva histórica y retorna en 1930 para hacerse notorio con el nombre de guantanamera. Así se canta la historia. Los elementos los mismos, mientras los hombres cambian de ropaje, con respeto y circunspección en la ejecución de su acaecer, o pudiera desvanecerse en algo tan nuevo que otro objeto musical, inaceptable al folclor urbano asustaría al oyente quien desearía tal extrañeza, pues la ortodoxia es madre de toda tradición, y para espantos basta la nota falsa que escapa al músico mediocre quien no pudo hacer la cita como la doctrina y el dogma enseñan.



NATALIO GALÁN: (Foto: Jesús J. Barquet)

Así es de lento el proceso evolutivo de un género musical que se transforma de nombre, como permuta sus líneas en novedad que tiene sus restricciones. Recordar a los muertos es la persistencia del ensueño, en la música folclórica esto se realiza solapadamente. Tan seguro como que llevamos gestos de nuestros padres y detalles fisonómicos de nuestros ancestros, en la copla, el punto guajiro o la guantanamera están todos ellos todavía cantando. Por lo asemántico de la música esto es mucho más obvio que en la palabra, donde deviene arcaísmo u ortográficamente incomprensible. El pasacalle nunca escapó a la comprensión del pueblo cuando surgió como guantanamera, por estar en sus huesos; aunque el propio término cubano, pasacalle, no desapareciera accidentalmente en la memoria de los Matamoros. La música como quintaesencia de la palabra, esta signo escrito perecedero más sujeto a convenciones que el tremolar de un sonido tañido.

España nos sirvió durante el siglo XVIII todos sus bailes de salón, sus danzas de más refinamientos y copiamos y parodiámos hasta adquirir, como en el zapateo, otros gestos y denominaciones propias que rebotaron con nombres diferentes. En la continuidad de la tradición aparecían las novedades jamás de manera general y terminante. El minuet francés o español se hizo minuet congó, porque el negro también le bailaba, es, ahora, cuando el blanco lo copia perdida ya su rigidez versallesca, la que no podíamos realizar por llegar en reflejos muy mal advertidos, distraía más saborear su carácter de parodia. Lo criollo, al cabo, estaba junto a la cuna y con eso crecíamos. El Atlántico, siempre el océano como distancia invencible, traía memorias distorsionadas. El minuet congó fue tan populachero como el vals se hizo tropical, arrastrándose los pies y dejándose de girar en círculos, para situarse como cedazo de la danza cubana que, al fin, contuvo su desplazamiento quedando sólo en el abrazo contoneado. Pero esto es historia de gestos y no de la melodía que, apresurándose en sus síncoas, llenó a la contradanza con anterioridad, en su inevitable cedazo que enfrentaba a los sexos, experiencia que no olvidará el danzón por 1879.

Cada generación miró a la siguiente como más atrevida, si bien cada una hizo de las suyas en relación con la tradición, y los bailes se

distinguían con cada una de ellas fijando sus convenciones para caracterizar a la novedad en la tradición. El melos no quedó atrás sino que, a veces, también se adelantaba, anunciando el golpe al vacío del pie que la rumba establecía hacia largo rato. Se dejaba ver en los grotescos gestos (según el hombre blanco) de los negros, cuyos tambores no cantaban sino percutían angularidades, para que el cuerpo las correspondiera sin el abrazo romántico (que eso es cosa de blancos). Las parejas en simulacro de fuga, persecución, abandono, los brazos en zigzag, las caderas en caja de bolas; todo un concepto que Europa no admitió hasta bien entrado el siglo XX.

Mambo y chachachá redujeron el campo bailable a un círculo que no se expandía, encerrada la pareja en una serie de gestos reflejos, expansión que si ocurriera en la conga. El mambo, coreográficamente, era un remedo de la rumba de 1935, como esta recordaba a la guaracha de 1850 cuando el bailaror: "se quiebra las rodillas, y tuerce el cuello y pone el brazo manco, y en indecente y torpe contoneo se queda con los ojos casi en blanco". Así debió de hacerlo el congó de 1830, el cual como rumba no omitió alusiones al sungambelo de 1813, secuencia de síncoas y gestos que el mambo en 1950 acompañará con el colorido de la orquestación del jazz experimental, soplando por los Estados Unidos recién terminada la segunda guerra mundial. Partiendo de lo que su denominación expresaba: una parla entre tambores, se cruzaron sus ritmos con las armonías metálicas de las trompetas. El influjo norteamericano era preciso, al quebrantarse la sonoridad clasicista de los conjuntos criollos —como la charanga— en el tradicionalismo setecentista de violín y flauta, sus instrumentos melódicos predilectos.

Sonoestilística de violín y flauta que luego aprovechó el chachachá en 1951, un retorno más placido —sin desperdiciar las residuales instrumentales del danzonete (1929) para su africano conteo— en parejas con gestos imitativos hechos patentes en su independencia libremente acoplada.

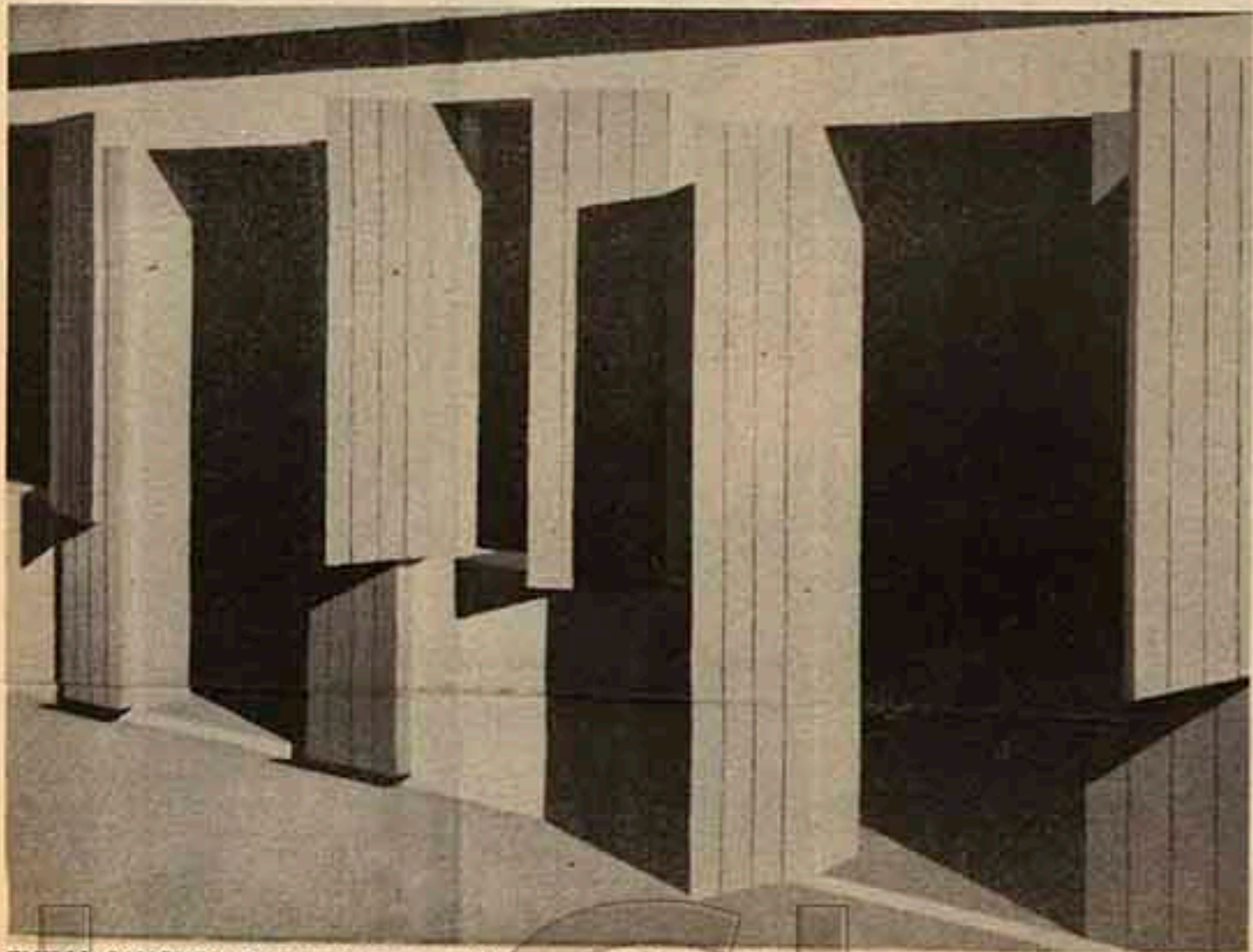
Al mantener la tradición del abrazo el bolero bailable insistía en un melancólico acaecer. El danzón ochocentista (de "nuevo ritmo" en 1945) era historia de los padres, una pieza de museo que había de explicarse. El danzón había absorbido a la danza cubana ochocentista —esta confundida con la contradanza— de cuya función ni los abuelos se acordaban por alcanzar la danza su climax de 1860 al 79, siendo tan patriarcal como la figura de El Lugareño resulta hoy en la historia política cubana. Por lo leído comprendemos que los estadios sucesivos de la contradanza —o de la passacaglia culta al pasacalle español que deviene pasacalle cubano para continuarse en la guantanamera— cubren o disfrazan su simultaneidad con la cuadrilla y la danza cubana, perdiéndose la sutil mudanza que les cadenciana en interferencia que confunde a la novedad.

El final de este trabajo será publicado en el próximo número de MARIEL.

NATALIO GALÁN (Camagüey, 1917) estudió en el Conservatorio Municipal de La Habana y posteriormente en Nueva York, con Henry Cowell y Henry Brant. Ha compuesto numerosas obras para orquesta de cámara y sinfónica, así como varias óperas, como *El Paseo* y *Los Días Llenos*. También son conocidos su cantata *El Martirio de San Sebastián*, así como sus *Variaciones Seriales*. Actualmente reside en Nueva Orleans.

Laberintos dialécticos

Roberto Valero



EMILIO SANCHEZ: Puertas y ventanas. Oleo sobre tela. 36 x 54. 1980

El teniente Jesús Oliva había releído la carta por centésima vez. Podría ser un simple juego, una broma de gusanos, pero ¿y si no lo era? ¿Si estaba realmente ante el caso que siempre había esperado para poder ascender a capitán de Seguridad del Estado...? Desde luego, iba a entregar la carta a la policía secreta, pero ¿con quién hablar primero? Temía que el caso se le fuera de las manos y perdiera su posibilidad, la posibilidad conque tanto había soñado, o que tanto se había repetido a sí mismo, a falta de aquel viejo Dios de su infancia. Dejaba la carta sobre el buró y caminaba por el amplio patio embalsado, detenía la vista en los vitrales sin verlos, repitiendo: "¿Y si fuera un experimento del G-2 para ver mi reacción?" Tomó de nuevo la carta en su mano y la leyó aprisa, pues ya la tenía memorizada:

Teniente Oliva:

El día 17 de septiembre llegará un comando de la CIA por Risco Alto, 7 kilómetros al sur de Bacunayagua. Cuatro elementos: uno es un peligroso líder intelectual radicado en Nueva York, el poeta Rafael Borges Trenechis; los otros son simples miembros de la agencia. Objetivos: volar la Cubanita y ponerse en contacto con miembros de "La Rosa Blanca" de Jagüey Grande. Van bien perseguidos; el desembarco será a las 2:30 a.m. aproximadamente.

Esta carta la escribo por motivos personales, no piense que soy su aliado.

Opa Locka, Mayo 6. 1979

Gabriel Horestes Fercan

El teniente Oliva entraba en disquisiciones inútiles sobre el remitente, y cómo éste sabía su nueva dirección de Compostela 69, casa a la que se había mudado hacía solamente un mes, gracias a que la familia de gusanos que la ocupaba había abandonado el país. No pocos trabajos tuvo él para comprar a Guas con la moto que dejaba Enrique y ocupar esa casa. De pronto pareció tranquilizarse: pero ¿cómo no lo pensó antes? Sergio Guas era el hombre para compartir el secreto, comandante de la Seguridad, Jefe de Inmigración en la provincia, ¿cuántos problemas no se habían resuelto el uno al otro! Aquella misma tarde se apareció sonriente en casa de su amigo de toda la vida: "A ver si me preparas un café para fumarnos estos tabacos, antes de darte el notición del siglo" —le dijo.

—Pero, Oliva, esto no puede tomarse en serio, puede ser un cabrón para joderme y que caigas en el ridículo. Gabriel Horestes Fercan, 19816 N.W. 45 Ave., Opa Locka, Florida, 33055. Más nunca sabremos si este hombre existe o no.

—Mira, Sergio, lo primero que podemos hacer es buscarlo mañana en los archivos, después, habrá dos posibilidades; pero por el momento vamos a tragarnos el asunto.

—De eso nada. Mañana llevamos el caso al comandante Saúl Crespo; después se verá. ¿No te das cuenta de que puede ser para joderme?

Desde luego que, tan pronto el teniente Oliva abandonó la casa, Sergio telefonó a su superior para informarle en detalles lo que ocurría, y precisó que a las nueve del siguiente día le llevarían el caso a Saúl Crespo. También él, como era lógico, sospechó de Oliva: "Si lo que quiere este maricón es un ascenso a cuenta mía, se va a joder", pensó.

El caso se llevó a los niveles pertinentes, y a Jesús Oliva se le enjuició por negligencia y por haber demorado la información sobre una "MUY POSIBLE ACCION DEL ENEMIGO", como constó en el acta. Se demostró, desde luego, que había obrado de buena fe, pues no quería molestar a sus superiores con un asunto que muy bien podía resultar una jodedera de esos cabrones de Miami. Pero la respuesta del comandante Crespo fue firme; no dejaba lugar a dudas de que había lanzado con cierto tono de cólera e ironía, que en realidad molestó un poco a Jesús, aquello de: "La Revolución tiene muchos amigos secretos en cualquier sitio, y no podemos pensar que todo se trata de simples jodederas, como si no hubiera gente arriesgando su pellejo entre esos pendejos del norte."

—Pero fíjese que no se trata de un aliado, mi comandante; dice claramente que lo hace por motivos personales.

—Entonces usted toma en serio lo que le interesa y no el resto de la nota. Puede ser, sencillamente, que la persona no quiera quemarse. Y basta de discusiones inútiles. Alégrese de que hemos sido benignos con usted, porque conocemos su trayectoria, pero casi ha encubierto a un grupo de agentes de la CIA.

Los meses restantes Jesús los pasó más activo en su trabajo que de costumbre, pero ya no sabía si desear que todo fuera una simple broma, lo cual ayudaría a despejar posibles sospechas, o que fuera cierto, porque también podían tomar en cuenta que él lo había informado; había sido él, y no Sergio, como parecía decir el acta.

Para principios de agosto tuvo una idea que consideró brillante y que rumió a solas. Esta vez no era cuestión de hablar con Guas. "¿Que se vaya pa'l carajo, que en buen llo me ha metido!"

—Mi comandante, quisiera que tome en cuenta esta carta que le he traído, pero quisiera que usted mismo la lea. Deseo estar en el grupo de contrainteligencia que capture a los bandidos del 17 de septiembre; vamos, es una forma de rectificar mi conducta.

—Coño, Jesús, no esperaba otra cosa de ti; olvídala ya d'eso; yo voy a llamar al que está al frente de la cosa para que te integren al grupo.

El comandante Crespo le dio un abrazo a Jesús antes de irse y lo despidió con unos golpecitos en el hombro: "No te preocupes, mi hermano, que haré todo lo posible. ¡Coño, si nosotros crecimos juntos!"

Desde mayo se había reforzado la vigilancia por la costa norte de Matanzas, y para principios de septiembre ya tenían colocadas como ocho unidades en los alrededores de Risco Alto. Jesús estuvo de segundo en la operación; había que tratar de capturar vivos a esos degenerados, como dijo Crespo.

Tan pronto como desembarcaron, los seis hombres fueron detenidos. En realidad fue cosa fácil: aunque vinieron dos más de los previstos, ni un escuadrón hubiera podido salir de la zona.

Después del juicio, Jesús fue ascendido a capitán. A Rafael Borges Trenechis, el líder intelectual, lo condenaron solamente a treinta años de privación de libertad. Al resto del comando lo fusilaron después de sacarle toda la información posible. Fue triste, había que reconocerlo, la forma en que Rafael Borges había pedido clemencia. Se arrojó llorando, y pidió un plan de reeducación: "¿Cualquier cosa, coño; pero no me maten, que yo tengo una familia!" No ligaba Jesús aquella imagen con la idea que se había hecho de Rafael, al leer sus altisonantes libros de poesía en contra del gobierno castrista. Verlo así, tirado en el piso, lloriqueando; él que había escrito en su cuaderno *Más allá de la sombra y los barrotes* un tremendo poema contra el Comandante en Jefe. Claro que el poema estaba lleno de mentiras, pero él le había oído decir a un capitán que: "El tipo es una mierda; pero es un duro escribiendo." Y era ese mismo hombre el que estaba de rodillas frente al juez.

Jesús se había aprendido el comienzo de un poema de Rafael sin proponérselo, y ahora no lo podía sacar de sus recuerdos, que se repetían como una noria sin tiempo: "Tú, Comandante de todos los espectros ahogados, eres el Rey del mundo, Emperador de tócoros y retamares."

Crespo le explicó un día que no lo habían fusilado "porque a veces se pueden cambiar los prisioneros, o vendérselos a la agencia, que paga muy buenos rescates". Pero supo además, por la prensa, que después de estar un año en la cárcel había matado en una reyerta entre presos al líder político más importante de las cárceles castristas, y —cosa extraña— el *Granma* lo destacaba en primera plana: "Agente de la CIA mata a Evelio Gómez, connotado contrarrevolucionario." El artículo hablaba de las actividades que el tal Evelio había realizado "como matavacas en el Escambray, cuando se alzó en el 64 con un grupo de 128 delincuentes". Aclaraban también que Rafael Borges, "quien violó la soberanía de nuestro territorio al entrar con otros agentes de la CIA por el norte de la Isla, había sido condenado a treinta años de encarceramiento por pura magnanimidad de la Revolución; pero aunque él's estén divididos, no permitiremos crímenes en nuestro territorio y su causa será revisada". Así terminaba el artículo. Después se perdió en el aparente olvido de la historia. Jesús sabía, por Crespo, que "unos doctores soviéticos lo habían solicitado para hacer con él ciertos experimentos, y fue trasladado hacia Moscú".

El capitán Jesús Oliva se fue a Lobito, Angola, en 1981, al frente de los cadetes del tercer batallón de Camilitos. Y, cosa puramente accidental: aquella tarde en que se acercó al Comandante Piñera (Barbarroja, como él le decía, por ser su amigo de tantos años), le pareció que el capitán que acompañaba a Piñera trató de evadirlo, porque aunque siguió tomándose su cerveza le había dado la espalda y no se acercó a ellos mientras él estuvo allí. Claro que estaba oscureciendo y él no iba a empujar las casualidades, pero durante mucho tiempo se estuvo repitiendo: "Cojones, yo nunca he visto dos tipos que se parezcan más: aquel Rafael Borges y ese capitán, amigo de Barbarroja, son cagados el uno al otro..."

Años después, cuando el tiempo hizo su labor, Jesús consideró pura estupidez aquella idea que había tenido: "Mira que a uno se le ocurren mierdas", se dijo. Y no pensó más en el asunto.

ROBERTO VALERO. Recibió por su libro *En fin, la noche* el Premio de Poesía, compartido, que se otorgó durante el Festival de las Artes celebrado en Miami en 1983 en ocasión del Tercer Aniversario de Mariel. Vive y trabaja en Washington, D.C.



EDICIONES UNIVERSAL

Libros en español * Libros cubanos

TODOS LOS LIBROS EN ESPAÑOL QUE USTED NECESITE.
NOS ESPECIALIZAMOS EN TEMAS Y AUTORES CUBANOS;
Literatura, Diccionarios y Enciclopedias, Religión,
Libros de texto e infantiles.

EDITORES IMPRESORES DISTRIBUIDORES

EDICIONES UNIVERSAL
LIBRERIA & DISTRIBUIDORA UNIVERSAL
3090 S. W. 8th Street
Miami, Florida 33135
Tel. (305) 642-3234

SOLICITE NUESTRO CATALOGO GRATIS
Servimos pedidos por correo a todas partes del mundo

En Miami visite nuestro nuevo local de librería.
4,000 pies cuadrados y miles de libros a su disposición

Gerente: Juan Manuel Salvo



SUBSCRIBASE A LA REVISTA TERMINO

SUBSCRIPCIÓN ANUAL.....\$6.00
EN EL EXTRANJERO.....\$8.00

NOMBRE.....

DIRECCION.....

PAIS.....

P.O.BOX 8905 — CINCINNATI OH, 45208

EXPERIENCIAS

En esta sección recogemos crónicas, memorias o materiales autobiográficos que revelen hechos notables de la vida diaria cubana o de los cubanos en cualquier época, pero preferiblemente vivencias sufridas bajo la dominación de Fidel Castro o experiencias que esclarezcan la evolución de nuestra cultura. Los materiales no tendrán que ser forzosamente obras de escritores profesionales. Exhortamos a nuestros lectores a escribirnos y a enviarnos sus testimonios. Nos reservamos el derecho a editar dichos materiales de acuerdo a la opinión de los editores de MARIEL.(1)

¡De pie...! La vaca levanta la oreja y el guajiro mueve la cabeza hacia ese nuevo edificio que le han hecho ahí. Le han quitado parte de su finca, y por si eso fuera poco se la han llenado de muchachos que no saben nada de agricultura, pero sí de estropearle sus cultivos, de robarle sus gallinas. ¡Cuántos no habrá cogidos, enganchados de su yegua, de su puerca, y de las vejiguitas ni hablar! Y cómo les gusta bañarse en cueros en el río.

Cada mañana a las seis de la mañana, este pobre hombre se lamenta de su desgracia, hablando para sí solamente, pues ni la vaca se puede enterar.

Mientras, en el edificio llamado "Escuela Secundaria Básica en el Campo" (o ESPEC, como casi todos la llaman), los muchachos comienzan su rutina diaria bajo una lluvia de gritos amenazantes: "¡Si no te levantas te voy a reportar! ¡Tienes un demérito estudiantil! ¡Apúrense, que a las seis y media tenemos que leer la Información Política del día!"

Me cago en la mierda, no hay agua. Pero qué suerte la mía: anoche tuve la precaución de guardar un jarrito con un poco... Con eso me alcanzará para lavarme, porque, si no, la saya no me aguantaría la semana, y el jabón no me alcanza el mes.

Después de estos inconvenientes cotidianos, oímos la Información Política del día.

Al fin, a desayunar. La cola con el jarrito en la mano. Nos sirven una lecha casi amarga y sucia. Alguien recuerda la palabra "café", esa divisa que necesita el país para exportar. "Necesitamos maquinarias, industrias, armas (para defendernos del imperialismo)." La cocinera con sus lagañas, los ratones tratándose de esconder, al igual que las cucarachas cuando salen del saco del pan. El pan tiene huellas de visitantes nocturnos. Para nosotros no importa, sabe a gloria. Quizás hoy haya mantequilla...

Cuando sales, alguien de la cola te pregunta qué hay de desayuno. Lo mismo: pan de cucarachas y mantequilla con sabor a hormigas.

Siete de la mañana. Se iza la bandera, se canta el himno nacional, se lee algún capítulo de "La historia me absolverá" (nos la sabemos ya de memoria), o se habla de "la tremenda obra de choque" que tiene ante sí la juventud soviética: El Gaseoducto. Y nos repiten la importancia del INTERNACIONALISMO PROLETARIO como fundamental principio de la Revolución. Tampoco dejan de repetirnos cómo se necesitan nuestros técnicos con las armas en las manos y su trabajo en países como Angola, Afganistán, Etiopía, Nicaragua, Mozambique y otros... El Partido Comunista espera nuestro apoyo voluntario y sin condiciones.

En fila de uno en fondo nos mandan a las aulas. A otros los mandan al campo. El día se nos va entre estudio y trabajo.

En el almuerzo dieron chicharos, arroz con gorgojos y un huevo sancocado. Son las cinco y media de la tarde, y tenemos una hora para bañarnos e ir a comer.

Empezamos a quitarnos la ropa. Alguien hace un cuento; la otra pone el radio, nos reímos, bailamos, criticamos en voz baja...

"¡NO HAY AGUA!"

Nos quedamos pasmadas tras ese grito, aunque esto mismo se ha repetido otras veces.

Todo en silencio. Pensamos (menos mal que mi mente no es chiva): café falta, carne falta, intimas (los kotex) faltan, la leche falta, falta, falta. Justificando —recuerdo, lo comento, no sé por qué— que el profesor de marxismo-leninismo nos dijo en el aula: "La URSS es un país desarrollado en vías del comunismo, y nosotros somos un país subdesarrollado en vías del socialismo."

Sacamos cuentas: si la URSS lleva sesenta y de años y no ha llegado, lo que nos espera a nosotros para llegar al paraíso es del carajo. ¡Mal que tuve la brillante idea del agua en

Diario de una becada

Migdalia Riverol



ROBERTO ESTOPINAN: Figura femenina. Yeso, 16 x 14 x 14.

el jarrito.

Después de la cola para la comida sólo nos dan galletas, algo de unas latas que sabe a pescado, y nos llenan el jarrito de agua. Sólo un buchito me tomo: lo subo al dormitorio y trato de buscar un lugar seguro, no sea que me lo roben.

A las ocho de la noche empezamos el "auto-estudio". ¿Se estudia? Se habla de comidas ricas, de vasos de agua bien fría con hielo, de miedo, de novios, de novias.

Se acaba el "auto-estudio". Son las diez de la noche, y hay que irse a dormir. Menos mal que esta noche no tenemos reunión de nada. En veinte minutos hay que apagar las luces. Tratamos de olvidar que existe un líquido llamado "agua". Estamos tan acostumbrados a olvidar lo que necesitamos... Nos dormimos.

No sé, siempre oigo esa emisora del Norte (creo). No entiendo nada. Es distinto, y a la canción esa sólo le entiendo: "Monday, Monday..."

Nadie se puede enterar de que la estoy oyendo. Me expulsarían por diversionismo ideológico. Así que mejor apago la radio. Sueño.

De nuevo el guajiro piensa, la vaca mueve la cabeza, el DE PIE, las amenazas, la falta de agua, el jarrito que nos salva.

Los baños ya empiezan a apestar; alguien orinó en las duchas, se ve, y el tufo se siente.

De nuevo la Información Política. A desayunar, lo mismo. De nuevo la fila, el matutino, unos al aula, otros al campo. Qué bueno que a mi grupo hoy le toca el campo por la mañana, porque ese sol de por la tarde es del carajo. Dicen que por la mañana se aprende más, pero yo prefiero aprender menos y no dispararme ese sol.

En el campo nos espera, aparte del trabajo, Serafin, el compañero asignado por la granja para que nos guíe en el trabajo. Nos da a cada uno una lata de esas de aceite, llena de Paratión, un insecticida para regar con la mano sobre el tabaco. También tenemos nuestro jefe, un estudiante. (Por suerte no es chiva.) Usa muy bien su matemática en los reportes de producción, y con nuestro esfuerzo la brigada es la mejor de la escuela. Así en los días de recreación nos llevan al pueblo más cercano, vamos al cine...

Nos dicen cuántos surcos tenemos de meta. Son once. Empezamos a regar el Paratión. ¡Cómo quema y pela las manos! Para cómo no tenemos ni guantes, ni un náilon para cubrirlas. ¡Cojoño, cómo arde!

Al fin son las nueve y media, hora de la merienda imaginaria. Por lo menos Serafin nos trajo una lata de agua. Este pobre hombre siempre nos hace la misma historia: fue preso común por diez años. Dice que un tal Chino lo anda buscando para vengarse de un machetazo que él le dio por no dejarse coger las nalgas. Y que él mató a Fulano por esto, por lo otro. Tao, tao, tao. Se acabaron los 30 minutos. Agarramos la salá lata de Paratión, y tal parece como si el Chino estuviera detrás de nosotros.

La próxima vez que elijan jefecitos de brigadas estudiantiles voy a ver si agarro. Nada más hay que hacer reportes, chequear el trabajo de los demás. Y no se anda con el cabrón Paratión. Además, mientras yo hago cola para todo, ellos no.

Me acuerdo que el otro día yo quería un pase para ir a mi casa. Había tremenda cola para ver al Director. Llegó José, jefe de no sé qué. Entró, ni miró para la cola, y salió con su permiso en la mano. ¡Que va! Para la próxima beca, voy de jefa.

A las once dejamos todo recogido, nos despedimos de Serafin, y nos zumbamos de nuevo los kilómetros, ahora sin risas, cansadas y con la interrogante "¿Qué faltará ahora?" en la cabeza.

Subimos al dormitorio. Por la peste sabemos que el agua sigue perdida. Dame un poquito de tu perfume. Mami me consiguió este pomito de leche de magnesia, porque no hay desodorante. Todavía se siente el Paratión.

Nos empezamos a poner el uniforme. Si no lo hacemos (aunque no haya agua para bañarse), no nos dejan entrar a almorzar.

Bajamos, hacemos la cola, las galletas, algo de carne molida, el jarrito de agua, subimos, lo escondemos de nuevo. Nos olvidamos de lavarnos la boca. Al menos así ahorramos la pasta. Además, ¿a quién le pueden importar unos dientes? Hay cosas más importantes: la CIA, Angola, la URSS...

Nos tiramos en la cama, a esperar que llegue la

hora de bajar para ir a las aulas. Ni me acuerdo si tenemos examen. Estoy no debería olvidarlo. Pero ya ni recuerdo qué debo recordar ni qué debo olvidar.

Vamos a las aulas. Entran el marxismo, las matemáticas, la biología. Pasamos la sesión de clases. En el examen vi al profesor haciéndose el chivo loco con lo de fijarse... Eso se está haciendo común entre los maestros. Me imagino que para ganar la emulación entre escuelas. (Hay que tener una buena promoción: el Director últimamente hace mucho hincapié en eso.) Permitiendo el fraude nos ayuda a quedar entre los primeros lugares.

De vuelta al dormitorio. Nada de agua por aquí, ni por allá. Siguen los baños con su canto tufal. "Tenemos un problema grande en la turbina del agua", nos dice el Director. "No sabemos cuánto durará esto. Debemos recordar que una verdadera revolución se forja afrontando las dificultades con un espíritu combativo. Traten de mantener la limpieza. En cuanto a la comida, ya lo iremos resolviendo. No podemos darnos el lujo de cerrar la escuela y mandarlos a sus casas, porque perderíamos la emulación. Vayan al auto-estudio." Fuimos.

Durante esos cinco días sin una gota de agua en los baños, recuerdo que empezó a llover mientras estábamos en las aulas. Llegó la hora de la merienda. Nos dieron galletas. (No sé por qué me parecieron tan saladas ese día.) De pronto miré para un cantero de cemento y no lo podía creer: tenía agua. Metí mis manos, traté de que la tierra no se removiera. La empecé a tomar. Después de esas puñeteras galletas, sabía a gloria. Los otros me vieron y empezaron a hacer lo mismo. Para mí, cuando construyeron esas escuelas, la mejor idea fue la de poner los canteros.

Cuando uno vive en el campo, se ven todo tipo de animales. Insectos extraños. Pero los gusanos que vivían felices en nuestras tazas de inodoros, dándose banquete con la porquería y el orine (al menos ellos tenían qué tomar), eran algo increíble: gordos, rebosantes, tranquilos. Claro, tenían todo en su medio ambiente. Seguro que ellos no extrañaban el agua.

Parecía que la falta de agua motivaba que las muchachitas (algunas) tiraran sus intimas por el pozo, dondequiera. Las duchas estaban llenas, por los bordes de la pared, de unos gusanitos blancos. Y había una peste parecida a la de orine.

Ya no se sabía dónde uno podría soltar lo poco que tenía dentro. Te bajabas el blúmer, mirabas hacia abajo, y tratabas de buscar el lugar preciso donde pudiera caer, cuidando de no salpicar tu cuerpo, ni de molestar a los gusanitos.

La falta de agua causaba el abandono. Papeles usados, intimas sonrosadas, algodones abochornados de verse en público. Alguien había jugado con su intimidad y dejó constancia de ello grabando sus huellas en las paredes del perplejo baño. Si el baño tuviera mente, me imagino que pensaría: "Un ruidoso y transparente líquido debería estar bañándose; puedo ser testigo de muchos actos privados, pero no participe de asquerosidades. También antes yo era algo exclusivo; ahora no tengo puertas, pero sí un banco colectivo donde se sientan a esperar para bañarse, no de uno en uno... Lo hacen para no quedarse con el jabón en los cuerpos. Pero quisieran tener privacidad..."

Atrapadas por el sueño y los sueños, comprobamos de pronto que no existía una sola clase de lechuzas. Las de nuestro dormitorio empiezan a gritar en medio de la noche: ¡AGUA, AGUA, AGUA! Nos lanzamos hacia los baños, con el jabón y la toalla en la mano. Nos metemos debajo del chorro. ¿Qué hora será?

Dulce líquido, llegaste formando parte de nuestros sueños. Divino, divino despojo de suciedad. Las tazas, del susto, no querían descargar; sus rebosantes habitantes no querían partir hacia las profundidades. Gran movimiento para limpiar las desdichas de cinco días.

¿Hasta cuándo durará la limpieza? Nunca se sabe. A partir de entonces, nos bañábamos por la madrugada, para prevenir la falta de agua. ¡Qué importaban el frío, los catarros! Era una nueva enfermedad que se volvió rutina y esclavitud: el miedo a la falta de agua.

MIGDALIA RIVEROL (Taguasco, Las Villas, 1958) salió de Cuba por Mariel y actualmente vive en Miami, donde trabaja como dibujante. Estudió durante varios años en las becas cubanas. Publicamos un fragmento de su libro en preparación sobre la vida de los estudiantes en esas becas.

(1) Rogamos a las personas que se sientan movidas a colaborar en esta sección que acompañen sus textos con un sobre franqueado, su nombre y su dirección, para devolverles los originales en caso de que no sean utilizados por la revista.

Transparencias de un paraguas en mediodía

Mauricio Fernández

Historia a dos voces para contarla en silencio

Bajo el aguacero de Vallejo: La Habana, mes de mayo, mi labio superior se reúne con las herramientas del mediodía.

La historia es del carajo:

porque la yerba en el parque tiende a no mojarse y el vendedor de globos / de apellido Cantolla, ciudadano mexicano y de domicilio: Chapultepec, el Castillo, de Maximiliano y Carlota, tiene la costumbre de viajar solo a pesar de que muchos / en la cola del caimán le han comprado favores.

Porque ahí mismo, casi frente al Carmelo, un negro sin ropa interior

de los que montan el caballo

al pelo y con espuelas,

pretende erotizar a la mujer de Lot entre bailes de calandrias / rosa-pálido.

En el Auditorium hay función:

el ballet de Mongolia interpreta el manisero mientras el lago de los cisnes

se convierte en secadero de tiburones.

Bajo el aguacero estoy yo / detenido por el agua o las transparencias del paisaje.

No por casualidad: testigo de la memoria

vecino curioso del Vedado / que le da por merendar pan de gloria en el Sagrado Corazón.

A otros con el cuento del abanico chino de seda y marfil

traído desde Nanking por un habitué del viejo Marte y Belona

con propósitos de comprar carne antillana a precios de bolero.

Yo por mi parte digo / escribo: está bueno ya, demostrada la sabiduría musical

del globero

el negro

y el chino

falta el gallego / en época de lluvia y a la intemperie. De todas maneras la casa de antigüedades en Calzada está vacía, cerrada, como sarcófago bizantino.

Y me resigno / a quedarme donde estoy a pan y circo, globos y trapezistas.

Testigo de la memoria, mejor guardo el libro de las amonestaciones

y cierro el paraguas que me protege para no llamar la atención,

pues en estos días / la imaginación se castiga por pareja doble

y yo y el mediodía y la nube rajándose

sobre la Habana entera,

es más que suficiente / para el espectáculo que se realiza.

Porque la yerba está seca y se quema

y es papel de fumar / pensando en Labrador, en los portales de Reina y después Dragones

y Whitman con sus otras yerbas sonríe complacido y es el encuentro: muy cerca de Lyceum.

Labio superior: desconcertado / herramientas del mediodía,

matinée gratuita que no busca lamentos en la suerte prohibida.

Es donde estoy: la historia / mutilada por la censura desdibujada por el agua y un abanico chino que canta y baila boleros.

MAURICIO FERNÁNDEZ (La Habana, 1938). Estudió Derecho Diplomático en la Universidad de La Habana y ahora reside en Estados Unidos. Ha publicado dos libros de poemas: *Región y existencia* y *El cortejo*. Es editor de la revista *Punto Cardinal*.

CONFLUENCIAS

En esta sección, nos esforzamos por rescatar obras poco conocidas de nuestra cultura, o que hayan sido deformadas o silenciadas por la burocracia del castrismo. Aunque algunos de los artistas que las crearon hayan dejado de existir, todas esas obras confluyen hacia nosotros, para que nos iluminemos con su esplendor. Cada obra será seguida de un ensayo que intentará contribuir a su correcta apreciación.

CARLOS MONTENEGRO

La sortija de los dioses nagueles

A Lidmila Masferrer que exclamó: "¡Papá, papá!... Carlos no cree que existan fuerzas sobrenaturales."

Hicieronse los sesos agua tratando de explicarme por qué fui encerrado en la celda llamada del **Estrangulador**. Los más osados al ser arrastrados a ella eran un alarido de terror. No es vergonzoso temerle a los dioses.

Mi extrañeza no duró. (Para no beneficiarme con ficticios suspesos adelantaré que me condujeron a la inquietante celda fuerzas misteriosas que se apoderaron de mi ser.) Si lo merecí o no carece de significación. La experiencia me dice que los merecimientos no los determina el mérito, sino circunstancias ajenas a la acción o conducta de cada cual. Mis circunstancias en la ocasión a que me refiero fueron cuatro:

1ra.) Santa la Tapatía me seleccionó para que le burilase una sortija. Punto.

2da.) Santa la Tapatía era la amante de don Plutarco, alcaide de la cárcel en que me encontraba recluso. Punto.

3ra.) En dicha cárcel, la ley, el orden, la justicia, los merecimientos y demás zarandajas, eran las que se le antojaban a don Plutarco. Punto.

Y 4ta.) Los antojos de don Plutarco los decidía en todo caso Santa la Tapatía. Punto decisivo. Dando carácter absoluto a estas circunstancias las subrayaré diciendo que no existieron otras que las modificasen.

Al filo de licuarse el cerebro di con la razón de mi encierro en el espantable calabozo. Ya la adelanté a medias. Aunque en las dichas causas aludidas se advierte contradicción, es, como todo en el suceso que narro, de una paradójica simplicidad: yo mismo elegí el calabozo.

Esta afirmación, valdiera para mí, lo será para todo aquél que posea un mínimo de conocimiento del poder logístico de las "Santas Tapatías".

Aunque de acuerdo con la dedicación de este relato parecería obvio decir que no creo en fantasmas, no está de más que confiese que no me caracteriza la valentía, por lo que ni mi escepticismo ni mi carácter decidieron la elección, sino la obsesante necesidad de entrar en contacto con los Dioses Nagueles... Contradicción, por lo menos, de sentido común, que me fuerza a otra afirmación en sí misma contradictoria, pero como hija de mi experiencia personal —frase pleonástica— la doy como buena. La subrayo: **NADIE CREE TANTO COMO EL QUE SE PASA**

LA VIDA ALARDEANDO DE NO CREER EN NADA

Y advirtiéndome que el que leyese pudiera impacientarse con tantos enredos, paso a contar cómo ocurrieron las cosas: Santa la Tapatía... Pero, no. Para mayor comprensión de los hechos me referiré al aludido poder de aquella mujer. El camino más corto es pedirle al lector, o lectora, que evoque a la persona que más lo haya seducido... Si no es un casto inocente (¡Que Dios lo acoja en su seno y le dé alas!), demórese en la evocación... ¿Ya?... y tendrá una noción aproximada del poder de seducción de la amante de don Plutarco... Basta, ¿no?

Santa la Tapatía mandó a llamarme y me dijo asombrándome:

—Güerito, quiero que me hagas una sortija que no tenga par en el mundo.

Nada, que no me queda otro remedio que insistir, temiendo la posibilidad de que un ser humano, hecho y derecho, en la plenitud de sus sentidos, no se haya dejado seducir jamás, me inclino aún a romperlo, abriéndole los ojos, y librarlo de su desdicha. Eso me propongo.

Estando a dos o tres cuartas de aquella bruta (no hallo otro calificativo que le venga mejor), todo raciocinio se lo llevaba el diablo. Si lo que inspiraba le salía a uno a la cara, a lo menos que se exponía era a recibir una bofetada.

Pese a la paralización de mi cerebro impuse una interrogante: ¿Por qué, si quiere una sortija que no tenga par en el mundo, no se la pide a Pedro Yuca, del que soy un simple imitador? Lo comprendí cuando añadió:

—¡Ah! Pero eso sí, tendrás que hacérmela de una rodaja de tibia humana. El hueso lo pondré yo.

Hasta que la Tapatía me dijo eso me tenía reducido a la más elemental de las mímicas mongoloides. Me sacudí la idiotez exclamando:

—¡Señora Santa, huesos humanos sólo le es permitido tallarlos a los sacerdotes nagueles!

—Lo sé, pero ¿por qué no también a los que no creen en ellos? No eres indio, ni mejicano, ni creyente.

—Señora...

—Me rozó los labios con sus dedos!... ¿Se dan cuenta? ¡Me rozó los labios con sus dedos!

—Sé lo que vas a decirme. Sé a lo que me expongo; pero he tomado medidas para protegerte de todo daño material por parte de los creyentes en los Brujos. Te mantendré en un calabozo mientras me haces el trabajo, y en tanto conseguiré un Nagueal que te ampare de todo maleficio.

Los maleficios me tenían sin cuidado, pero los creyentes de los Brujos no me lo perdonarían. Repliqué:

—Aunque lograra lo imposible, la maravilla de las maravillas, carecería de eficacia protectora.

—Güero, no te estoy ordenando un talismán, sino una joya. La eficacia que dices la pongo yo... ¿O lo dudas?

Y al decirme esto último —¡Por Dios!— le imprimí un sutil movimiento a las eses que formaban su conjunto, retornándome al mongoloide.

—No, sí, no, claro... Lo que usted mande,

DOS CUENTOS INEDITOS

señora.

(Me dan ganas de llorar, hoy que mis ojos están pidiendo un lazarillo, recordando que palpitaba como un gorrión en las garras de un cernícalo...)

Insisto en decir que no creo en los poderes sobrenaturales que se le atribuyen a los brujos-nagueles; pero hacer uso del privilegio que les era exclusivo sería fatal para mí. Cualesquiera de nosotros podía hacer los abalorios que quisiera, y aún atribuirles el fraude de poseer la gracia de amuleto. Ni el más intransigente Nagueal podría evitarlo. De la artesanía de dichos abalorios dependía nuestra supervivencia. Una tallita simple, burilada en un par de horas, nos permitía adquirir un cigarro de marihuana, imprescindible para pasar el día y la noche! en la

inmundicia promiscua y la polución de carárganos, chinchas y piojos... Pero ¡huesos humanos!...

Por eso la Tapatía no recurrió al Yuca, que no era Nagueal, pero sí un fiel observante de sus leyes. El Yuca no era solamente un extraordinario miniaturista, sino que poseía además el don excepcional de fumar la yerba grifa sin traspasar la línea que en el drogado separa la sana sabiduría de la inmediata estupidez, línea que no es más ancha que el filo de una navaja. Se le acreditaba al Yuca su maestría por haber logrado drogado sus mayores éxitos. Esta facultad era exclusiva de los Nagueles, todos ellos hábiles cinceladores. Que la poseyera el Yuca era debido a que los Brujos Nagueles se lo habían pedido al



TORGIA: Le chapeauver. Dibujo, 1973

dios tolteca Quetzalcóatl en mérito del arte que dominaba mi maestro. Yo, que lo limitaba en todo, intenté más de una vez tallar bajo los efectos de la grifa y lo que obtuve, en cada ocasión, fue herirme los dedos con los buriles.

Los Adivinos-Nagueles, aunque siempre fumaban previamente a sus trabajos de orfebrería, no lo hacían solamente para cincelar; su principal motivo al drogarse era alcanzar, una vez logrado el grado de perfección, comunicarse con sus dioses. Este era su máximo poder. Para que los amuletos que hacían (de protección, daño, aspiración amorosa, incluso de total invencibilidad) fueran eficaces, debían contar con la aprobación del dios cuyo favor se demandaba, lo que no siempre era concedido. La causa de ocasional negativa o repudio nunca la supe, lo que me inducía a considerar la supuesta comunicación como una supercheria.

Tampoco tuve evidencias de que Santa la Tapatía hubiera sido objeto de repudio. Me lo hacía sospechar que recurriese a mí, renunciando con ello a los beneficios de un amuleto santificado. Pero también era posible que su arrogancia fuera tanta como su poder de seducción y tuviera por sobradas las ventajas de tipo esotérico. No creo —y todo razonamiento basado en supuestos es débil—, no creo, digo, que de haber sido creyente hubiera apostado bajo la seducción de la Tapatía. En cambio, su poder tuvo el efecto de tornarme de incrédulo en creyente, y aquí no caben los supuestos que no hay camino más llano para caer en la idolatría que la pasión amorosa.

Aún no me encontraba en ese grado de rendición. En honor de la Tapatía estaba dispuesto a correr cualquier riesgo. Mi temor, único, lo ocasionaba no estar a la altura de lo que ella demandaba de mí. ¿Cómo no temerlo, si apenas había pasado el cristus del a-b-c- del arte de la miniatura?

Fue esa certeza negativa por la que en las horas que precedieron a mi encierro en el calabozo protector ansié entrar en relación con los Dioses Nagueles. Que ellos me concedieran, por una vez, el poder de realizar la sortija sin par. Yo pagaría el precio que me impusieran.

Caí definitivamente en el embrujo de aquella mujer en la última parte de mi encuentro con ella. Me retuvo para darme detalles imprescindibles. Los subrayo porque ellos decidieron lo que sucedería aquella noche.

—La tibia —dijo— te la dará el Coyote —era nuestro enterrador— cuando regrese del cementerio. El no es Nagueal, pero es su proveedor. Quizás más. Se conduce misteriosamente. Los escoltas que lo vigilan durante sus faenas dicen que habla con los muertos y que éstos le responden. Deben ser ignorancias... Déjalo... ¿Qué más necesitas? Haré que te den un farol y burilillos de bajo calibre. El mismo Coyote te proveerá de ellos. El farol es por si trabajas de noche, la hora de los fantasmas. La gente habla de la Luna y del fulgor de los luceros. La noche es la fautora de los insomnios, la que propicia los placeres más intensos, la que concierne los espíritus de la inspiración, de la misteriosa intuición, la que se apodera del alma de los sonámbulos. Güerito, ésta puede ser tu

noche. ¡Pideme!...

¿A qué tanta exaltación? ¿Tan darse como una flor que abriese su corola ofreciendo sus órganos hermafroditas fecundables? ¿Qué pedirle yo, si no era más que un temblor?... Las ansiedades máximas suelen naufragar en la impotencia. Alcancé en aquella ocasión lo que ha resultado ser la ley de mi existencia: saber que el poder del ser humano radica, tiránico, en los sentidos; que es en éstos, en los cinco, en el estricto concierto de la vista, el olfato, el gusto, el oído, el tacto!, donde mora la función que atribuimos a la mente, simple receptora de sus mensajes. No existe, fuera de la pasión amorosa, otro sentimiento que los exija todos. Vegetal, masa inerte, la total anulación de ellos.

Llegué a tener conciencia de esta verdad cuando la Tapatía desprendió uno de sus anillos y tomó mi mano, buscando la medida.

—Güero, quiero sentirla, que me abraza su ajuste.

Sus dedos, serpientes del tacto, dueños de un silabario críptico, me llevaron, a través del delirio apasionado, a la consumación misma del acto culminante. Mientras desvanecía, continué hablando no sé de qué cosas, supuestamente detallando lo que quería. Decanté un solo vocablo: "Desnudo." Único que en mi estado me era dable advertir y que ella subrayó con el ademán de llevarse las manos al escote pródigo como si fuera a mostrarme lo que mujer alguna me había ofrecido...

—¿Sabes? —habló a un nivel inaudible con leve movimiento de labios, en modulación pianísima exclusivamente femenina.

Me sentí otro. El estreno de mujer, en su alternativa ideal, me entregó a la condición de viril. ¿Fue ella, al fin sin ella propiamente, o la conjunción coincidente de mis sentidos, elevados a su máxima sensibilidad, los que me proporcionaron el favor de los dioses desconocidos y negados?

¿Basta dejar de ser virgen de mujer, para ser otro? ¿Cuántos lo logran sin otra consecuencia que aumentar su grosera vanidad! ¿Qué don o estigma arrastraba yo que me salía ahora a flote? ¿Se puede ser otro del que se nació? He dicho mi ley: supeditar la mente a los sentidos. ¿Y los sueños? ¿Lo sentido, dolido, intuido en el sopor de la semivigilia, tumbado boca arriba en el cuartel de una escotilla en un barco en alta mar, bajo la comba estrellada? La imaginación, que no la mente, raciocinio descomputado ¡es un desacorde de los sentidos, una "sublimación" (como se dice hoy) de las reconditeces del subconsciente que acaso no tenga nada que ver con lo sublime?

¿A qué se deberán estas intromisiones de interrogantes, cuando aún en el momento en que estaba, todavía no me había quemado con la virgenmaría?... Con todo no puedo dejar pasar por alto una circunstancia que me contradice: ¿Por qué ya hoy, con mis sentidos romos por la edad, poseo una sensibilidad creciente e inmune, ílesa, de muchos sucedidos, cuyo origen lo localizo en mi primera infancia!...

No especularé más con abstracciones. En el momento que me encuentro estoy ante la Tapatía. Y soy otro. Mi éxtasis ha cesado y me

miembro autoritario. A sus ofrecimientos digo de pronto:

—Quiero sin falta un atadito de virgenmaría. —¡Tú! ¡La yerba predilecta de los brujos-naguales!... No sabía.

—¡La quiero! —no me amilano por lo absurdo de mi exigencia. —Está bien, hombre, la tendrás. Acaso no podrás con ella, pero la tendrás. Dudaba de mi elección; ahora sé que no me he equivocado... ¡Hasta la coincidencia de que tengas el mismo grosor de mi dedo anular! Me fijé bien. Al principio lo encontré muy pasivo, al principio, sólo al principio... Después...

Se interrumpió aliviando mi rubor. No dijo lo que yo temía, aunque pudo recurrir a la metáfora de su eficacia. También hubiera sido demasiado para mí, semi-iniciado como hombre. Diría mejor, semi-hombre, porque al ser yo el **poseído**, el género que me ajustaba era más bien el de ambiguo.

Ignoro a esta altura si me aproximo a la idea que quiero dar de mí. ¿Qué se es a los 17 años, si en contradicción con la ley natural se ha permanecido virgen? ¿Tiene la Naturaleza una ley moral? ¿Era un inocente vulnerable o un milenario corrupto en mostruosa anticipación?

II

Los calabozos, tres, eran idénticos: un metro de ancho cada uno, de lo que había que restar el grueso de las cataras que los dividían; por tres metros de fondo; y el puntal doblado de tamaño que los hacía más estrechos. La desproporción de las medidas les daba aspecto de criptas, nichos o huecos. En su exterior una pared que parecía tapiarlos formaba un corredorcito. El custodio que me precedía se detuvo ante el primer calabozo, escogiendo en el aro de alambre, semejante al que aparece en las estampas de San Pedro, la llave herrera que le correspondía.

Entonces ocurrió el primer imprevisto de aquella noche de pesadilla. Comprimiendo al custodio contra la reja que se disponía a abrir, seguí el estrecho corredor, pasé el segundo calabozo y me detuve ante el tercero, el del Estrangulador.

Dije al comienzo que yo lo elegí. Asumo ahora que me indujo a ello la misma fuerza que me hizo pedirle a la Tapatía el **cuatito de virgenmaría**. No puedo dar razón de mi estado de ánimo en aquel momento. No está en mi memoria. Oí el tintineo del entorchador de las grandes llaves de hierro en el aro. Sé que le dije al custodio: "Abre y echa el cerrojo cuando entre." No le miré el rostro —no llegaba hasta nosotros la luz del crepúsculo que pugnaba en la entrada del pasillo. Oí el golpe de la reja al ser cerrada y la alarma de las llaves al girar en el cerrojo. Eso de haber fumado carecería de significación; pero sé que no lo hice para reservarme para la **virgenmaría**. Pese a la oscuridad del calabozo, bien fuera porque disfrutaba entonces de la vista de mi oficio de serviola; bien por la dilatación del iris de mis pupilas, distinguí el cajón que había servido de patíbulo a la postrer víctima del Estrangulador; sobre él la cestita de mis utensilios de tallar; a su lado el paquetito de la virgenmaría. En el piso, el farol ferrocarrilero cuya utilidad previó La Tapatía. Siendo esto así ¿quién más que mi supuesta espontaneidad intervino en la selección del calabozo maldito?... Doy fe de que pronto me poseyó el terror. No me volví; no aspeé los brazos. Supe que no estaba solo. Con conmigo había entrado el Miedo. Puede que haya logrado contener el alarido. Me encontraba en la entrada del laberinto que me conduciría a presencia de los Dioses Naguales. Mi alternativa sería drogarme. Por idea inducida sabía que las deidades malignas son de un mismo origen. Desde la infancia me enseñaron que la luz, como el signo de la cruz, espanta a los espíritus infernales. Con la torpeza de la rigidez y del apresuramiento, encendí el farol. Con el súpico temblor de la cobardía, lié el primer cigarro y, contra las reglas aprendidas, aspiré el humo profundamente, haciendo llegar a mi garganta el fuego que me la ardió; repetí la fumada imponiéndome al dolor. Sabía que la marihuana no varía la condición innata del ánimo, sino que eleva al cubo la de cada cuál. Aunque me avergüence repito que no me caracteriza la osadía. No tenía otro escape que abotagarme en la inconsciencia y buscar un rincón como las ratas que escapan del azufre que las fuma. Cualquier cosa al paroxismo enloquecedor. Pero no corrí, no grité, no me arrinconé, no mordí los barrotes de la reja. La luz del farol manchaba la blancura de la cripta... Y no sólo la luz del farol. El calabozo se había alargado en perspectiva hacia el infinito. De la lejanía llegaba otra luz. Estaba en camino de los Dioses-Naguales. Sentí que mi miedo de

repugnante se tornaba en reverencial. Mis piernas rígidas me llevaron hacia la luz que se expandía desde el fondo alargado de la celda. Allí estaba, a mi alcance, algo que me era conocido. Desde el suelo hasta donde llegaban los brazos de un hombre, rodeada por un halo de luz, grabada en la pared del fondo, estaba la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, que el Estrangulador grabó, después de su último crimen, y ante la que oró hasta que llegaron los soldados que, metiendo los cañones de sus 30-30 por los barrotes de la reja, lo ultimaron. Unos disparos demasiado altos acribillaron el pecho de la Virgen. Caí de rodillas, regresando a mis olvidados mitos. Recé palabras que nunca antes pronunciaron mis labios ni vi nunca escritas. Pronuncié nombres en una lengua que no era la mía. Hoy sería incapaz de repetirlos, de no copiarlos de antiguas leyendas: "Nim-Ac, Nimá-Tzila, Señor de la Esmeralda, el Joyero, el Escultor, Señor de los hermosos Platos, el Señor de la Verde Jicara, el Maestro de la Resina, el Maestro Toltecat, la Abuela del Sol, la Abuela del Alba... Así seréis llamados por nuestra obras..."

Estaba a los pies de la Guadalupeana y estaba al lado del cajón-patíbulo. Había prendido el segundo cigarro para alimentar el fuego de mi garganta... y estaba junto a la reja y no vi al Coyote hasta que no me tocó en el hombro mientras yo oraba ante la Virgen, pese a separarnos los tres metros del calabozo. Lo vi al volverme; y al encontrarse nuestras miradas, se persignó tres veces antes de



CARLOS MONTENEGRO (Foto sin fecha)

dejar caer la tibia, que produjo, al dar en el suelo, un lamento hueco. Y el Coyote desapareció, no andando con sus pies, sino perdiéndose hacia las altas sombras como zopilote que batiera sus alas...

Yo ya no tenía miedo y seguía repitiendo párrafos del libro que no habría de ver hasta años después.

Como profano, los dioses no se me mostraban, pero me dictaban las palabras que debía decir y que dije con una serenidad que ni antes ni después he tenido. Había alcanzado el summum de la sabiduría que la yerba guarda en su seno.

Debía hacer mucho tiempo que estaba arrodillado ante la Virgen, porque se me hacía insufrible el dolor que afectaba mis rodillas. Debía estar a la vez serrando la tibia, porque el brazo no me daba para más; después el dolor se concentró en mis dedos. Sin descanso estaba **haciendo taller**, desbrozando la rodaja del hueso.

Soy dos, me he desdoblado, no en materia y mente, sino en mitades iguales y de pareja función o cualidad ubicua prestada por los dioses demandados. He retrocedido en el tiempo hasta el día de mi encarcelamiento. Vivo de nuevo, como en un film repetido en una pantalla, lo que ocurrió ese día. Me veo en el exterior del calabozo, en el pasillo, formando una cenefa de caras que observan lo que ocurre en el interior de la celda. Es un grupo compacto, diría monolítico, formado por docenas de rostros

aindiados que reconozco y entre los que mis facciones occidentales destacan en primer término. Todos estamos rezando, sin voces; sólo un **movér** de labios produciendo el rumor de una corriente de agua subterránea. En ninguno de los presentes se advierte bondad. Tampoco en mí. Ajenos al rezo, nos impacientamos esperando la consumación de un crimen. Desde afuera vemos al curita que ha venido a confesar in **extremis** al Estrangulador: un nonagenario mínimo que no puede contener los temblores que le inspira la fama del reo. En cumplimiento de su ministerio, ordena al escolta que lo trae: "Pase el cerrojo y déjeme a solas con el que va a morir." El padre se ha sentado en el cajón y acaricia la pelambre del Estrangulador, que abate la cabeza en su regazo. El padre ha recobrado ya su serenidad. Habla en voz muy baja, cubriéndose la mejilla con su mano rugosa.

Nosotros, los **dejados de la mano de Dios**, hemos enajenado la compasión. Apremiamos lo inevitable. El reo ha levantado a medias su cabeza. Le vemos el perfil, el ojo tenso con su globo vuelto hacia arriba, dejando sólo a nuestra vista el blanco estriado por venillas rojas. Lo vemos horror de sentimientos humanos, carencia que compartimos con él. Cómo última gracia, don Plutarco, satisfaciendo su pedido, le ha concedido un puñado de yerba grifa, de la de mayor contenido de brea. La ha compartido con nosotros y los cigarros han pasado de boca a boca. Será inexorable. Dice levantando su voz: "Padre, padrecito, te he pedido que me salves; te he dicho que soy inocente, que no se puede apretarle el pescuezo a la mujer propia si está preñada, aún sabiendo que el hijo que tiene en la barriga es de otro. ¿Comprendes, padrecito? Eso es lo que te he dicho y tú no haces más que repetirme: arrepíentete, a-rre-piën-te-te. ¿De qué, padrecito, sabiendo que orita vendrán a tronarme?...?" Se ha vuelto a nosotros, a quienes sí nos da la cara: "Cuates, ¿no es como lo digo?" Respondemos a una voz: "Sí, es como usted dice, cuate. Orita vendrán a tronarlo, y usted no hizo lo que hizo. Así estamos todos aquí, por la culpa de otros..."

Participamos en el fallo. (Todo el que aprueba una muerte, participa en ella.) El Estrangulador no tiene tiempo que perder. Sus manos-garras raptan por los muslos del padrecito y ya alcanzan sus costados... ¡Manos tan aptas!... Y es tan esmirriado el pecho del curita que los pulgares del Estrangulador se tocan.

El terror anida de nuevo en el padre. Aferra sus manitas a las garras que trepan lentas, pero ininterrumpidamente, sin enterarse de la débil resistencia que se opone. Ahora es el curita el que se vuelve hacia nosotros: "¡Salvenme por Dios!" Bajamos la cabeza y precipitamos nuestros rezos. Al levantarlas para no perdernos el final, presenciamos el milagro. El rostro del padre se ha transfigurado iluminándose: "Gracias, Dios mío; me abres un sitio a tu diestra. Te pido ahora para este desdichado, también hijo tuyo, gracia ple..."

La súplica absolutoria quedó también estrangulada.

A partir de ese momento comienzo a reintegrarme. No puedo precisar si soy o el Estrangulador el que graba la imagen de la Guadalupeana. Seguimos los rasgos de la Virgen con la lentitud de un minutero. Al final, arrodillamos y oramos arrepentidos hasta que el estruendo de los disparos de los 30-30 nos hacen caer.

III

Sin el final, lo relatado hasta aquí se atribuiría a mi imaginación febril. Aporto una prueba de solidez para silenciar a los incrédulos.

La sortija que tallé esa noche no ha tenido par en el mundo. No faltó quien objetase que el cuello de la Virgen y los pulgares de sus divinas manos eran desproporcionados. En la cenefa de rostros que formó el aro de la joya, el único identificable era el mío. El Yuca atribuyó a sacrilegio que la Guadalupeana se pareciese a La Tapatía.

Cuando, recobrado del sopor de la droga, recibía los parabienes, los acepté humildemente, convencido de que nuestro Dios cristiano y los otros tantos que moran en las cabezas de los humanos son uno y el mismo, capaces de crueldades e injusticias, si es que admitimos las apariencias como hechos. Y a la vez propicios para hacer de un curita asustado un Santo y a mí de proporcionarme el favor de la Tapatía, aunque sólo este favor consistiese en abrazarle su dedo anular con mi sortija.

He continuado de vez en cuando haciendo tallitas y aún fumándome alguna grifa, pero he renunciado a alcanzar la sabiduría que conceden los Dioses-Naguales con su **virgenmaría** y que, según afirman, da la ciencia del Ramayana.

El regreso

Carlos Montenegro

A Margarita Machado

Me dejé llevar por el mar encrespado hasta mi madre que me reclamaba con los brazos abiertos en cruz como si quisiera abarcar el universo.

Quedé pálido ante lo que alcancé a ver: mi madre había desaparecido.

Con ser esto tan inesperado, no fue lo que me empavoreció. Pudiera deberse a que se hubiera accidentado por lo que le hice. Tenía una explicación. Pero el resto de lo que contemplaba sólo a magia podía atribuirse. Lo que hasta hace un momento era mi hogar, mi calle, todo, estaba envejecido o trastocado.

(Antes de continuar advierto que el énfasis que empleé no corresponde a mi estado actual permanente. Me hallo por encima de toda reacción. En lo que relato, en el mismo instante de su ocurrencia, cesaron los postreros residuos de lo que fui. Contarlo es la última versión de mi último asombro. Sé más de lo que pudiera saber cualquier ser vivo. He entrado en la eternidad. En un vano intento de hacerme entender, diría que en la Nada. Es imposible que vestigio alguno de ~~taxa me ate a la~~ humanidad. En términos absolutos lo que soy es intrasmisible. Me ha sido dado, por la pasión que fui, el privilegio efímero de este regreso.)

A causa de las mareas mi casa, frente al mar, se elevaba sobre un basamento tan alto que aún puesto en puntas de pie no podía alcanzar el zócalo de la construcción. El acceso a ésta se hacía por medio de una sólida rampa... ¡Basamento y rampa habían desaparecido! La calle, las aceras, quedaban al nivel del umbral de la puerta de entrada. Dos bancos de piedra tallada, a ambos lados de la rampa, orgullo de la casa, primor artesano del arte de nuestros **picapedreiros**, también habían desaparecido. Con ellos, lo único no sorprendente para mí era el bote de servicio que utilizábamos durante las altas mareas. Sabía que se había perdido en el naufragio.

Lo que vela no podía ser atribuido a una pérdida momentánea de la razón. Si algún desvario sufrí durante el accidente, por demás deliberado, lo causó el arrepentimiento por el terror de que hice víctima a mi madre.

En el último momento la vi correr por la rampa en ademanes desesperados mientras el fragor del viento y las rompientes hacían inaudibles sus gritos.

Debo recobrarme; no puedo continuar estupefacto cuando ya empiezo a ser observado con igual extrañeza que miro lo que ocurre, y en lo que los testigos parecen no reparar, por lo menos, no muestran asombro alguno. Me indignan sus gestos compasivos que parecen querer expresar: "Pobre pequeño escapado del Limbo..."

Siéndoseme extraños, y aún indistinguibles sus formas de tenue opacidad, me justificaré contándoles en detalle lo que me ocurre. Al final son mayores y como tales tienen un punto flaco: creer a pie juntillas lo que un niño les testimonie. Será como contar un cuento.

Soy natural de este pueblecito llamado la Puebla de Arosa. Es tan quieto como lo pudiera ser un grabado medieval en una pared olvidada. Podéis verlo si por un momento apartáis de mí vuestros ojos sin forma. Si os eleváis —y veo que flotáis— y a vuelo de pájaro contempláis La Puebla, os daría la imagen de una enorme centolla muerta, ocupando en su extensión la playa semicircular. El crustáceo ha quedado exánime con sus dos poderosas muelas abiertas a lo que den. Su caparazón está sugerido por el Monte Curotas. Si sois del país os daré el nombre en nuestra dulce lengua, la única que admite, como deleite exaltador, el uso de los diminutivos: su real nombre es El Curotiñas. En sus faldas demora el pueblo.

Los hábitos de mis compoblanos están tan adheridos a ellos como la piel a sus cuerpos. Entre nosotros no ocurren otros sucesos que los ocasionados por la bravura del mar. Al contrario de otros lugares, donde los ejecutivos planean el futuro, aquí el que dispone los cambios es Dios. No parece inclinado a hacerlos, pero, como todo lo que proviene de Él, es justo.

Nací hace siete años (¡Siempre la ilusoria cuenta del tiempo!) en esta casa con el número uno de la

calle del Arenal. En el extremo más saliente de la muela izquierda de la ~~costa~~ que os di como ejemplo, reposa por siglos, sobre Cavo, un feudo entre verdes de todos los tonos: nogales, castaños, olivares, higueras; sobresaliendo, los gigantes eucaliptos con cuyas ramas mulleron el pesebre donde nació el Niño Jesús. También veréis un anisal arbolado, extenso como una selva, y con sus ramas aliñaban el licor embriagador los dioses paganos, ya desterrados, que ocuparon estas tierras, vírgenes aún, para su Olimpo. Competiendo en tamaño con los mayores, las encinas centenarias con las que se construyeron las caudernas y los alcázares de las naves que naufragaron al intentar violar el Mar Tenebroso. No olvido los pinares, pero ellos no están en Cavo, cubren en todo su alto y ancho el Monte Curotiñas. Después la mano del hombre (la mano del hombre no, aquí el hombre pesca a pecho descubierto en el Finisterre), la mano de la mujer, ha cubierto de cuadrados de siembras, lucidos como parches de colores de una veste tendida al sol... Y viñedos, viñedos, viñedos que sólo el exorcizado Baco agotaba. En este edén, la gran casa blanca, anacrónicamente moderna, de Don Ramón, el barbadito, hoy sólo habitada por duendes, y ayer ilustrada por sus versos románticos, feudo del Marqués de Bradomin que se despidió del amor realizando trece sacrificios. Solamente persiste el correr de las aguas de sus fontanas contaminadas por larvas impuras.

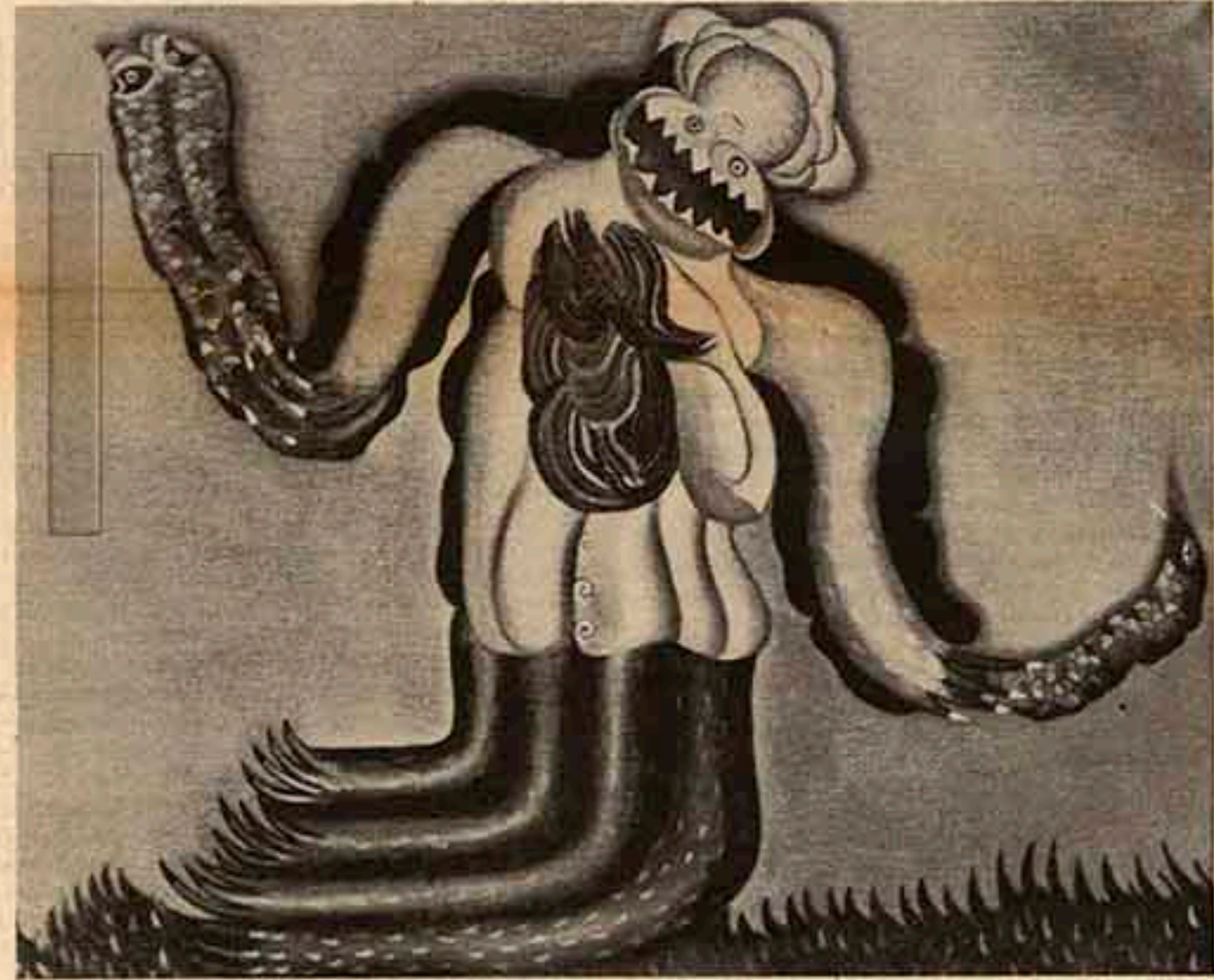
Contrastando con Cavo, a partir de mi casa, ahora a la derecha, la costa ríspida. En ella, a

como ahora —aunque no tanto como ahora, otra causa de mi asombro—, sus aguas se retiran más allá del alcance de la vista, en lo que forma su seno un desierto sin oasis. Otras, de súbito, se lanza en una creciente que amaga con el Apocalipsis.

Los inocentes niños de mi casa aplastan sus naricitas contra los cristales viendo llegar el mar. Cubre el enorme seno abandonado, pródigo en vieiras y almejas hermafroditas, invade el Arenal, cerca nuestro hogar, sigue hasta amancebarse con el Río de los Mimbres que corre apacible remansándose a la espalda de nuestra casa protegida por el huerto amurallado, y no se detiene hasta que el Curotiñas le opone sus pinos en declive, indiferentes a las furias de sus espumas. Allí el mar permanece días, en lucha infructuosa, simulando obedecer, con insignificantes flujos y reflujo, las ordenanzas lunares que lo mantienen en movimiento y vida.

Es durante estas pausas que para los niños y niñas de mi casa hay fiesta. Se deslizan por la rampa anegada jugando a delfines y sirenas. Lo único que les está vedado es usar el bote argollado a uno de los bancos de piedra. El botecito, que no está ahora aquí, es más bien un pontón de dos popas, chato, sólo, según los mayores, para llegar al pueblo siguiendo al fil las paredes del Arenal.

Por ~~parte de mi madre~~ el botecito ha sido sofisticado; sus asientos cubiertos con lonillas de colgantes flecos, y en vez del estrobo marinero, en el banco de boga, horquillas



TORGIA: Hommage a Jean Benoit. Dibujo, 1975.

una voz humana, el promontorio inaccesible pese a persistir en su cima las someras ruinas de un torreón prehistórico. La voz del pueblo que, como siempre, no es la voz de Dios, lo considera el refugio del Loco de Cavo. Ignoro por qué no le dan al pobre des-almado la blanca casa abandonada de don Ramón hecha ya a los trasgos.

Entre esta casa y el promontorio, si no sois espíritus malignos os será dado verlo, la fe religiosa del pueblo ha levantado un Calvario. La costa brava termina en el Finisterre. Os lo digo si no procedéis del mar, aún para nosotros el fin de la tierra (La Puebla sustrae de la leyenda cinco siglos, sigue asomada, rezando, al abismo Tenebroso.) De ahí que esta casa sea una avanzadilla enfrentada al misterio abismal. Con todo, no todo es hábito y tradición en nuestra esforzada gente. Ni falta de imaginación. Ni inocencia mórbida. Ni negros manteos. La naturaleza, con su osadía irrespirable, contribuye al predominio del pasado. Su poder incontestable fuerza al hombre a refugiarse en el rosario. A su arbitrio el mar procede a la diablo. No por sus furias o mansedumbres, no por su ululante noroeste; no por sus cegadoras ventiscas o por sus engañosos arrullos femeninos. Eso es lo común a otros muchos mares. Su extraño consiste en el enloquecimiento de sus mareas, independizadas de la mecánica astral. A veces,

doradas para los remos.

(Testigos de mi desolación, ¿nunca la habéis visto a ella?) El mozo cía el bote hasta la escalera de la rampa, le ofrece la palma de su mano doméstica y mi madre salta, ingrátida por la gracia, recogiendo el borde de su vestido que descubre un vuelo de encajes...

Es entonces que el bote adquiere tosquedad. ¡Ella, la airosa, la seductora Anfritriti!... Comprendo, si no la habéis visto, que estáis ahí oyéndome pasmados en vez de correr a hacerle la corte!

Pocas veces mi madre deja la casa durante el cerco de las mareas. Demora ante los cristales contemplando por horas el crecido y domado mar... Deja caer la cabeza sobre el hombro, grávida de nostalgias. Es cuando más la busco.

—¿Por qué no estás jugando con tus hermanos?

El rubor no me deja responderle. ¿Cómo pedirle perdón por haber nacido de ella en tierra que no es la suya? ¿Que estoy fundido a ella ansiando su seno?... Ella comprende pero me elude:

—¿Le tienes miedo al mar?
—No.
—¿Lo odias?
—No.

¿Sabéis? Ha sido traída de lejos, de la tierra del sol, del nispero, la palma y la nacagüita. No es propio de ella que se queje a mí, su hijo, de su desgarrado destierro. Prefiere imperar. ¡Ella, tan suave!

—Anda, ve a jugar con tus hermanos.
Y mi padre:
—Hay que endurecerlo. Se pega demasiado a tus faldas. ¿Qué será cuando tenga que enfrentar la vida?... Se lo confiaré a uno de los patrones para que le enseñe la cara del Finisterre.
—¡Eso no!
—Eso sí —replico; necesito que se inquiete por mí.

Hace días mi padre me llevó hasta los riscos. Se impacientaba por la demora de una de sus traineras. Una ráfaga echó a rodar mi gorra de plato marinera hasta las olas que rompían con furor a nuestros pies. Mi madre le había puesto una cinta azul, de Piscis, mi signo. No puedo dejar que se pierda. Mi padre me ha alcanzado al borde de la sima y a trompicones me ha traído a la casa:

—Dile que te cuente. Empeñado en morir ahogado... ¡Es más loco que el de Cavo!
Mi madre me ha estrechado contra su pecho, signándome, mientras yo sollozo alargando la caricia.

—¿Estaban en los bancos de piedra. Mi viejo ayo, el panadero, me enseñó a nadar. Me borrascas, me hace un barquito de corcho. Pasa uno de sus antiguos remeros:

—Dicen que volvió el de Langreo.
—¡Calla, hombre, no se vuelve!
—¿No trajo la ballena a Jonás? Si no te hubieras olvidado de ir a la misa... ¿No volvió el Loco de Cavo?

—¿Quién puede jurar lo de ése?
—Tú que eres abuelo y de Cavo.
—Que lo juren los que hablan de espantos o los que remaron con él en su naufragio.
—Está ahí, siempre el mismo. No se pone viejo. El hombre se marchó incrédulo de tanta incredulidad. Me nació un anhelo y repetí con firmeza:

—¿Y el Loco de Cavo?
—¿También tú, rapaz?... Volvieron a la vida Jonás y Lázaro por su fe en Dios. Ahora están para siempre a su diestra. El de Cavo tiene un alma en su cuerpo. Nació siendo alma en pena; se hizo de otra de algún ahogado que se le escapó. Ahora es un des-almado y mientras no tenga alma el tiempo no pasa para él.

—¡Calé para no prevenirlo. Hace muchos días que al pie de la rampa el Loco de Cavo me anudó los cordones de mis botines. Lo hizo tan fuerte que mi madre debió cortarlos con tijeras. En un temblor me dijo:

—No dejes que te lo vuelva a hacer. ¡Que no te ate!

Desde ese día, el único en que me habló el Loco hasta hoy, se me hizo tan presente como si fuera yo mismo. Como si mi madre no me hubiera cortado los cordones que él me ató.

Esta mañana salí. Cruzaría el río de los Mimbres y me escondería en los pinares del Curroñías. No dejaría que me encontraran hasta la noche.

Ya en el portón de la huerta oí el rumor de la creciente. Desobedeci lo ordenado: al primer vislumbre del avance de las mareas debía correr a refugiarse en la casa. No regresé por la huerta. Orrillé el muro de protección. Tengo tiempo sobrado para alcanzar la rampa. Las primeras aguas mojan mis botines. Me ajusto a pasos retenidos. Mamá estará ahora llamando a todos por sus nombres. Sonríe. Repetirá el mío

sin cesar. Correrá al pasillo que conduce tanto a la puerta de la casa como, en dirección contraria, al huerto. En su seno está que vacile y no corra a la puerta donde coincidiríamos, ya yo con el agua a media pierna, y me estrecharía libre de angustia... ¿Tenéis noción del almanaque? Es domingo, ¿no?... Los domingos las playas de los puertos de pescadores están desiertas; las gentes se encuentran en la misa o en la procesión... ¡Si el bote no estuviera encadenado! Al llegar a la rampa mis pulsaciones se precipitan, la puerta no se abre y veo en el bote al Loco de Cavo, sentado en el banco del remero. No necesita decirme nada y salto al bote, ocupando el asiento habitual de mi madre. Soy yo el que habla:

—¡Lástima que esté encadenado!
El Loco no me mira; tiene los remos en las horquillas y de un impulso separa el bote. Estoy impaciente porque se aleje. Mientras él rema, yo avanzo y retraigo el cuerpo marcando la bogada a la manera de los timoneles en una competición de traineras. El Loco rema acompasadamente, tal que si lo hiciera en mar calma y en una embarcación quillada. No pierde el ritmo, aunque las marejadas crecen por momentos y el viento **nostrego** empieza a ulular. La espuma corona las crestas de las olas, que se abren en abanico desdibujándose el remero. Me agarro a las regalillas del bote para no ser arrebatado por el mar antes de tiempo, antes de oír los gritos de mi madre. El bote ya está sin control. Extrañado me vuelvo hacia mi casa y veo en la rampa de la rampa con el agua crecida hasta su cintura. El viento no me dejaba oír sus gritos. No puedo hacerla sufrir más y me suelto para que las olas me vuelvan a ella. Desvanezco de felicidad conducido por los brazos del mar a los suyos abiertos en cruz.

El resto ya es presente y lo estás viendo. El viento torpe me había llevado lejos de la casa. Tendré que atravesar el pueblo. Es una pena, aunque las distancias no tienen existencia para mí. La Puebla está, como siempre, apacible. No es advertible que las casas luzcan más petrificadas, si eso es posible decir de lo que nace piedra. En sus fachadas, como de costumbre, bandadas de aves migratorias revolotean anidándose en los aleros. Algo quiere advertirme la casa heráldica de mis antepasados con sus celosías rotas y la gran eme gótica de mármol ennegrecido, con su corona vuelta hacia abajo; pero es comprensible, son las ruinas de un pasado remoto que por demás yo no viví, ni mi padre, ni aún mi abuelo. —legitimistas carlistas. Con más intensidad sufro la incompreensión al ver la trainera recién estrenada en la que me rompí, saltando de banco en banco, los dientes de leche, ya ahora en esqueleto con sus cuaderñas comidas por el sol. La confusión se deberá a que al concedérseme el privilegio de este regreso he quedado sujeto al tiempo efímero implicándome en la increíble torpeza que caracteriza a los humanos o, contrariamente, que me ha sido dada la facultad de prever el destino del devenir humano. Que no me acariciasen, como de costumbre, las aldeanas que me encontraba al paso, no era de extrañar, por ir embozadas en sus manteos. ¡Ya estoy en el Arenal, a punto de caer en brazos de mi madre!

Sombras, ¿comprendéis ahora mi asombro?
Vuelvome a ellas, esperando su respuesta, pero se dispersan sin hablarme. ¿Nada tienen que decirme? ¿Me dejarán así vagando en el misterio, convertido en una conseja más que hará decir un marinero a otro?

—Se dice que ha vuelto el muchacho de la casa

de la rampa, que murió ahogado.

—Calla, hombre, ¿qué rapaz y qué rampa es ésa?

—Una que hubo en la calle del Arenal, cuando las mareas de la ría alcanzaban las laderas del Curroñías.

—Algo de eso oí de niño; lo tomé como supersticiones de los viejos que pretendían saber más que los mozos y gustan de asustarlos con sus misterios.

—Yo no soy ya mozo. El mar dejó de crecer desde que se tragó al rapaz. Se dice más, que el infeliz se sacrificó voluntariamente a causa de un amor sacrilego.

—Entonces, si escapó del mar, éste volverá a subir para buscarlo.

—No digas sandeces. Tú sabes, como todo marinero, que el mar se traga a los vivos para convertirlos en llamas de San Telmo en los topes de los mástiles anunciando las tormentas. Está sujeto a las leyes de la naturaleza y su crueldad le es impuesta por ella.

Esa será entonces mi leyenda, una más para la Ría de Arosa. El tiempo —¿el tiempo?— sólo pudo realizar lo que contemplo.

Otra vez solo intento confirmar las apariencias. Me acerco a la puerta arruinada de mi casa. Llamo. Primero timidamente; después con golpes iracundos. Es inútil; de una u otra forma mis golpes son inaudibles. Nadie acude. Una hilera de murciélagos escapa despavorida por los cristales rotos. El ser humano es el más sordo de los animales. Para alcanzar algo ha debido renunciar a la lógica, sin otro resultado que mover sus manos en lo absurdo. Su torpe raciocinio solamente lo conduce a nuevas interrogaciones; se han conformado con decir que no saben nada o han creado dioses de todo tipo para justificar de algún modo su ignorancia.

Desisto. Me encamino al Calvario donde, traslúcido, me espera el Loco de Cavo, que en vano se apoderó de mi alma. Nos fundimos y echamos a andar hacia el torreón del promontorio... Aún en una ingenua persistencia me volví a mirar hacia atrás. No dejó huellas en la arena mojada que piso. Arriba, flotando me sigue una sombra. Incorporéa se fija en tenues perfiles y advierto en el tembloroso desdibujado a la diosa pagana, ingravida por la gracia. Anfitriti. Se alinea en su rostro un gesto entre compasivo e irónico.

CARLOS MONTENEGRO (La Coruña, España, 1900 -Miami, 1981) hijo de madre cubana y padre español. A los siete años se radica con su familia en La Habana. De 1936 a 1938 fue jefe de redacción del periódico *Hoy*, órgano del partido comunista cubano. Participó en la guerra civil española como corresponsal con las Fuerzas de Choque (División 46, "Campesino"). En varias ocasiones sufrió prisión injustamente, y con el triunfo de la dictadura castrista partió hacia el exilio. Entre sus obras publicadas se encuentran: *El renuevo y otros cuentos*, *Dos barcos* (cuentos), *Los héroes* (cuentos), la novela *Hombres sin mujer* y el libro de testimonio *Tres meses con las Fuerzas de choque*. Aún está inédita su autobiografía, *El mundo inefable*. Figura principalísima de la narrativa cubana de este siglo, sus relatos reflejan el mundo de la violencia, la ternura, la aventura y el mar, visto a través de la gente humilde —por lo que es un precursor de lo que más adelante haría famosos a narradores como Ernest Hemingway. Su novela *Hombres sin mujer*, reflejo de la vida carcelaria y homosexual en un ambiente típicamente machista y siniestro, es también un magnífico ejemplo de lo que cuarenta años más tarde explotarían escritores de la talla de José Donoso o Manuel Puig.

Argentina les sugirió que comenzaran una nueva vida en ese país. Hacia Villa Mercedes en la provincia de San Luis viajaron, y once meses más tarde regresaron a Cuba, descorazonados y en peor situación económica.

La vida se sucede monótona para el adolescente. Entre el diario ir y venir a la escuela, sus paseos por los muelles y el dolor de ver la familia en la precaria situación, se ve impulsado a escapar a través de la imaginación. Para salvarle de posibles pillerías, el padre le obtiene un empleo como grumete en un navío donde le darian albergue y comida, sin sueldo.

Aquí comienza una etapa de vital importancia para su vida y su obra, ya que esta aventura motiva muchos de sus cuentos sobre el mar: *El discípulo*, *Dos barcos*, *La hermana*, *Cargadores de bananas*, *El caso de William Smith*, *Anazabel y Dos hombres sin historia*. Entre los años 1914 a 1918 visita diferentes puertos centroamericanos así como de Cuba, México y Estados Unidos;

fortaleciéndose espiritual y físicamente, creciéndose ante los rigores que la vida y la soledad le obligan a enfrentar. En esos cinco años desempeña labores en diferentes barcos, así como otras muy variadas en tierra: cargó bananas en Puerto Limón y muertos provenientes de la Primera Guerra Mundial en el Puerto de Filadelfia, fue minero en Port Henry y cortó madera en Altamonte, cerca de Ottawa, Canadá. Entre 1917-18 casi pierde la vida, al caer víctima de una epidemia de influenza, teniendo que ser hospitalizado en Filadelfia. Los cuentos *El porteño*, *Las tres concesiones* y *Dos viejos amigos* surgen de este período.

Hacia los días finales de la Revolución Mexicana, Montenegro se ve involucrado en un malentendido que lo lleva al presidio en el puerto de Tampico. De ese encierro sacaría una cicatriz marcándole el costado; algunos de sus mejores cuentos: *La sortija*, y la trilogía: *La cárcel*, *La causa* y *La fuga*, así como el germen de su obra póstuma, la novela inédita *El mundo inefable*.

Aunque nunca más regresa a su oficio de marinero después de volver a La Habana en 1918, el mar siguió dentro de él hasta el final, cuando murió mirándolo a través de una ventana en el hospital donde estaba recluido en Miami.

Fue en esa última travesía como marinero que riñó con miembros de la tripulación; le acusaban de apátrida por defender a los negros y criollos discriminados en el barco. Esa riña habría de desencadenar en una larga e injusta condena. Una noche, mientras caminaba, tres hombres le asaltaron. El iba armado con una navaja de afeitar, una medida preventiva después de aquella riña. Lo derribaron con un golpe de madero, instintivamente se incorpora y aún medio inconsciente lanza navajazos. Uno de los hombres resulta herido mortalmente. Este incidente lo recoge el cuento *El enigma*.

A pesar de su juventud, contaba sólo dieciocho años, inician causa en su contra. Está solo, sin familiares ni amigos, sin dinero. Cae en las manos de un abogado de oficio, más interesado en otros asuntos que en sacar libre al joven marinero. Un sistema judicial lleno de fallas; un abogado y juez corruptos unidos condenan a doce años, ocho meses y un día de prisión a un adolescente por una muerte en defensa propia. Había suficientes pruebas a su favor, pero el defensor presenta una defensa tan nula que el juez se durmió y el forense a última hora varió su calificación. ¿Por qué? Es probable que ese encierro fuera necesario para que nuestra literatura se enriqueciera con su dolor.

Entra al Castillo del Príncipe en 1919. Allí se forma leyendo a los clásicos. De su experiencia carcelaria nace gran parte de su obra. Su novela *Hombres sin mujer* (1939), anticipándose a Arguedas, Donoso y Puig, trata el tema carcelario y homosexual en todo su horror y crudeza.

Desde la cárcel Montenegro publica sus cuentos en diferentes revistas y periódicos. Logra despertar tanto interés, que un grupo de intelectuales se dan a la tarea de obtener un indulto. El famoso criminalista español Jiménez de Asúa alega preceptos a favor del escritor. Pero los años pasan, y los barrotes le separan de los espacios libres, del mar.

En 1927 comienza a intercambiar cartas con la mujer con que habría de casarse: Esther Emma Luisa Pérez González Téllez, catedrática de Filosofía y Pedagogía. Tras de un breve noviazgo, se casaron en la prisión. Esto constituyó un escándalo dentro de la sociedad habanera. De dicha unión nació su única hija, Emma, quien a su vez le dio la dicha de ser abuelo seis veces. Esos nietos iluminaron sus años de exilio.

Ahora entramos en un momento de gran actividad en su vida literaria. Su cuento *El renuevo* gana el primer premio en el concurso de la revista *Carteles* (1928), y en octubre de ese año se organiza un homenaje en la prisión. Al año siguiente publica su primer libro de relatos, *El renuevo y otros cuentos* (1930). En 1931 recibe un indulto de forma condicional. De 1933 a 1941 milita más o menos activamente en el Partido Comunista. Su segunda colección de cuentos, *Dos barcos*, sale en 1934. Mientras tanto colabora con diferentes publicaciones, actúa como Jefe de Redacción de *Hoy*, viaja a España como corresponsal de guerra de la revista *Mediodía*. Su novela, *Hombres sin mujer*, aparece en 1937, creando una gran conmoción entre el público y generando un gran respeto por parte de los conocedores. Su separación del Partido Comunista ocurre en 1941, seguido de un período casi inactivo, aunque también en ese año aparece su última colección de cuentos: *Los héroes*.

No es hasta mucho más tarde, en 1953, que Montenegro regresa a escribir su cuento *El regreso*. Fue después de un viaje a Galicia, del

cual volvió con los pulmones llenos de aire de mar y los ojos plenos del paisaje gallego, que tanto añoró, y del que nunca más habría de gozar fuera de su imaginación.

Después del triunfo de Castro, Montenegro, enemigo del totalitarismo comunista por conocerlo muy bien, parte hacia Costa Rica y en 1962 se radica en Miami. Cerca de su hija y nietos, no muy lejos del mar, trabajó por años en diferentes versiones de su novela autobiográfica, *El mundo*

inefable, que permanece inédita, la cual se desarrolla en México durante la Revolución Mexicana.

El 5 de abril de 1981 murió, en Miami, donde le enterraron para siempre alejado del mar.

MARCIA MORGADO (La Habana, 1951) reside en Estados Unidos desde 1962.

Montenegro y su obra: tres comentarios

“Mi padre, Carlos Montenegro, fue el más sencillo de los intelectuales. Jamás trató de impresionar. No tenía que conseguir, como muchos autores con voz engolada y palabras prosopopéyicas, lo que su talento le daba naturalmente: la admiración de todo el que llegaba hasta él.

Además de sencillo, era sentimental hasta las lágrimas, y apacible, pero con carácter de acero. Muy raramente ocurrieron en él momentos de violencia por los que tuvo que pagar a lo largo de su vida un altísimo precio. Mi madre, Emma Pérez, su esposa por cincuenta años, llamaba a esos momentos terribles «el factor opaco de Montenegro». Su paciencia era casi inacabable. Todos mis hijos aprendieron de él, dulce y amoroso, sus primeras letras. Pasaba, ya en el exilio, días enteros tallando sus maquetas de barcos junto a la cuna de alguno de sus nietos, hablándole de barcos, de marinos, y del mar. Los niños, antes de saber hablar, ya se comunicaban con él con la atención de sus ojitos brillantes. Más tarde, cuando crecieron, llevaban al abuelo todos sus problemas y él los resolvía con su inteligencia, su experiencia, su amplia forma de ver la vida, y su ternura.

Era extremadamente fuerte. Cumplió 80 años con brazo y pierna de hierro. Aún entonces vencía en juegos de fuerza con la muñeca a los nietos ya hombres; levantadores de pesas, con cuerpos jóvenes forjados en el gimnasio. Mi padre leía sin fin (Plutarco, Borges, Kafka, Valle-Inclán, Saint Exupéry...) A última hora, con los ojos muy empobrecidos, seguía leyendo hasta las tres de la madrugada bajo la lámpara de lupa.

Cuando escribía, podía trabajar 20 horas seguidas. A veces pasaba horas enteras frente a la máquina de escribir, sin poner una letra, sólo recordando. Yo no lo veía como a un escritor, sino como a un hombre de gran sensibilidad y talento, que se veía obligado, por una indomable fuerza interior, a narrar las increíbles experiencias que había vivido. Nunca lo vi inventar un cuento. Cada uno de los relatos de mi padre (sus cuentos de infancia, de héroes, de presos, de la tragedia guajira cubana, del mar...) era una historia apasionante vivida por él o por los que lo rodeaban.

Para nosotros, Carlos Montenegro es el tronco de nuestra casa, de nuestra formación y de nuestro carácter. El es el amigo, el compañero, el maestro, el creador, el denunciador de todas las faltas morales y sociales, y a través de esa denuncia, el sostenedor de todas las virtudes. Tenemos la esperanza de que esa sea también la función de su obra dentro de la literatura cubana y latinoamericana.”

—Emma Piniella

“El gran cuentista que fue Carlos Montenegro pasó por etapas bien definidas hasta lograr esa naturaleza que parece espontánea y que los verdaderos creadores logran con dimensión y altitud, luego de muchos golpes. No todo hace un buen cuento aunque haya coleccionado en la anécdota su esencia. Decía un crítico agudo que el anecdotismo es seguir una teoría de espejos que vuelven tonto a quien no sepa cuidarse de esa dolencia.

*Haber hecho algo con lo cual sólo se ha ganado dinero parece empresa de nuestro tiempo, en literatura sobre todo. Pero quien piensa así sabrá que incurre en un error central. Las letras están destinadas a suficiente empresa y no será echando plata a la bolsa que se gane el triunfo verdadero. Lo útil del trabajo elaborado a fondo, sin complacencias ni peticiones de óleo sacro, es elevar un perfil bien diferenciado de los perfiles cotidianos; un artista emprende esta conquista con pocas seguridades de éxito, pero el buen éxito está detrás de estos farallones que se llaman olvido y desdén. ¿Cuántos que tuvieron en un minuto a Dios cogido por la barba ni siquiera aguantaron el tiempo de su tiempo para desvanecer en copos tristes los copiosos y suculentos tronchos atrapados por un azar de la circunstancia u otra parecida martingala? Una cierta destreza para enderezar el aire de aventura del arte que cultivamos es posible siempre. El destinado por su genio a ser creador y no simple imitador verá sus puños alcanzando metas elevadas. Su esfuerzo, ni vano ni conducido con arrogancia, pondrá una flor en la solapa de la vida. Montenegro sabía muy bien a dónde debía dirigir su nave; fue marino muchos años y tiene un libro que se llama *Dos barcos* que conjuntan su arte y su inspiración. Le quise, le admiré a fondo; tal vez tuvimos alterada la asamblea lectora de nuestro tiempo, cada cual en su estilo, siempre vistos como verdaderos estilistas perforantes. ¿Conversaciones? Desde illo tēmpore; malacrianzas y todo. Una vez mezcló una especie de golafro, embarcación que usaban los noveneses, con otra parecida que usaban los drabes, el gorab. No se molestó, pero me dijo: «Alto, que no es así.» Si era así y mejoró la amistad. Le pegaba la sudestada del convulso pero luego volvía en sí: era gallego de origen, primo lejano de Valle-Inclán y Montenegro, y solía llevar la traza de un verdadero marqués de Bradomín.*

El exilio lo trató como a todos, según las circunstancias. Un escritor no tiene más que su propio idioma por versátil que sea; un pintor, un escultor no. Estos se expresan en un lenguaje que suena lo mismo en todas las latitudes. ¿Pero qué tiene que hacer el constante obrero de su lengua madre entre gentes que no lo entienden? Vivimos en ajeno, enajenados; y todos conocen las palabras del maestro: «Todo exilio enloquece, el último mata.» Ovidio vivió once.

No hay reproches al novelista ni al biógrafo, pero me quedo siempre con el cuentista. Palabra.”

—Enrique Labrador Ruiz

*“Montenegro me hizo el honor de visitarme y pude estimar en él su sinceridad, y una gran bondad. En cuanto a su libro *Hombres sin mujer*, que leí con interés, creo que es lamentable que no se reedite.”*

—Lydia Cabrera

(Entrevistó: MARCIA MORGADO)

No muy lejos del mar

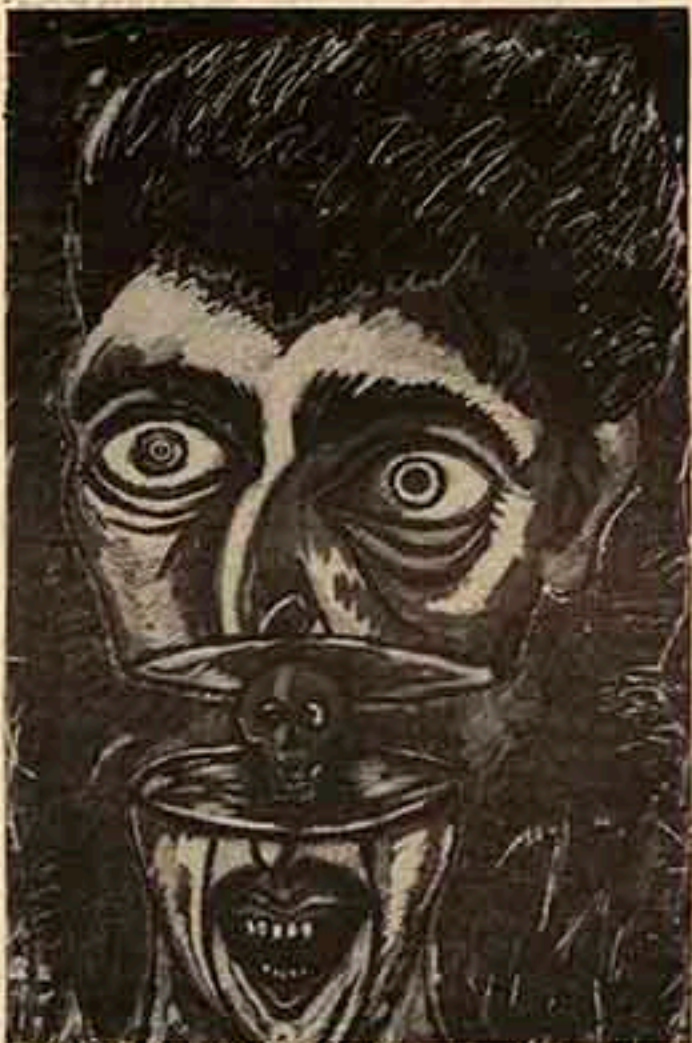
Marcia Morgado

Carlos Montenegro vivió entre sus cuentos y el mar. Pasó los primeros siete años de su vida en Galicia, su lugar de nacimiento, en “una aldea grandiosa de las rías bajas de Arosa, lindante con el Finisterre.” la majestuosidad del mar nutriendole de imágenes que habrían de acompañarle hasta el final de sus días.

Creció en un hogar dividido entre la pasión mambisa de su madre cubana, Mercedes Rodríguez, quien acompañó a su esposo de regreso a España al final de la Guerra Hispano-

Americana, y el fervor ibérico del padre, Ramón Montenegro, soldado del ejército español.

A los siete años, en 1907, la familia se trasladó a Cuba, donde ingresa en un colegio católico de Guanabacoa. Acostumbrado al paisaje gallego, aquel encierro escolar marca al niño profundamente. El trato injusto para con los niños “becados” (niños pobres que asistían sin pagar) le permitió conocer por vez primera la injusticia social contra la que habría de revelarse toda su vida. Una vez arruinada la familia, pocos años después de llegar a Cuba, Montenegro escapa del colegio para no tener que enfrentar la humillación que conllevaba el pasar a las filas de los “becados”. De la Escuela Pública Número 7 escapaba con cierta frecuencia para irse a deambular por los muelles de La Habana, para estar cerca del mar, para recordar sus días gallegos. Amaba los espacios abiertos, el aire golpeándole el rostro, la bravura del mar... la vida. Alrededor de 1913 un tío residente en



LUIS CRUZ AZACETA: *Split Head*. Acrílico sobre tela, 95 x 62, 1983. (Cortesía: Allan Frumkin Gallery, New York)

Tovarich

Enrique Guillermo Morató

La mañana en que comienza esta historia mi mujer me dijo: "Recuerda que esta noche viene papá a comer con nosotros, regresa temprano para que me ayudes con los niños mientras cocino." Así habla ella. Nunca dice "papá y mamá", "mamá y papá" o "mis padres". Aunque la madre también viene, no se menciona. El padre es más que suficiente; la vieja es el apéndice anodino del cual se puede prescindir en la conversación. Mi suegra se limita a comer opíparamente; después, recoge la mesa y se encierra en la cocina a fregar los platos, mientras mi mujer y su padre conversan animadamente, olvidados de mí y de cuanto los rodea. Esta relación me parece malsana; en ocasiones he sentido celos y me ha preocupado el "complejo de Electra". Pero, en realidad, ya no me molesta, estoy habituado. Cuando llega y cuando se va, mi suegro besa a mi mujer en los ojos. Yo nunca le beso los ojos, porque esa zona pertenece a su padre. Lo que me es insostenible en mi suegro es él mismo y la forma como me trata. Mi suegro es un hombre enorme, vital, con una cabeza que parece extraída de un museo de Ciencias Naturales. Yo, cuando hablo de él con mis amigos, lo llamo King Kong. Cuando King Kong llega a mi casa me golpea violentamente la espalda y ríe: "¿Cómo estás, tovarich?" Él dice que antes de la revolución fue Contador Público con oficina propia en la calle Obrapia. A mí me han contado que era inspector del Ministerio de Hacienda, lo que le permitió robar el dinero suficiente para construir una casa en Alta Habana. Ahora trabaja en el Ministerio de Comercio Exterior y es militante del Partido. También me han contado que era batistiano, sargento político de Guas Inclán. Su trabajo le posibilita viajar dos o tres veces al año a los hermanos países socialistas, lo que no deja de ser envidiable dentro de nuestra penuria nacional. Al regresar de cada viaje King Kong narra a su hija las maravillas del socialismo. Cuando visitó Leningrado le habló del Ermitage, del Palacio de Invierno y de cómo los ciudadanos leningradenses tendrían dentro de dos planes quinquenales inodoro y baño dentro de sus casas. Aunque la conversación no era conmigo yo escuchaba con atención, admirado de que en solamente setenta años la Gran Revolución de Octubre pudiera lograr que los habitantes de la ciudad de Lenin hicieran la caca en sus viviendas, sin sufrir los rigores del clima. ¿Cuántos planes quinquenales serán necesarios para que los moradores del Asia soviética no se vean obligados a defecar en la estepa?

Además de referir los triunfos del socialismo soviético, King Kong trae regalos para su familia, que se compone solamente de su mujer, su hija y sus nietos (mis hijos). Yo no formo parte del clan. Una noche, riendo, me espetó: "Tú eres un piojo renegado." No obstante, siempre me regala algo, debo ser justo. De su viaje a Leningrado obtuve un camafeo de Lenin. Aún recuerdo sus palabras:

"Mira, tovarich, yo sé que te va a gustar." Sacó del bolsillo un cofrecito y dentro de él venía el medallón. Lenin estaba de perfil. A mí, Vladimir Ulianov me parece más egipcio que ruso. Su cabeza podría incrustarse en un bajo relieve del Nilo sin que ningún faraón descubriese el fraude. Le di las gracias y me lo coloqué en la camisa hasta que él (yo también he aprendido a ignorar a mi suegra) se marchó. Esa noche me desvelé. ¿Se burlaba King Kong de mí; qué haría con Vladimir? En cierta ocasión el gorila, luego de los manotazos de rigor y el consabido tovarich me recriminó: "¿Tú sabes lo que ocurre contigo? Que eres pesimista. Yo soy optimista, por eso selecciono el lado positivo de las cosas. Tampoco sabes comer, ni beber ni vivir. (Tuve temor de que criticara mi vida sexual, pues imaginaba que mi mujer se la contaría.) Das la impresión de que eres incapaz de tomar una decisión." El recuerdo de estas palabras me sirvió de estímulo, me levanté, tomé el camafeo y lo enganché en la cadena del inodoro. Creo que colocar a Lenin en ese inodoro viejo, de tanque alto, era el mejor homenaje al triunfo de los planes quinquenales soviéticos sobre los excrementos de Leningrado. Allí permaneció Vladi, suspendido, hasta la mañana en que mi hijo menor lo descubrió y exclamó: "¿Qué teo." Mi mujer corrió hasta el baño, pensando que el niño se refería a sus propias excretas, pero éste le indicó la efígie. Fue la primera discusión con mi mujer. Me reprochó mi desagrado para con King Kong y mi falta de respeto con Lenin. Reaccioné violentamente: "¡Alégrate de que no haya sido Lenin quien me regalara un medallón con la cara de tu padre. Imaginate dónde me lo hubiera metido. Porque, en resumidas cuentas, a pesar de todo el daño que este cabrón (señalé hacia el calvo) le ha hecho a la humanidad, por lo menos a mí nunca me llamó tovarich." Mi mujer quedó de una pieza. Esa tarde, al regresar de mi trabajo, ya el faraón ruso no pendía de la cadena antifezal. Olvidé el camafeo. No supe qué se hizo de él, pero es sintomático que King Kong no me preguntara por su regalo. No obstante, me sigue llamando tovarich y golpeando la espalda cada vez que nos visita.

Por eso, la mañana en que mi mujer me dice: "Recuerda que esta noche viene papá a comer con nosotros...", decido jugarles una mala pasada. No estaré presente en la cena; llegaré cuando ya King Kong se haya marchado. Lo único que me faltaba era tragarme las imbecilidades socialistas de mi suegro, quien regresaba triunfante de la Unión Soviética y Bulgaria. Precisamente en esos días el socialismo cubano mostraba al mundo su faz: eran los tiempos tristes y difíciles del Mariel. Desde meses antes, en mi centro de trabajo los compañeros menguaban a ojos vistas: creo que el primero fue Tagles, quien viajaba a los países socialistas y en España hizo mutis, dicen que ayudado por una exiliada allendista que había estudiado en Cuba y conocía las verdades del castrismo; luego, Godofredo Granados se introduce con su familia en las maletas de Adolfo Suárez; le sigue A.B.C., quien obtiene un permiso para visitar a su madre enferma en Miami y se exila; Heberto Padilla se va del brazo de Ted Kennedy; Abelardo Cuevas, el contador de la empresa, renuncia a su cargo para abandonar el país como ex preso político; Isidoro penetra en la embajada de Perú; Richard González recibe su visa; Marcel Proust cruza el estrecho de la Florida; de Cecilia Guerra se sospecha que se larga en cualquier momento; Manolo Rodríguez hace ya tiempo que sirve de ayudante a Pepe el Sevillano y explica a los turistas las bellezas de la obra del Greco; Olga Molina se prepara para la marcha; a Eduardo Nogueira lo han dejado cesante; Pilar pone rumbo Norte; a Luis y María Luisa les orquestan un acto de repudio a domicilio, pero no les impiden el viaje. Quien más gritaba era el enano de Amarillas. Así, cada mañana era necesario hacer el conteo de los que quedaban. Sorprendía constatar que aún Fulano o Mengano estaba entre nosotros. Letreros pegados a las paredes nos recordaban los nombres execrados de los que ahora eran libres. En fin, la estampida.

¿Y qué hacían los militantes del partido y los dirigentes de la empresa? Rumaban su impotencia. Medina, el ignaro, meditaba planes aleivosos; Rosario perdía su didacticismo; el enano de Amarillas exacerbaba su oportunismo crónico; Pacheco, el de las gruesas caderas, esperaba órdenes partidarias. El pueblo cubano ha conocido la caza de brujas. Hemos presenciado la dantesca escena de un médico del Hospital Infantil echado a patadas de su consulta, afrentado por la plebe y golpeado por toda la Avenida de los Presidentes, desde la calle 27 hasta la 17. Ahí lo perdimos de vista. En la calle 23 hay una casa sitiada, como en los poemas homéricos, en cuya puerta se ha colocado un nauseabundo letrero: "AQUÍ VIVE UN TRAIDOR Y UN TARRÚ." A continuación, un listado consigna los nombres de los presuntos amantes de la mujer. ¿Dónde se vio tanta infamia? Cerca de mi casa, un músico de un conjunto famoso es

repudiado varias veces al día por centenares de manifestantes. La casa de Marlene Díaz y Willy Leiva, actores de la televisión, es bombardeada a huevazos junto con sus dueños. No lejos de la embajada de España, un niño de dos años es derribado de una pedrada en la frente. Familias enteras se esconden en sus viviendas con el agua, la luz, el teléfono y los abastecimientos cortados por las hordas fascistas. En sangriento episodio un hombre corre al rescate de sus seres queridos, atropella a una vociferante vieja del Comité de Defensa con su automóvil y la mata. En el mismo sitio es ultimado a balazos. Las camisas negras están en las calles y lo dominan todo. El terror se ha adueñado de la ciudad. Ni siquiera en nuestras casas nos marginábamos del horror. Las telenovelas se interrumpían para gritar: "Que se vaya la escoria." Este constante estruendo, con música de guaracha, marcha militar o guaguancó, de acuerdo con quienes lo cantaban, ha devenido nuestro himno nacional.

Sin embargo, a nuestro centro de trabajo no ha llegado la sangre: somos intelectuales, estudiantes o graduados universitarios, narradores, ensayistas, diseñadores, poetas, sexos civilizados, inteligentes. Pero una tarde se reciben las órdenes: hay que repudiar a los traidores, a los agentes de la CIA, a los homosexuales, a los apátridas, a la escoria. Y toda la incapacidad de veinte años, la frustración, la envidia, el odio y la ignorancia se vuelcan sobre una persona. Gladys Pérez es convocada a la asamblea por su jefa, Zoila Gómez, quien hasta hace poco ha militado fervorosamente en una Iglesia protestante y debe limpiar ese lastre religioso. Zoila engaña a Gladys para que no deje de asistir a la reunión. Gladys se queda. Será el chivo expiatorio. Cuando comienza el espectáculo estallan los insultos. Los hombres son más comedidos, las mujeres más agresivas porque la víctima es mujer. Yo estoy sentado cerca de la puerta por la que luego huirá Gladys. A un lado tengo a Rubén, el profeta del mamey; al otro, a Pacheco, el de las anchas caderas. Las mujeres atacan, embisten como vacas a la repudiada. Pero algo imprevisto sucede. Gladys no se muestra aterrada, sumisa, arrepentida de sus deseos de ser libre. Por el contrario, se yergue, riposta los improperios y grita con todos sus pulmones, su abdomen, sus cuerdas vocales: "Ahora me llaman traidora, después que me vaya me pedirán: «Trae dólares»." Dos matronas ensoberbecidas, Rosario y Rosa Laura, tiran los primeros golpes a los que Gladys responde con ímpetu de pugilista acorralado. De esta forma, a piñazos, patadas y denuestos, es lanzada a la calle y empujada hasta 23 y F, donde coge una guagua y escapa. Su boca sangra, su vestido está deshilachado, sus puños amoratados y todas las carnes tumefactas, pero de sus labios brota el mismo grito: "Ahora me llaman traidora, después que me vaya me pedirán: «Trae dólares»." Cuando los agresores regresan, los que no hemos abandonado el edificio estamos sobrecogidos de espanto. El secretario del partido advierte que igual les sucederá a todos los apátridas. Salimos cabizbajos, asqueados. Cada quien camina junto a su mejor amigo para comentar lo acaecido, lejos de la mirada vigilante de los SS. Yo voy con Alberto. De pronto, éste me pregunta: "¿Cuántos hombres había en la asamblea?" "Veinticinco o treinta", le respondo. "Por dos, serían cincuenta o sesenta huevos; ni un solo par de cojones." Luego me cuentan que Rebeca, la apocada Rebeca, la gentil Rebeca, la dulce Rebeca, que no había bebido en su vida más de una cerveza, marcha al lado de Somerset Maugham hasta el bar de la esquina y pide un vaso de ron. Cuando el camarero, extrañado, le pregunta de nuevo, ella insiste: "Dije un vaso, lleno hasta arriba." Rebeca pretende lavar el asco que le corroe las entrañas.

Y es en esos tiempos que mi mujer me anuncia la presencia de su padre. No asistiré a esa velada familiar. En la oficina ignoro lo que hago, tan inmerso estoy en mis pensamientos. Cuando termine iré a un bar y me emborracharé. Desde niño he envidiado a los héroes de la pantalla por la forma como piden un trago. Admiraba la prestantia con que Charles Boyer ordenaba un martini o un calvados. Me propuse muchas veces imitarlo, pero mi timidez me impedía llevar a cabo esta resolución. Crecí, me casé, tuve hijos y carecí de esa experiencia. Esta vez lograría mi objetivo, aleccionado por el ejemplo de Rebeca. Penetraría en cualquier barra, engañarla la voz como Charles Boyer en *Arco de triunfo* y pediría un martini.

A las cinco salgo a la calle, paso frente a Rancho Luna, El Cochinito, Los Siete Mares; pero todos están llenos. Desciendo hacia el mar y antes de llegar a Línea noto, en una esquina, un letrero: "BAR EL TIEMPO". Hay dos puertas, cada una de ellas da a calles diferentes. Selecciono la más cercana y permito que mis ojos se habitúen a la oscuridad. En el centro del salón diviso la barra, toda decorada de rojo. Algunos espejos en las paredes amplían mi visión del lugar. Me encamino hacia el mostrador y

descubro al cantinero: un viejito pulcro, de calva radiante, con el uniforme recién estrenado, rojo y negro, que lo diferencia de los sucios cantineros del INIT. Me mira atentamente. Cuando llega a él engolo la voz (sólo falta Ingrid Bergman):

—Yo quisiera...

—...matar el tiempo —me interrumpe—. Pero el tiempo no se mata, sería como matarnos nosotros mismos. Sin embargo, podemos alterarlo, hacerlo más rápido o lento, ponerlo a nuestro servicio.

Me entrega una carta de bebidas y la abro con la esperanza de encontrar algún coctel con qué calmar mi asco. No encuentro nombres de cócteles ni de vinos, sólo una frase, en letras descomunales: "Te sentirás tan triste que te acostarás deseando que llegue el día y te levantarás anhelando que llegue la noche." No he terminado de leer cuando el viejito planta frente a mí el martini que no llegué a pedir. Lo bebo con calma. No hay nadie en el lugar, salvo el viejo que no me quita la vista de encima. "¿Cómo se llama usted?, inquiero, por decir algo. "Cronos", responde, y vuelve a su mutismo. Consumo varios martinis, sin ordenar ninguno. Antes de que mi copa se vacíe llega la otra, con el líquido brillante a la escasa luz de lámparas y espejos. Estoy borracho, sólo distingo la cara del viejo en las penumbas de mi mente. Cuando trato de pagar escucho su voz: "Va por la casa." No pregunto. Estoy demasiado borracho para preguntar. Llego a la calle. Llueve torrencialmente. Como por encanto el fresco aire de la noche me quita la embriaguez. Camino de nuevo hasta la calle 23, donde cojo la guagua. Varios radios portátiles impregnan la atmósfera con ruidos confusos: una emisora vomita un danzón; otra, una balada; un negro audaz ha sintonizado una estación de Miami y la voz de Diana Ross se mezcla con la de Barbarito Diez; la polifonía resulta desconcertante; cada equipo aumenta su volumen en angustiosa competencia con los demás. Hoy no me molestan; estoy contento, voy a llegar a mi casa después que mi suegro se haya marchado. No podrá llamarme tovarich, ni manosearme a su antojo. ¿Cuánto tiempo habrá pasado? ¿Cuatro, cinco horas? Es igual; lo suficiente para no soportar la presencia de King Kong. Cuando abro, mi mujer sale de la cocina. Imagino que me reprochará mi tardanza. Pero se acerca y me besa: "Estás entripado, mi amor." Me toma de la mano y me conduce hasta la sala. No he logrado reponerme de la sorpresa cuando una voz me llama tovarich y dos manazas me sacuden. Estoy asombrado. Miro el reloj de pared que marca las 6:16. Debe de haber un error. Una hora y dieciséis minutos desde que salí del trabajo. ¿Y el tiempo en el bar? ¿Y Cronos? No puedo haberlo soñado. ¿Estoy soñando? No; ahí está King Kong para demostrarme que estoy despierto.

Esa noche, por suerte, mi suegro no se refiere a los acontecimientos nacionales. Nos narra su estancia en Bulgaria, los esfuerzos de los trabajadores búlgaros, los logros del socialismo. "En Sofía, ni los gitanos roban." Apenas dos semanas antes un pintor amigo me ha contado que en Bulgaria los choferes deben quitar sus limpiaparabrisas a los automóviles antes de dejarlos estacionados, porque los gitanos lo roban todo. "Por primera vez he logrado ver a Lenin en el Mausoleo, parece vivo." El mismo pintor me ha dicho que Lenin parece de papel y que produce la impresión de que se lo van a comer las polillas. "Este año la cosecha de granos en la URSS romperá todos los records; la patria del socialismo no necesitará jamás comprar alimentos en Occidente." Hace tres noches he oído por la Voz de las Américas que la Unión Soviética realiza desesperados esfuerzos por adquirir granos en la Argentina, ante la imposibilidad de comprarlos en Estados Unidos debido al bloqueo que le ha impuesto Jimmy Carter. Toda esta conversación la escucho lejana, porque mi pensamiento vuela hacia Cronos y el bar que tan espléndidamente atiende. ¿Cuánto daría porque llegara el día siguiente, para comprobar si la existencia del viejo cantinero es real o imaginada!

Al otro día mi jornada de trabajo es insostenible. No acierto con la labor que estoy realizando; cometo errores infantiles. Se me hace imposible conversar con nadie, tal es la tensión que me posee. Ni siquiera la noticia de que al fin Cecilia Guerra se ha fugado por Mariel me saca de mi ensimismamiento. Cuarenta y ocho horas antes he conversado con ella y no me ha anunciado su partida. ¡Es tal la desconfianza que el castrismo ha creado, que la amistad termina allí donde comienza la política! El reloj da la orden de partida. Salgo disparado. Camino por la Avenida de los Presidentes hacia el mar; en 21 doblo a la derecha y me encamino hacia el Parque de los Miserables. Así le llamamos, porque a la sombra del monumento de Víctor Hugo varios palmoliveros consumen litros y litros de alcohol de bodega en cotidiano intento de evasión. Pienso que si descubro la cueva de Cronos será un palmolivero de altura. Por la calle 17 desfila una conga: "Que se vaya la escoria... que se vaya la escoria..." Atravieso el parque casi corriendo y doy tumbos por varias cuerdas. Lo encuentro. Me

apuro aún más y penetro por la puerta, no la que he utilizado anteriormente, sino la que da la impresión de ser secundaria. De nuevo me acostumbro a la oscuridad hasta que percibo la barra roja y a Cronos que me espera detrás de ella. Le exijo una explicación de lo que me ha ocurrido ayer, mas sólo oigo estas palabras: "El tiempo es como los toros, se le empuja por detrás o se le detiene por los cuernos." No entiendo, pero delante de mí tengo el martini que no he pedido. Cuando me he tomado dos o tres copas miro el reloj: las 5:16. El reloj se ha detenido. Son 16 minutos los que invertí para llegar hasta ahí. Es inútil permanecer en el local mágico, porque de todas formas llegaré temprano a casa. El juego no me sirve para esquivar a King Kong. Abandono el recinto y cojo una máquina de alquiler pues tengo deseos de ver a mis hijos. Cuando entro en la casa todo está oscuro. Abro la puerta de mi cuarto y mi mujer duerme. Regreso a la sala y miro hacia el reloj de pared: son las 11:38. Compruebo la hora en mi muñeca: 11:39. Calculo veinte minutos desde el bar hasta mi casa, más los dieciséis minutos para llegar al bar. El tiempo con Cronos no se cuenta. Por tanto, ¿cómo es posible que ya sean las 11:39? Esas seis horas adicionales, ¿de dónde salieron? Me estoy volviendo loco. No acierto con la explicación válida para este rompecabezas.

El reloj de la sala ha dado cuatro campanadas y yo permanezco sentado en el sofá. He leído varias cosas: el capítulo "Espacio y tiempo", del *Manual de Filosofía Marxista* de Konstantinov; "Tiempo necesario y tiempo adicional", de un manual de Economía Política soviético; viejos periódicos *Granma*, *faro* y guía para todos los problemas nacionales. Pensé que en ellos encontraría la solución de la adivinanza, porque los marxistas son onnisapientes, pero es en vano, pues no se ocupan de estas cuestiones de carácter individual, dedicados como están a lo que atañe a la masa. Quizá el Buró Político esté reunido en esta tibia madrugada planificando nuevas ofensivas militares en Angola, Etiopía y Nicaragua o, a lo mejor, discuten cómo sustituir el chicharo y el huevo por la yerba de Guinea o la pangola, en partidario afán de mejorar las condiciones alimenticias de nuestro pueblo. Nunca se sabe. Mi desesperación es tan angustiosa que me atraganto con unos versos del Indio Nabori: "Voisin de leche y pan..." Pero no llego a intoxicarme porque entonces recuerdo la frase: "El tiempo es como los toros, se le empuja por detrás o se le detiene por los cuernos." Mi cerebro se ilumina. La explicación es clara: cuando he entrado al bar por la puerta principal el tiempo no ha transcurrido, al utilizar la otra puerta las horas han corrido velozmente. Me visto y parto hacia el misterio. Allí está Cronos, con su uniforme limpio y su calva brillante. Me sonríe por vez primera, porque ahora conoce que he interpretado el enigma. Conversamos y me entero por él de que sólo el azar y la desesperación hacen que se le descubra. Me advierte que es inútil que trate de contárselo a un amigo, pues no me escuchará: "Por aquí pasan centenares de personas y no ven el anuncio, porque la condenación es colectiva, pero la salvación es individual." Bebo hasta el vómito, pero cuando salgo para mi casa estoy perfectamente bien. Antes de que la luz anuncie la nueva tarea hace ya rato que estoy en mi cama. Mi mujer no se ha enterado de nada. Esta vez entré al bar por la puerta principal.

Desde ese día me he burlado del infierno. Cuando los dirigentes del Comité de Defensa de la Revolución me convocan para una reunión o mi mujer me anuncia la presencia de King Kong, parto hacia el bar tan pronto termino mi trabajo, entro por la puerta de atrás y bebo algunos martinis. Al llegar a mi casa ya los cretinos duermen el sueño de los justos, de los que construyen la bella sociedad, o mi suegro se ha marchado envenenado porque no me ha podido golpear la espalda ni llamarme tovarich. Si mi jefe me molesta un poco busco a Cronos, utilizo la puerta delantera y detengo el tiempo. Luego, más aliviado, puedo enfrentarme de nuevo al enemigo. Nadie parece darse cuenta de mis escapadas. Vivo en una dimensión temporal diferente al resto de mis congéneres. Soy una especie de hombre invisible.

Creo que mi suegro se ha olvidado de mí porque mi mujer no me lo menciona. Ya han pasado tres años desde el Mariel y no sé casi nada de los que se salvaron. Los condenados, los que aquí permanecen, ruman su frustración y en lo más remoto de sus cerebros alientan la esperanza de irse también. Sólo yo soy feliz. Cada vez voy más al bar. Apenas si salgo de él. Se me ha ocurrido la idea de hablar con Cronos para que me permita quedarme definitivamente. ¡Total, para lo que hay afuera!

ENRIQUE GUILLERMO MORATÓ (La Habana, 1936). Fue profesor del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana y jefe de una de las redacciones de la Editorial Arte y Literatura, también en La Habana. Salió de Cuba por Mariel en 1980.

Washington Square: Crónica de los pobres amantes

Jorge Oliva

Para Robin Goldsmith

Ella
Cubanita durísima
Par de tetas fabulosas
Cabellos natural-look by Revlon
Boca encendida Roses and Fire by Elizabeth Arden
Nalgas ceñidísimas by Calvin Klein jeans
Encaramada en sandalias finísimas
De un sutil tacón palillo by Charles Jourdan
Envuelta casi acariciada por el aire subyugante
De Opium by Yves St. Laurent
Dramáticamente "sencilla"
Toda Bloomingdale's Saturday Generation
Sofocada
Le dice que no
Que qué va mi vida
Que ya no lo aguanta
Que no lo soporta más
Que es demasiado cuando le duele dentro
Que la envenena de azules
Que estoy atacada coño
Que esto se acabó ya
Y se dispone a abandonarlo
Definitivamente

Pero al rato
vuelve con la musiquita
Ma-cha-ca
Que la preocupa enormemente
Su inestabilidad económica
Su anémica solvencia sentimental
(Las de él, of course!)
Y reitera n-veces
Que asume un riesgo imponderable
Si se le llega a entregar
Que no puede ni debe
Que déjate de eso mi niño que jamás que
never
Que nunca dará ese mal paso
Aunque él insista le jure y le perjure
Aunque él le garantice lo agradable lo dulce
Cómo vas a gozar nena
Lo maravilloso que va a resultar...

El —your typical gringo
Pepsi Cola Generation 6 pies 2 pulgadas
De esos que cagan pura proteína
Dientes perfectos sonrisa Colgate
Un cuerpo que hay que joderse
Cara de apaga y vámonos Robert Redford
Blazer de paño caro y sneakers naturalmente
Addas

Habla un español "muy cute"
Pero decide hacer el silencio
Y ella lo acompaña (y resulta que el silencio
Es lo único que por un momento los une)
Luego se desesperan
Padecen súbitamente el eclipse
La incomunicación-Antonioni...
Pero en verdad ambos saben
(Adoran el teatro)
Que todo no es más que un juego
Una puesta en escena
Una coña sublime:

El lo que tiene
Es un hambre perra de su cuerpo
Y ella
Se está inventando la historia de un
gran amor.

JORGE OLIVA (Guantánamo, 1948). Vive en Nueva York desde 1973 y enseña en Columbia University. Ganó el Premio de Poesía de la Universidad Veracruzana de México en 1980. Publicamos un poema de *Guantánamo Bay: el tiempo roto*. Premio CEPI de Nueva York, 1983.



RAMON GUERRERO: Foto sin título.

bolero (de Ravel)

Juan Abreu

para martha, antonio
y florencio

el viejo pasó la mano bajo el cuello del perro viejo en la zona donde se encrespaba blanco negro tupido el pelo y lo mojó el oleaje. ese día venía de lejos apagado el oleaje era diciembre y el viejo vio la mañana opaca nublada y la neblina le asomaba muecas a través de los vidrios. supo por cierta intensidad de su piel que las hojas rojas chorreaban sonaban en el pequeño patio. arrastrando los pies el disco giraba y una presencia se posó silenciosamente sobre todo en el cuarto levantó el polvo de encima del televisor formó una extraña construcción y la deshizo. la música crecía y el viejo se dijo: **es hermosa, pero no es un bolero ni la cabeza de un guanajo.** ras ras las uñas del perro arañaban las losas lomos leves la arena que surgía desde ellas. el pensaba mucho a veces en las tardes solo como desde hace tanto tiempo con el perro. como a todos el mundo se le había ido reduciendo y ahora era aquel cuarto los libros el tocadiscos los discos los taracos como decía su madre, y el perro. pensaba en las playas divinas o que se le antojaban hoy divinas de la isla donde nació el sol el verde escandaloso áspero cadencioso lleno de voces las calles olorosas o apostasos de su ciudad — su **jájá, ciudad**— pero luego con los días se dio cuenta de que lo que lo perseguía era su tiempo ido, la juventud, la infancia, no los lugares. la lluvia vuelve la lluvia vuelve las hojas azules las hojas azules se iban congregando alrededor de las paredes del cuarto cuchicheaban como conspirando risitas golpecitos aleteos continuos alrededor. al pasar la mano sobre el lomo del

ella rió.

—**ay, que le vamos a hacer,** respondió. y siguio riendo con aquella risa invencible y el agua apretó y era un aguacero ahora que retumba sobre el techo y la tierra y sobre la casa donde la mujer sonriendo está de rodillas fregando pisos. pero el viejo no la escuchaba, ya se sabía la historia, y no supo siquiera cuando se marchó. la quería mucho, pero ahora eso no le servía de nada. las ramas del árbol son plateadas las jóvenes mientras que las viejas tienen un tono pardo veteado vetas pajizas también las hojas centellean y el disco girando hace crecer el temblor de los muebles y las hojas que ahora nadan en los hondos charcos. tienen una extraña penetración las hojas. canturrean:

ay que la piel
se le ha ido llenando de conchas
piedrecitas, ay
escamas es ya su piel
ay que tose asquerosamente
ay que le han vuelto infame
ay que no crece ya la hierba
sobre él
ay que aprendió tarde
el horror que ejecutan en él

el viejo no veía aún aunque a él solo le estaba permitido:

no al perro
no a los muebles
no a la atmósfera viciada llena de humo del cuarto
no a las hileras de libros leídos y releídos
no a los cristales humedecidos
no a la tos
no a la mujer — la vieja —
no al cenicero
no a la cama crujiente
no a la cazuela
no al vaso

solo a él, pero no quiso. ya sabía de todas formas que a las hojas danzantes alrededor del cuarto les habían brotado patas quebradizas semejantes a hierbas, espléndidas frágiles alas, nalgas duras a algunas, sexos rojizos entreabiertos, sabrosos peludos a otras miembros largos talos finos y tensos como agujones cabelleras infinitas cabelleras que ondulaban y escuchó, ahora sí, los gemidos de placer cuando se entregaron al amor y sus objetos dentro se fueron contagiando y en el estruendo de la música llegó la transformación. entonces, cuando la mesa tuvo un rostro definido y definitivo, un rostro temido y a la vez dulce que le sonrió con la misma sonrisa de la mujer, el viejo supo que se iba a morir

casí se asustó, pero no pudo. el sillón tenía ahora unos rubios cabellos unos labios entreabiertos una lengua que asomaba humedecida humedeciendo. los cacharros de la cocina alados copulaban entre giros y volteretas sobre su cabeza con las patas largas pulidas radiantes se aferraban y las prolongaciones entraban y los huecos se abrían tibios produciendo un sonido antiguo que le pareció hermoso, eterno, las pieles de los jarros relucientes lo rodeaban eran tersas muy jóvenes los senos apenas brotando los pezones mieles rosados gotean sobre su cara manchándose de algo como sombra que sabe, que tiene el mismo gusto de la sonrisa de la mujer querida tanto tanto la cama se irguió como un animal monumental y desenrolló unos brazos infantiles de un olor descalzo, tenue, de ojos azules. los peines unidos por un mismo sexo, a manera de puente, lucían pubis castaños como bosques en otoño, iban zumbando, creando a su paso una turbulencia

fue a pasar la mano por el lomo del perro para apoyarse como tantas veces pero ya no estaba, le había entrado por los ojos de un tirón sin decirle adiós ni nada tantos años juntos, pero ahora estaba en él, así era mejor se consoló la música ascendió salpicando la habitación y las cosas todas de su vida fueron apareciendo y tomando su cadencia de marcha el árbol entró con un reguero amarillorrojopardo ciena **oh los pardos los rojos**, se fundió en la pared de tablas que también avanzaba formando constituyendo una realidad nueva estruendosa que se le encimaba, le pareció, que como un horror. otro horror. vio el remolino de hojas precipitarse en medio de los quejidos y los chorros de semen que en el aire inauguraban nuevas figuras otros seres que se incorporaban a la marcha precipitándose sobre mí,

y me invadió un espacio inagotable en el que la inmovilidad es el movimiento. o no. no sé. me fui me estoy sintiendo libre de una forma inocente. y en la vertiginosa soledad que ya le era posible, las cosas adquirieron esos rostros queridos. las ramas se fundieron en los vidrios de

la puerta que gimí y gimiendo vino la cama blanda como un pájaro a su mano y se perdió en ella. los cacharros de la cocina sin soltarse los taracos todos a los que antes se aferró buscando realidad, en la danza metidos danzan. olas frenéticas convergen en su pecho como en una puerta. la casa entera empujada impulsada salvajemente por las hojas se fue recogiendo sobre él en forma inapreciable la música creciendo y en el vagar en que estaba sintió que el sillón lleno de olores lo iba penetrando en la misma corriente y luego la piel se me fue volviendo y el pelo se me encrespó en un viento y el cuerpo sin dejar de ser el mismo era otro. sintió que todos se le unían. sombras arribando. y en el último instante en que le fue posible ver ya sin nostalgia pues estaba en ella, sus ojos recorrieron la casa donde la mujer sonreía desde la ventana recorrieron la calle polvorienta el paisaje que me envolvió durante todos estos años que permanecí en el otro sitio al que ya no volveré, y por último, el olor de todo aquello en lo que estuve y amé me llegó como un golpe. antes de desaparecer disipándome disipándome disipándome

san José, California. 1980

JUAN ABREU ha tenido una importante labor como pintor y escritor desde que llegó de Cuba en 1980. Es uno de los Directores de la revista *Maríel*.

CARTAS DE LOS LECTORES

Una publicación periódica subsiste en gran parte gracias al contacto con sus lectores. Una parte primordial de ese contacto tiene que ser el diálogo. En esta sección de *Cartas de los lectores*, la revista *MARIEL* aspira a establecer ese diálogo. Necesitamos saber qué piensa usted, lector, de nuestro esfuerzo. Escribanos a: *Maríel*, P.O. Box 2788, New York, NY 10185. Publicaremos aquellas cartas que la dirección de nuestra revista considere de interés para el conjunto de nuestros lectores. Muchas gracias.

11 de octubre de 1983

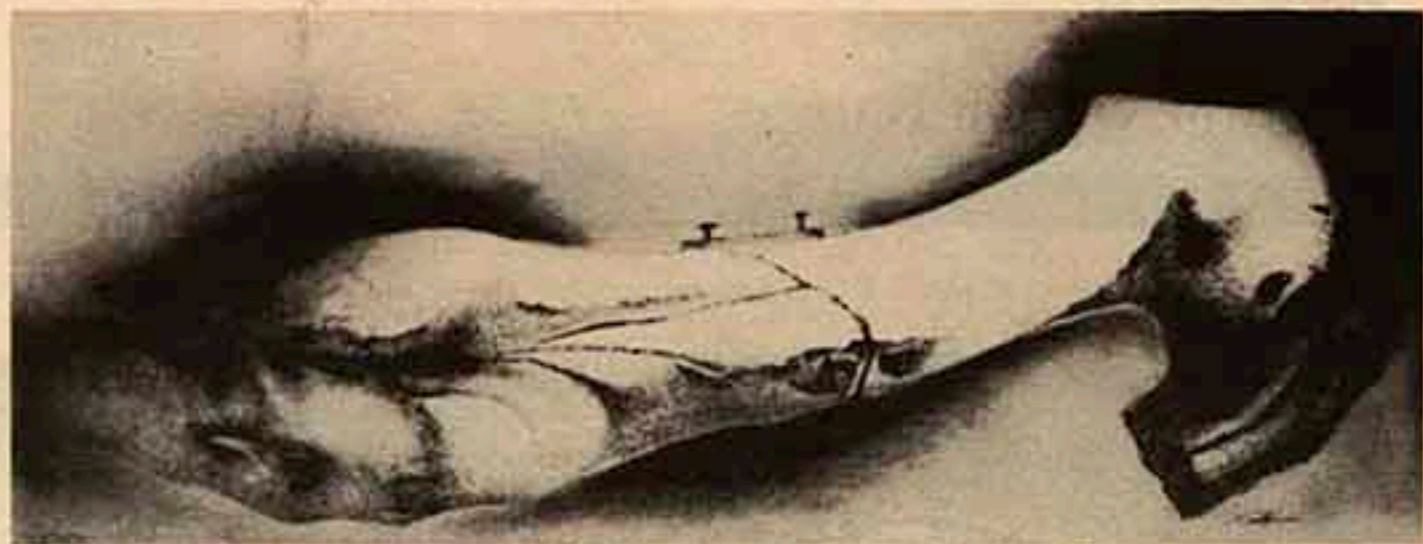
Reinaldo Arenas,
Nueva York

Querido Reinaldo:

Aquí te envío un breve fragmento de *Paso de los vientos*, la novela que escribo en estos momentos. Si te parece demasiado corto, me avisas rápido para enviarte un fragmento más largo.

Con relación al asunto de Llopis, te agradezco mucho me hayas dado la oportunidad de responder a su equivocado juicio en el mismo número de *Maríel* en que aparece su artículo. No obstante, he decidido esperar a que aparezca para responder concretamente a lo que dice de mí. Es difícil hacerlo sin tener su trabajo a la vista.

En todo caso, es raro que sea precisamente Llopis quien me acuse de haber sido su interrogador. Digo esto porque en el número de septiembre de 1970 publicó en la revista *Casa de las Américas* una nota elogiosa sobre mi libro *El escudo de hojas secas*. Nadie hace algo así de quien sabe es su enemigo. Además a Llopis lo visité entre 1966 y 1970, y no más allá de esa fecha, lo cual excluye posibles "interrogaciones" correspondientes a la década del 70. Es curioso



ROBERTO ESTOPINAN: Torso reclinado. Tinta y pastel sobre cartón. 15.5 x 38. 1983.

también que haya ignorado que entre 1967 y 1970 era un secreto a voces entre los autores cubanos que yo me quería ir de Cuba, razón por la cual nunca me dieron el viaje a Europa que gané con el premio de la UNEAC de 1968.

Bien, todo esto es extraño y ciertamente inesperado, y justamente por eso prefiero leer cuidadosamente las palabras de Llopis. No dejes de mandarme el próximo *Maríel*.

Un abrazo,
Antonio Benítez Rojo

New Orleans, enero de 1984

Revista *Maríel*,
Nueva York:

Ultimamente he sido testigo de varias controversias verbales en torno a la aceptación o no de una llamada "generación del Maríel" que abarque a escritores de diferentes edades que tengan como denominador común, entre otras cosas, la trágica experiencia de la Revolución Cubana por más de 20 años. En textos como "La generación del Maríel" de Reinaldo Arenas (*Noticias de arte*, 6, N° 11, 1981, p. 2), "Editorial" de Los editores (*Maríel*, 1, N° 1, 1983, p. 2) y "Generación del Maríel" de Miguel Correa (*Festival de las artes. Tercer aniversario del Maríel*, 1983, pp. 30—31), así como en esporádicas referencias orales y escritas y ahora a través de esta revista homónima, los escritores que llegamos al destierro en 1980 hemos ido conformando una autoidentificación (si no una identidad) que aunque pueda ser vista como un tanto anticipada (pues sólo el tiempo fijará en realidad nuestro verdadero carácter y sólo nuestras obras presentes —aún escasas— y las futuras moldearán nuestra verdadera identidad dentro de la literatura) no es, sin embargo, arbitraria. Las diversas teorías generacionales nos llevan a comprender que las constantes de tiempo, espacio, experiencias histórico-sociales y culturales comunes, maestro, etc. requeridas por toda generación son, por otra parte, difícilmente aplicables de forma rígida. La realidad termina siempre imponiendo su propia interpretación, propone —al revelarla— su propia estructura. No obstante eso, me atrevería a afirmar que nuestra "generación del Maríel" pasaría satisfactoriamente la prueba de ser estudiada a la luz de algunas de dichas teorías generacionales. No suelen contar éstas, muchas veces, con un hecho muy corriente, que es la intuición que un grupo de escritores pueda tener de sus características y/o intereses comunes. Tempranamente intuó Martí, por ejemplo, la presencia en América de los que luego se llamarían modernistas.

Tempranamente asimismo hemos ido reconociéndonos los del Maríel como un grupo homogéneo, marcado por similares experiencias, guiado por comunes derroteros. Una vez en el destierro detectamos nuestra esencia "distinta en el Cosmos". Pero nuestra distintividad no es en modo alguno excluyente. No hablamos "desde una posición divisionista", aclara Correa en su artículo mencionado, aunque sus referencias un tanto crudas a la diversa extracción social de nuestra generación y de las anteriores en el exilio puedan causar en éstas cierto esbozo. Desde el primer número de *Maríel* están presentes autores que no incluimos en nuestra generación, tales como Lydia Cabrera, Severo Sarduy, Carlos Franqui, Eugenio Florit, Isel Rivero, etc. Todos ellos y muchos más merecen nuestro respeto y admiración, no sólo por la abnegación y calidad de su labor literaria sino también porque han sabido vencer su cúmulo propio de experiencias también adversas pero en mucho muy diferentes a las que trajimos de Cuba los del Maríel. No pretendemos establecer jerarquías en el dolor, sino llamar la atención sobre sus diferentes causales. El editorial inicial es claro al respecto: la generación del Maríel, es decir, "la generación de exilados cubanos que ha padecido veinte años de dictadura", con su revista homónima, "saluda y ofrece sus páginas a los escritores y artistas cubanos del exilio que... nos honren al someternos sus colaboraciones".

Es probable, sí, que un poco precipitadamente hayamos corrido a autodefinirnos, a recortar esa imagen virtual que tenemos de nosotros mismos, pero ha sido para ganar en coherencia, en perspectiva coral, en destino literario, en resistencia contra el tiempo y el enemigo común, quien pretiere vernos dispersos, separados, inclasificables y por tanto desnaturalizados, para más fácilmente derrotarnos. Porque nuestra autodenominación no fue nunca un proyecto teórico-especulativo, sino una forma concreta de combatir una falsa imagen, la demagogia de un sistema en su momento preciso, y es ahora una barricada sobre la cual "no pasarán" las hordas enemigas, una trinchera colectiva desde la cual, cada uno con su estilo propio y con sus propias ideas, disparar, resistir y hacer nuestra obra, con la clara y tranquila conciencia de que hemos hallado la impronta que nos distinguirá para siempre dentro de nuestra historia literaria. ¡Tanto poder germinativo encierra en sí una sencilla denominación! Otro gran cubano, José Lezama Lima (con cuya generación la nuestra lanza ese puente de afinidad que muchos generacionistas perciben entre una generación y la segunda que la antecede), en su momento, también reconoció la necesidad de una presencia coral para resistir, en aquel entonces frente a la indiferencia. De ahí que insistiera tanto en la creación de revistas y en autodefinir su generación como la generación de *Espuela de Plata* (más tarde *Orígenes*). Así nos dice en la década del 60 que

La necesidad casi fanática que teníamos de hacer revistas tenía dos motivaciones esenciales. La necesidad de publicar, pues a veces los periódicos y las revistas establecidas se niegan a aceptar las creaciones de los más jóvenes. El hecho de necesitar también el constituirnos en una exigencia histórica y generacional. Ya a estas alturas se puede afirmar que si denodada y heroicamente no se hubieran ofrecido esas revistas, lo que después se llamó la generación de *Orígenes* no hubiera mostrado su unidad, su peculiar perfil y sus irradiaciones históricas.

La "generación del Maríel", aunque aún en ciernes su "peculiar perfil", muestra ya orgullosa su "unidad" y sus "irradiaciones históricas". Pero quizás nuestra premura en autodenominarnos venga también del vacío coral que encontramos a nuestra llegada: encontramos árboles aislados, muchos muy bien plantados, pero les faltaba (o les falta, y ojalá que esta observación encuentre cálidos y amistosos oponentes) la conciencia de bosque, y esto lo hacía débiles en su lucha. Recordemos a Shakespeare:

Macbeth shall never vanquish'd be until
Great Birnam wood to high Dunsinane hill
Shall come against him.

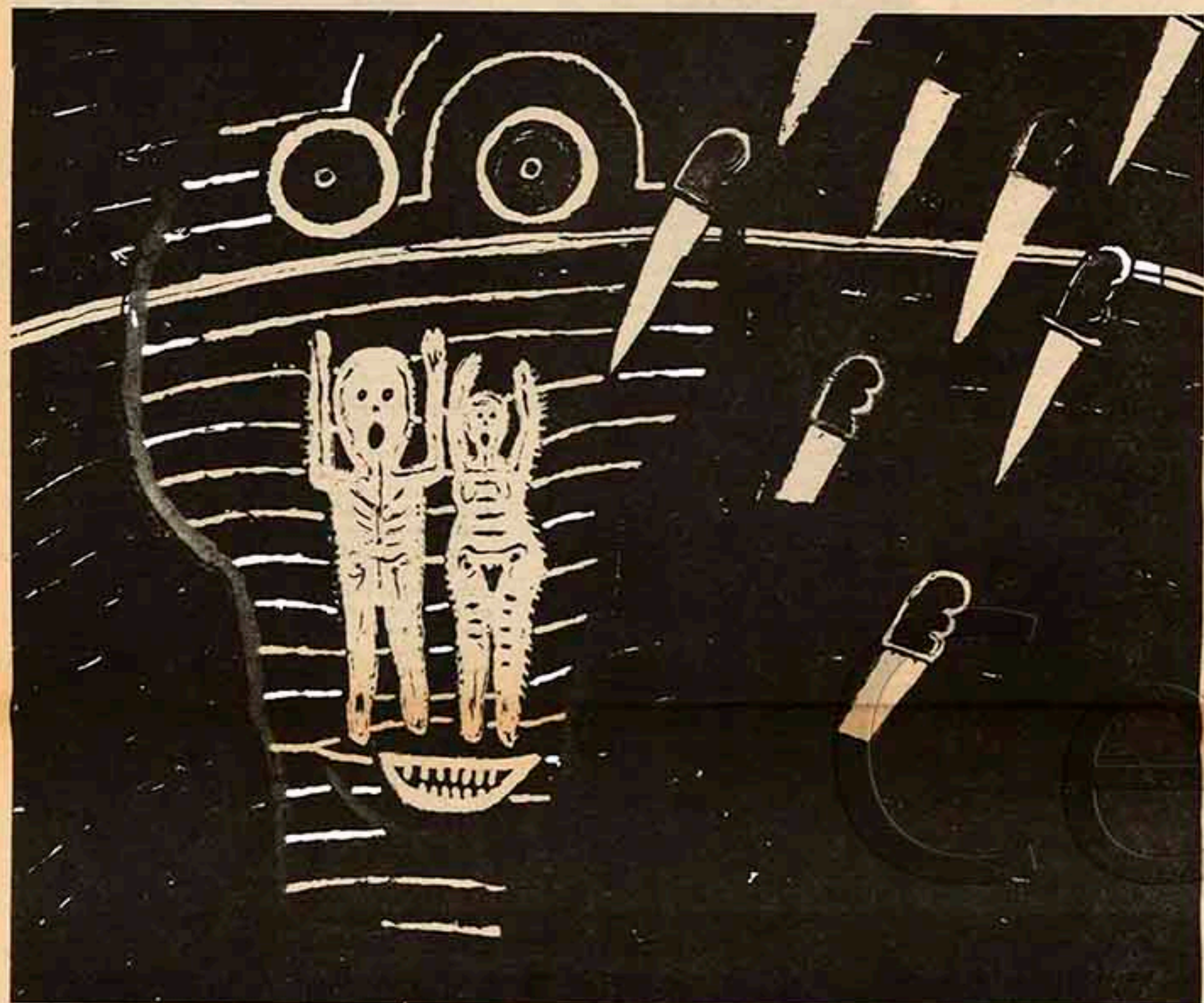
Nosotros hemos preferido crear inicialmente ese bosque que es capaz de enfrentarse y vencer (dentro de sus posibilidades) al Macbeth caribeño y que a su vez permite a nuestros árboles individuales un crecimiento más consciente. Pero nuestro bosque no es excluyente, repito. Su causa es también la de los que nos han precedido en el destierro. Es otra quizás la madera de nuestros troncos, pero hemos visto con sorpresa y agrado que es una misma la savia de todos los árboles. Han pasado más de tres años. Nuevos vínculos, nuevas experiencias se suman a las ya indelebiles, se nos revelan nuevas identidades, reconocemos pasmosos inusitados similitudes que han burlado el espacio y la incomunicación, va resultando que aparecen hilos menos visibles que los que nos descubrió el Maríel. Quizás algún día lleguemos a comprobar que aquella esencia nuestra que percibimos "distinta en el Cosmos" es en realidad, como sugiere Lezama en una identidad paradójica, "indistinta en el Cosmos". Pero hoy somos la "generación del Maríel".

Jesús J. Barquet

- 1-Maríel, Año 1, 1983, p. 2
- 2-José Lezama Lima: *Imagen y posibilidad*. La Habana, Letras Cubanas, 1981, pp. 43-44.
- 3-William Shakespeare: *The College Shakespeare*. New York, MacMillan, 1973, p. 587.
- 4-Lezama: *Imagen y posibilidad*, p. 198.

Montaner describe la asfixia

Reinaldo García Ramos



LUIS CRUZ AZACETA: 'Deadly Rain'. Acrílico sobre tela, 77 x 94, 1983. (Cortesía: Allan Frumkin Gallery, New York.)

Si algo hay que decir del más reciente libro de Carlos Alberto Montaner, *Fidel Castro y la revolución cubana*,¹ es que el autor perfecciona en sus páginas la descripción que él mismo había hecho de la asfixia existencial sufrida por el individuo en la Cuba actual. En la primera versión de este texto, el exitoso *Informe secreto sobre la revolución cubana*,² esa pavorosa descripción ya se hallaba presente, pero aquí alcanza dimensiones más precisas. En uno de los fragmentos agregados ahora al *Informe*, refiriéndose a la falta de perspectivas que siente el adolescente cubano de hoy, Montaner dice:

No puede elegir su destino. No puede soñar con ser piloto, médico o aventurero. (Será lo que el Estado le permita ser.) No puede viajar. No puede leer los libros que desea. No puede exteriorizar sus peculiaridades o sus extravagancias, porque alejarse del arquetipo conformista y disciplinado es un acto contrarrevolucionario. No puede rechazar o burlarse de la verdad oficial. No puede protestar contra la absurda aventura africana. La vida ya, y para siempre, es un "no poder" realizar un proyecto personal libremente elegido. ¿Cómo sorprenderse de que miles de jóvenes formados por la revolución corrieran hacia la embajada peruana o hacia los botes del puerto de Mariel? Frente al horror sólo cabe una respuesta: huir. (Pág. 156-157)

Elementos como éste, que los ocho años transcurridos le han proporcionado con creces al autor, lo ayudan en la nueva edición a completar y solidificar el panorama ofrecido en 1976. Muchos de los fragmentos agregados al texto original del *Informe* merecerían elogio aparte, como el capítulo sobre el imperialismo militar de Castro (pág. 51) o el acápite sobre el suicidio de Haydée Santamaría y la evolución del panorama cultural interno (pág. 140). Pero, por comprensible afinidad, quiero insistir concretamente en los textos dedicados a la embajada del Perú y al Mariel.

Todo ha cambiado en el panorama cubano desde que Fidel tuvo, como dice Montaner, "su

par de noches peruanas" (pág. 30). En la redacción original (*Informe*, pág. 84), al enfocar las limitaciones del supuesto "modelo cubano" y las actitudes hipócritas de los intelectuales de izquierda extranjeros ante el caso (aquellos del *double standard* famoso), Montaner decía con cierta desolación: "Cuba es una contradicción de los liberales de Occidente, empeñados en tapar el sol con un dedo. He visto en un acto cultural celebrado en la Universidad de Nueva York, cómo los asistentes pateaban y gritaban contra la Unión Soviética, para, a renglón seguido, aplaudir delirantemente la mención de la revolución cubana. No es elegante ni «liberal» manifestarse contra la revolución cubana. Los actos que un liberal califica en Rusia como crímenes los ignora cuando ocurren en Cuba." Hasta ahí la cita. En la nueva edición, todos los cubanos anticastristas debemos sentirnos un tanto aliviados de que ya los verbos de ese párrafo hayan podido ponerse en pasado (no era elegante, calificaba, ignoraba), y de que antes de la última frase hayan germinado estas cuatro líneas: "Afortunadamente eso ha cambiado. Hoy muy poca gente se atreve a defender públicamente el triste matadero cubano, pero antes del escándalo de la Embajada del Perú y del posterior éxodo de Mariel, los actos que un liberal calificaba..." (Pág. 41). Sin lugar a dudas, el espectáculo ha cambiado; ya los intelectuales que en Occidente simpatizan con el gobierno de La Habana tienen que medirse más. Y esa evolución contraria al prestigio de Castro no se ha detenido. En la próxima versión de su *Informe*, Montaner tendrá que agregar un elemento que no tuvo tiempo de introducir en ésta: el episodio de Granada y la comprobación de los propósitos de penetración militar soviético-cubana en el Caribe.

Ahora bien, si el autor ha enriquecido su texto, actualizándolo con estos nuevos toques de horror, el acierto fundamental de la nueva versión no está en los fragmentos agregados (de indiscutible valor), sino en el modo en que Montaner ha

reordenado la exposición de sus ideas. El texto de este nuevo libro es en su mayor parte el mismo del *Informe*, pero los acápites y capítulos que componían la obra original han sido aquí reorganizados de modo tal, que su contenido llega con mayor efectividad al lector. El plan expositivo del nuevo "Informe" —que por fortuna no es ya tan "secreto"— resulta mucho más coherente y dinámico que el del libro original. Yo había leído el *Informe* hace unos tres años, al llegar de Cuba, y cuando volví ahora sobre esta versión, algunos pasajes, que al parecer no me habían impresionado tanto aquella vez, me sonaron nuevos, como si los estuviese leyendo por primera vez. Y es que en esta edición, pienso, se encuentran en su contexto idóneo, en medio de una corriente de ideas que los complementan. En la primera versión, estos mismos textos eran como viñetas aisladas, como chispazos incandescentes que oscurecían el entorno, en lugar de integrarse a él. Así, por ejemplo, en esta nueva edición los enfoques de los problemas religiosos y de las fobias sexuales que obsesionan al castrismo se han unido en un solo capítulo, titulado "Libertad y represión", con el análisis del miedo y la simulación, y de la cuestión de los presos políticos, textos que en la primera versión aparecían separados por un centenar de páginas en algunos casos. Y hasta los títulos de los acápites han adquirido una nueva brillantez en este reordenamiento de la expresión: lo que en el *Informe* (pág. 161) era un chato "El tiempo" ahora es (pág. 106) "Un país asincrónico"; y lo que llamó sólo "El espacio" en el *Informe* (pág. 164) hoy es, inspiradamente, "El encogimiento del entorno" (pág. 106). O sea, que la claridad del nuevo discurso ha sido fértil también en el plano de los hallazgos literarios.

Por otra parte, en la versión de 1976, la exposición del autor (o digamos mejor su charla amigable, pues por suerte este libro raras veces adopta tonos solemnes), se vela interrumpida por

un excesivo material gráfico, sobre todo compuesto por fotos de época, que le daban a la edición un tono más ligero, más de reportaje, pero que abusaban muchas veces de la figura carismática de Castro y obligaban al lector a reencontrarse demasiado con otros rostros y escenas igualmente desagradables. Aunque también es cierto que algunas fotos eran por el contrario muy convenientes para apoyar el texto —como las de las guerrillas anticastristas (*Informe*, págs. 232, 235 y otras) o la que exhibe los espeluznantes rostros de unos recién llegados en balsa a La Florida (*Informe*, pág. 125)—, el libro ahora se lee mucho mejor, y tiene un aspecto más reposado. También se ha eliminado, por fortuna, la sobreabundancia de documentos no del todo imprescindibles que en la primera edición se sumaban a las fotos en la extraña misión de interrumpir lo dicho por el autor. Los documentos de la presente edición no sólo han sido mejor seleccionados, sino que ocupan el puesto que en definitiva debieron haber ocupado siempre: aparecen al final del volumen, en forma de apéndices. Entre los documentos que con gran acierto han sido agregados a esta nueva edición se encuentra la denuncia hecha por Armando Valladares en Ginebra sobre la situación de los presos políticos cubanos.

El reordenamiento general del libro en esta edición, creo, es consecuencia del mismo desarrollo y reafirmación orgánica del pensamiento de Montaner, que le han permitido detectar con mayor claridad los vínculos de integración que estaban presentes en su primera versión del *Informe*, aunque a veces no del todo evidentes. Pero otros reordenamientos han sido dictados, me temo, por necesidades de muy distinta naturaleza. Por ejemplo, el que acá y allá le hayan salido al autor unos sabihondos señores con sermones historicistas y aritméticos, imagino que lo haya forzado a poner aquí como prólogo un texto que en la primera edición se limitaba a ser un confiado epílogo: la serie de advertencias que el propio Montaner adelanta contra los posibles detractores de su enfoque, de su método o de sus afirmaciones. El hecho de que ese apunte previsor tenga ahora la sabia y saludable estatura de prólogo, indica a las claras que el autor quiere decir algo así: "Por favor, no me vengan con descargas, que yo sé lo que me propongo hacer." Los lectores que, como yo, simpatizan con el tipo de ensayo que Montaner escribe, y con este libro en particular, le han de agradecer ese gesto al autor: constituye un modo de evitarnos, nosotros también, aburridas monsergas de quienes no entienden la razón básica de esta índole de escritos.

Porque debo decir que en mi opinión Montaner tiende a ocupar un lugar en la más reveladora y peculiar línea del ensayo latinoamericano, la que no se detiene en el recuento factual o en la interpretación mecánica de los hechos, sino que absorbe la información y elabora con ella un mensaje más complejo y arriesgado; esa tónica del ensayo —digamos— totalizador que consolidó Octavio Paz en 1954 con uno de los libros capitales de nuestra cultura: *El laberinto de la soledad*. A partir de él, hemos contado con una serie de obras que constituyen una fuente deslumbrante de precisiones sobre la estructura espiritual de nuestros congéneres en esta parte del mundo y sobre el carácter esencial de nuestras experiencias. Lo que hacen Paz y Montaner, y algunos otros que trabajan en esa línea, es sencillamente adoptar una postura exploratoria, sin trabas metodológicas, en el examen de los fenómenos que nos afectan, haciendo uso de las ideas nuevas con una flexibilidad muy creativa, para concentrarse sólo en las consecuencias más generales de tipo espiritual. O sea, lo que no podrán hacer nunca ni un ejército de expertos en estadísticas, ni una fuerza invasora de temibles instructores de materialismo, con sus datos exactos bien aprendidos. Ningún determinismo económico podrá apresar los elementos últimos que estructuran nuestro espíritu y por ende deciden el modo en que enfrentamos y explicamos el acontecer, sus sorpresas, y sus proyecciones hacia el futuro. Los textos de Octavio Paz son proposiciones especulativas que se deben sentir, más que leer; que se deben continuar, más que

segmentar con análisis inadecuados. Ponerse a sacarles a estas obras, visionarias en lo que cabe, presuntos "errores" o inexactitudes cuantificadas es algo totalmente esterilizador: es un caminito de regreso que conduce sin ruido al vetusto aire de las aulas polvorosas, y a los anaqueles muertos de bibliotecas en desuso.

Montaner tiene además el mérito de aportar a esa tónica el ingrediente del humor, de la gracia cubana; ese espléndido modo de tirar las cosas a jarana precisamente porque se toman muy en serio. Su estilo más personal es totalmente literario, en el mejor sentido de la palabra, y espero que él no se avengüence de ello. En este libro, para satisfacción del lector, describe por momentos el panorama cotidiano de la existencia en Cuba con la habilidad de un cronista satírico, y con la mordacidad de un ingenioso autor de epigramas. Véase este ejemplo:

...la titánica lucha del cubano (...) transcurre bajo las cornisas asesinas de una Habana que se derrumba, y con un pie en el juzgado de guardia, mientras se intenta ilegalmente, adquirir una libra de picadillo para apuntalar el esqueleto, o una pócima casera que amanse la inclemente ferocidad del sobaco tropical. (Pág. 92.)

O sea, que el análisis sesudo de otros elementos lo podrían hacer también eminentes lumberreros, eméritos señores con la vista adaptada a los milímetros, o los individuos que para asombro del planeta toman aún en serio las prolijas campañas que el gobierno de La Habana exporta como renglón preferencial. (Tratándose de un país cerrado a cualquier tipo de comisión supervisora internacional, hermético a cualquier somero examen sobre el terreno por parte de organismos independientes, resulta risible que algunos pretendan dar crédito a las estadísticas que el delegado de Castro presenta enfáticamente en sitios como las Naciones Unidas, donde no faltan atolondrados diplomáticos occidentales que lo escuchan y luego especulan sobre los posibles "adelantos" de Cuba.) Aunque Montaner no deja en su libro de enfrentar temáticas concretas —como los supuestos avances en servicios médicos, digamos— ni de esgrimir en cada caso argumentos válidos para rebatir la postura castrista, creo que la mejor parte de sus observaciones está basada en otra sensibilidad. Los más impactantes momentos del libro aparecen en otros terrenos, donde él puede hacer uso de su certero olfato (un olfato de novelista) para captar las fluctuaciones en los componentes privados que determinan en fin de cuentas el bienestar individual en cualquier parte del mundo. Esos componentes (intangibles a veces, pero a veces tan contundentes como un rincón donde poder hacer en paz el amor) son ese conjunto de riquezas emotivas y de posesiones intransferibles del alma que el propio Montaner llama (pág. 110) "necesidades no descritas en *El Capital*": desde la alegría de salir a caminar de madrugada sin que un Comité le pida a uno credenciales, hasta actos elementales y mágicos como planear unas vacaciones o decir de repente una barbaridad.

El placer de leer libros como éste proviene más que nada de que uno va sintiendo deseos, a medida que avanza, de agregar cosas al texto: lo que el autor dice va despertando en uno un diálogo mental que completa, redefine, consolida o modifica el discurso sólo iniciado por la señal escrita.

Terminemos diciendo que, si bien el espectáculo producido por la imagen de Castro en el exterior de Cuba ha cambiado, la asfixia que sufren los cubanos dentro de la isla prosigue, y en ciertos aspectos se agrava. Hace sólo unos días lei en el *New York Times* la información siguiente, que traduzco:

GANDER, Terranova, Febrero 6 (UPI) — Un cubano de 29 años escapó de un avión de pasajeros de Alemania Oriental en Gander este fin de semana, dijeron hoy funcionarios canadienses de inmigración. Esta es la novena persona que deserta de un avión en Gander en lo que va de año, y el segundo obrero fabril cubano que lo ha hecho en los últimos tres días.

Aunque el cable suena brutalmente insensible en su simplificación, no puede negarse la rotundidad de la noticia: esos dos obreros proclaman mejor que nadie la insoportable atmósfera de ahogo que sigue reinando en la Cuba actual. Y ellos no serán los últimos en huir. Cada día que pasa, los cubanos allá se mueven

en un país más amargo y enrarecido. "El único factor de cohesión que el castrismo ha dejado vigente es el miedo al estado, (...) el temor a las fuerzas represivas", dice Montaner (pág. 110). Cada día que pasa, los cubanos que hemos logrado salir vemos con mayor pesar las alternativas que componen "el destino de esa pobre gente" (pág. 110). Si, inevitablemente hablamos en esos términos: "esa pobre gente". La experiencia de la vida democrática y de la libertad de expresión es una sensación tan cabal de crecimiento interior, que lo pone a uno en una dimensión dolorosamente distante, desde la cual ya resulta difícil recordar el miedo; ese miedo bajo el cual viven nuestros compatriotas en los remotos potreros de la plantación de Fidel Castro. Otra virtud de este libro es refrescarnos la memoria de ese terror que obliga a las personas a deformarse para sobrevivir: "Tienen miedo de estar alegres (...); acaban teniendo miedo de las luces y de los ruidos", señala el autor (pág. 115), y sin poderse contener deja caer en esta frase ese particular distanciamiento que todos hemos sentido alguna vez: el miedo que sufre la población de la isla es tan mutilante, que nuestros propios familiares y amigos que allí permanecen terminan por adoptar apariencias que nos impiden reconocerlos. Y es que en medio de la extendida miseria muchos de ellos no pueden escapar a instantes de corrupción. En el capítulo que titula "Los males secretos del castrismo", parte de cuyo texto no aparecía en la primera edición de este libro, Montaner caracteriza con habilidad cierta "insolidaridad" implantada en el escenario ético de la isla, y que no es más que la consecuencia de esa corrupción en el plano de las relaciones humanas dentro de Cuba.

"Cuba es hoy un país de simuladores", nos recuerda el autor en la página 116. Y es necesario señalar que a veces los más penosos de esos simuladores son algunos intelectuales que le han prestado su apoyo a Castro y que permanecen en la isla. El autor menciona a unos cuantos en la pág. 142. De ellos yo destaco casos como el de Eliseo Diego —de quien algunos dicen que ha succumbido recientemente a la demencia—, de Antón Arrufat, de Miguel Barnet, y agrego el caso de Nancy Morejón y hasta el de Reynaldo González. Montaner advierte: "Tendrán que decir lo que el Ministerio del Interior les exija que digan, o lo que ellos supongan que al Ministerio del Interior le gustaría que dijeran, pero esos ejercicios declamatorios no pueden ocultar la radical incongruencia entre lo que ellos son y realmente creen; y lo que tienen que aparentar y manifestar creer". Sin embargo, al igual que la simulación de esos obreros que se quedaron en Gánder terminó por fin hace unos días, pienso que la simulación de esos intelectuales mencionados (y de otros que por diversas razones no conviene mencionar) tendrá que terminar alguna vez, cuando se les presente la oportunidad, si es que no quieren terminar como dicen que está el desventurado autor de *En la calzada de Jesús del Monte*. Porque incluso individuos tan seniles como Cintio Vitier tienen que recordarse aún, como señala Montaner, de que si bien los gobiernos republicanos no se desvivían por armar un gigantesco aparato editorial, "tampoco les preocupaba lo que Cintio Vitier pudiera decir en sus libros" (pág. 143). Entre una Habana que "despreciaba cuanto ignoraba" y una Habana que "vigila cuanto sospecha", Montaner se quedaría naturalmente con la primera, porque al menos de ella "nadie tenía que irse". Yo haría lo mismo que él, pero agregando que de aquella Habana, si uno de repente quería largarse, podía hacerlo muerto de risa, para por lo menos aliviarse del calor en algún paraje templado —y no amenazado— del enorme mundo.

1-Carlos Alberto Montaner: *Fidel Castro y la revolución cubana*. Editorial Playor, Biblioteca Cubana Contemporánea, Madrid, 1983, 255 págs.

2-Carlos Alberto Montaner: *Informe secreto sobre la revolución cubana*. Sedmay Ediciones, Madrid, 1967, 316 págs. Las referencias en el texto a esta primera edición irán precedidas de la palabra *Informe*.

REINALDO GARCÍA RAMOS es miembro del Consejo de Dirección de *Mariel*. Reside en Nueva York, donde ha trabajado como traductor y periodista.

LIBROS

Un Lezama inventado por el horno

Jesús J. Barquet

"¿José Lezama Lima habría estado de acuerdo con la publicación de este libro?", se pregunta Ciro Bianchi Ross al inicio de su "Introducción" a *Imagen y posibilidad*, recopilación póstuma de prosas del famoso poeta cubano que andaban inéditas o dispersas en revistas nacionales y extranjeras. Creemos con Bianchi que sí, pues se reúnen allí, entre otras cosas, algunos de los textos más queridos por Lezama, como fueron sus editoriales de la revista *Orígenes*, tan reveladores de la misión ética de su generación y que muestran a un Lezama desconocido por muchos, aquel que supo calibrar la realidad político-social de su momento y entregar a cambio una certera respuesta salvadora dentro de sus posibilidades reales como artista. Se sigue preguntando Bianchi por qué muchos de esos textos no pasaron a sus libros de ensayos, pero si leemos atentamente veremos que, por ejemplo, muchos artículos posteriores a 1959 no pasaron a *La cantidad hechizada* (1970) quizás porque en cierta forma las ideas principales de aquellos estaban ya presentes (y en ocasiones hasta parafraseadas textualmente) en los ensayos más elaborados del libro. Artículos como "El 26 de Julio: imagen y posibilidad", "Introducción a Zenea", "Aristides Fernández, otra de sus visitas", "Lectura", "La posibilidad en el espacio gnóstico americano", y "Sobre poesía" de *Imagen y posibilidad* encuentran satisfactoria resonancia en los ensayos "Preludio a las aras imaginarias", "A partir de la poesía", "Juan Clemente Zenea" y "Aristides Fernández (1904-1934)" de *La cantidad hechizada*. En ocasiones no son sólo resonancias, sino que algunos artículos de *Imagen* parecen más bien breves desprendimientos de esos largos ensayos de *La cantidad*; así parece acontecer entre "El 26 de Julio..." (1968) y "A partir de la poesía" (1960).

Con lo que Lezama sí estaría en desacuerdo es con la imagen que el libro y su "Introducción" quieren dar de él, al punto de hacerlo un portavoz (y hasta profeta exaltado y partidista) de la Revolución Cubana. Veamos cómo se proyecta esta imagen deformada. Ni el título del libro ni el orden de los artículos revelan imparcialidad por parte del recopilador, sino la más evidente (mal) intencionalidad. No se trata de "prosas dispersas" sino de "imagen y posibilidad", es decir, que el título del libro está tomado precisamente del artículo de Lezama sobre el 26 de Julio, el cual, por supuesto, encabezará la recopilación. La aparición de los artículos en el libro no sigue los incomprometidos órdenes alfabético o cronológico, sino un supuesto orden temático de oscura dilucidación y que juguetea con el tiempo (Joyce y Cortázar metidos a compiladores). El libro se inicia con "El 26 de Julio..." (nov.-dic. 1968), le sigue "Ernesto Guevara" (en-feb 1968) y más tarde "Céspedes" (oct 1968), quien viene a cerrar así ese bloque temático que en realidad abriera con su "señorío fundador", como señala Lezama. Nos preguntamos: ¿quién o qué está en el fondo de todo esto? El propio Bianchi parece darse cuenta del juego cuando nos espeta exabruptamente en medio de su "introducción" que "en el ordenamiento de los materiales que aquí se incluyen colaboró el poeta Cintio Vitier" (p. 12). Parece deseo de compartir (o descargar totalmente) la responsabilidad de su recopilación. Vitier fue el elegido. Por eso cuando se refiere a los "nuevos actos nacientes" que en enero de 1953 profetizaba Lezama para la isla y los vincula con el asalto al Cuartel Moncada, Bianchi no afirma sino pregunta: "¿Eran hechos como ése los nuevos actos nacientes que avizoraba Lezama?" (p. 8), y nos manda ipso facto para una nota al pie de página que señala la fuente (Cintio Vitier) de la idea en cuestión. ¿Es la tuya, pues, una pregunta retórica, es decir, afirmativa, o rezuma más bien ironía, alejamiento, oblicuidad en lo que se le ha señalado que diga? Misterio. Silencio. Pero no vale hacer señalamientos individuales cuando sabemos que el individuo constituye una mera pieza de un sistema. Ya Lezama percibió ese drama en 1961 cuando dijo en una carta:

No es lo mismo estar fuera de Cuba, que la conducta que uno se ve obligado a seguir cuando estamos aquí, metidos en el horno. Existen los cubanos que sufren fuera, y los que sufren igualmente, quizás más, estando dentro de la quemazón y la pavorosa inquietud de un destino incierto.²

Preferimos, pues, condenar ese "horno" que determina semejantes actitudes. Es el "horno" quien realmente demanda esa imagen demagógica

de Lezama partidista o al menos simpatizante de la Revolución. Un Lezama congelado en los principios de la década del 60, cuando aún la esperanza abierta por la Revolución era una oscura fe (o certeza) en muchos; de ahí esos artículos a favor de la misma escritos por Lezama. Otra sería la realidad del país y del autor en los años siguientes (finales de los 60 y los años 70). El Lezama activo, productor, y hasta feliz a pesar de su desgarramiento familiar, que vemos en su epistolario de principios de la Revolución, se ve poco a poco sustituido por un ser inactivo, falto de estímulos, alejado de la vida cultural, condenado al ostracismo. Pero de este último período de la vida del autor no se ha hallado ninguna "prosa dispersa". Tenemos que acudir a sus cartas. Y exhorto al lector curioso: ¿caso no mueve a reflexión comprobar que data de 1969 el último artículo publicado por Lezama en Cuba y que Bianchi incorpora? ¿Qué ocurrió en ese lapso de 1969 hasta su muerte en 1976? Misterio. Silencio. La nueva era, una vez concebida como "posibilidad infinita" por el poeta, se ha vuelto ahora la era de la "imposibilidad" también infinita: imposibilidad de viajar, imposibilidad de publicar, imposibilidad de participar, imposibilidad de ser. Pero el orden desordenado del libro (que pretende ser temático) escamotea esa realidad trágica. El lector se despista con la mezcla y hasta omisión de fechas. Asistimos al más antimarxista intento de ahistorizar una figura, un pensamiento. En el fondo se pretende ocultarle al lector la entrada a ese paréntesis del ostracismo padecido por Lezama. Y en esa confusión temporal se va disponiendo, sin embargo, una zigzagueante inversión cronológica mediante la cual el lector termina con un Lezama —allá en los años 50— coral, centro de una generación pujante, gestor de su destino, creador. Precisamente lo opuesto a su triste realidad de los últimos años en que, a pesar de estar en el pináculo de su madurez intelectual y su reconocimiento internacional, sencillamente se esfuma, o mejor dicho, "lo" esfuman, condenándolo a un exilio interior en su Trocadero 162, a apenas dos cuadras del "Prado de su infancia". Son los años en que confiesa que tiene "¡tan pocos estímulos!" (1974), en que siente que él y su esposa están "muy solos y el cerco se aprieta cada vez más" (1974).³

El punto máximo de esa congelación requerida por el "horno", lo satisface el compañero Bianchi cuando afirma que "después de 1959 las revistas literarias, que al calor del triunfo revolucionario comenzaron a editarse en Cuba, le abren las puertas a Lezama" (p. 17). Es cierto, hasta cierto punto, o fecha, en que las propias revistas le cierran dichas puertas. En la década del 70, Lezama apenas llegó a publicar cuatro poemas en las revistas literarias cubanas. No se trataba de aridez creativa, pues ahí está su impresionante poemario de esos años, *Fragmentos a su imán*, sino de ostracismo. Aquel espíritu coral que tanto perseguía, se vio de pronto reducido a la sala de su casa: "Llevamos una vida muy recogida, de lecturas y visitas de amigos que nos son agradables", escribe en 1975.⁴ Son los años en que quizás como nunca antes, debido al ostracismo social y literario, disfruta de la oralidad de su poesía. No había encuentro amistoso en que no sugiriera (o se dejara sugerir como un infante) la lectura de sus nuevos poemas. Así conocimos, (aunque inéditos, éditos en su voz) sus "Discordias", su "Nacimiento del día", "Los dioses", la "Vieja balada surrealista", etc. En el extranjero, un público inmenso lo reclamaba invitándolo a conferencias, cursos, homenajes. Imposibilidad infinita.

No terminan aquí los signos de congelación que perseguimos. Bianchi, atrevido, sugiere otro más: Creo que en cualquier momento de su existencia, Lezama podría haber vuelto la vista atrás y resumir cada una de sus palabras, desde la primera, sin verse precisado al escamoteo o al rechazo. (p. 13)

Sabemos que Lezama jamás hubiera "rechazado" sus escritos anteriores. Se respetaba mucho como para renunciar a cualquiera de sus fragmentos, pero difícilmente hubiera "reasumido" aquellas ideas idílicas sobre la Revolución Cubana. Hubieran quedado fijas en su momento de gestación esperando el análisis historicista que derivaría de éstas y el acontecer posterior un ejemplo de sentimiento de esperanza y frustración que significó para nuestros mejores intelectuales

la Revolución Cubana. Lezama prefirió callar. Condenado al silencio, respondió con el silencio que, como en Martí, significaba una forma de censurar.

Al morir Lezama, el "horno" se apresura a publicar póstumamente sus obras inéditas de ficción. No fue labor de reivindicación ni mucho menos (pues como su entierro, todo se llevó a cabo con el mayor silencio), sino una jugarreta editorial, es decir comercial, que pretendía levantar además una demagógica cortina de humo ante la opinión internacional. Por otra parte, las concepciones de Lezama (de las que fui testigo en varias ocasiones) sobre publicar siempre primero en su patria, no operaban igualmente en su esposa María Luisa Bautista, más determinada a publicar los manuscritos en el extranjero si las editoriales cubanas no lo hacían inmediatamente. Fue un momento crucial en que "el horno" no estaba para galletitas. Un año más tarde salen a la luz *Oppiano Licario* y *Fragmentos a su imán* (éste no registra el dato de los derechos de autor). Cuatro años más tarde, *Imagen y posibilidad* pretende seguir, con mucha mayor y explícita (mal) intencionalidad, esa misma política oportunista e hipócrita. Vale, sin embargo, como un esfuerzo (no muy grande por cierto, pues todos los lectores fieles de Lezama conocíamos de una u otra forma esos textos recopilados y dónde localizarlos) por agrupar esa obra dispersa de Lezama, que fuera de Cuba es prácticamente desconocida. Lástima, por otra parte, de "introducción" y de ordenamiento.

Pero quisiéramos proponer al lector curioso una lectura del libro en la cual aquellos formidables editoriales de *Orígenes* irradian una significación que trasciende sus circunstancias republicanas para trazarnos la verdadera imagen del poeta a lo largo de su vida. Se vería así como la vida literaria de Lezama se abre y cierra con la misma percepción del aislamiento, del rechazo, de la indiferencia que descarga sobre su persona la cultura oficial. Ante la publicación de sus obras póstumas hubiera podido "reasumir", como propone Bianchi, aquello que escribió en *Orígenes* en 1954:

Si andamos diez años con nuestra indiferencia, no nos regalen ahora, se lo suplicamos, el fruto fétido de su admiración... A todos nos confundiría, pues nada más nocivo que una admiración viciada de raíz. Estáis incapacitados vitalmente para admirar. Representáis el nihil admirari, escudo de las más viejas decadencias. Habéis hecho la casa con material deleznable, plomada para el simio y piedra de infiernillo. (p. 191)

Así como en 1939, en *Espuela de Plata*, proponía la creación literaria como "la mejor solución" frente a la agitación del "hormiguero" social (p. 199), en 1966 "reasume" esa vieja idea de juventud cuando le dice a su hermana refiriéndose a la virulenta acogida de *Paradiso* entre "el coro de ocas" "lleno de resentimiento y de envidia tronante": "Mi única respuesta es seguir trabajando, los venzo porque son unos vagos."⁵

Cobra así el libro una dimensión subversiva que tendría su culminación en la lectura oblicua de "Señales", en la cual se pregunta y responde "por qué los mejores tienen que ir al destierro" (p. 193). Por encima (o debajo) de los acontecimientos históricos, ha habido constantes que han marcado por más de dos siglos nuestro acontecer patrio. Esa iluminación puede ser hallada en *Imagen y posibilidad*.

Pero el lector curioso verá también que algo no sólo cualitativo sino también cuantitativo había cambiado en el "hormiguero" social de los años 50 a los años 70. El período republicano de indiferencia y mediocridad no fue nunca suficientemente fuerte como para apagar la vitalidad creadora del joven Lezama. Con mucha penuria, es cierto, pero publicó sus libros, fundó revistas, expresó sus ideas. Sin embargo, en los años 70, el "hormiguero" (entonces "horno") había desplegado una fuerza superior inesperada, inasistible, debido a la cual no le era posible expresarse, ser. El poeta, en el momento de su mayor plenitud literaria y reconocimiento internacional, no realiza apenas ni una quinta parte de la actividad que realizara en los 50. Se va apagando, va inclusive sintiendo como una limitación aquello que nunca lo había sido: su casa. Así lo confiesa en 1974: "Me tengo que quedar en mi casita, hasta que Dios quiera. Estoy aburrido y cansado. Escribo, a veces, algún

poemita y eso me tiene todavía en pie."⁶ Apenas logra terminar su segunda novela, a todas luces cansada. Su poesía cobra un lirismo angustioso inusitado, brillante, triste para los que sabemos lo que entrañaba: imágenes de encierro ("Vivo en una pequeña caja de acero", "Nado con las dos manos amarradas"), parábolas terribles como la de la orgullosa hormiga (él mismo) descendiendo una escalera mientras observa "el zapato que la puede mancillar", aparecen en los *Fragmentos a su imán* (1977).

Se apagaba, es cierto, mientras el "horno" se encendía cada vez más. Pero, como la hormiga, "sabe que su finalidad será lograda".⁷

Este fue, pues, el hombre que escribió los artículos de *Imagen y posibilidad*, el hombre que por amor a su pueblo creyó ver en aquellos momentos iniciales de efervescencia colectiva hacia la Revolución Cubana un signo profundo de la posibilidad infinita actuando sobre lo temporal histórico, el hombre que luego fue aplastado por esa misma supuesta "posibilidad", pero que de cuya decepción ante ella no quiso dejar (o quizás sí, ¿quién sabe qué quedó inédito entre las afiladas manos de las "ocas"?) nada escrito salvo lo que podamos intuir de su propia conducta hasta el final (o principio) de sus días (Días).

- 1-José Lezama Lima: *Imagen y posibilidad*, La Habana, Letras Cubanas, 1981. Las referencias a esta obra se harán entre paréntesis en el texto.
- 2-José Lezama Lima: *Cartas* (1939-1976). Madrid, Orígenes, 1979, p. 138.
- 3-Lezama, *Cartas*, pp. 263 y 269.
- 4-Lezama, *Cartas*, p. 276.
- 5-Lezama, *Cartas*, p. 196.
- 6-Lezama, *Cartas*, p. 259.
- 7-José Lezama Lima: *Fragmentos a su imán*. La Habana, Arte y Literatura, 1977, p. 110.

JESUS J. BARQUET (La Habana, 1953) publicó recientemente en España su primer libro de poemas: *Sin decir el mar*. Salíó de Cuba por Mariel en 1980.

Realidad con disfraz de quimera

Carlos Victoria

Era yo un estudiante del primer año de Letras, con esa fatuidad de los recién llegados a una carrera universitaria, cuando entre mis compañeros de aula alguien propuso una votación secreta para elegir la mejor novela cubana. Fue tanto el placer que nos proporcionó esta tarea —es saludable recordar que estábamos en el año 68, y una fiebre de concursos se propagaba por la isla de Cuba—, que decidimos extender el certamen al mejor cuento, al mejor poema y a la mejor pieza teatral. Las decisiones de aquel "jurado", unos veinticinco votantes en total, quedaron olvidadas en el transcurso de unas semanas, pero al cabo de quince largos años (y valga decir: ¿qué años!), un accidente de la memoria me ha hecho recordar que el cuento ganador fue *Conejito Ulán*, de Enrique Labrador Ruiz.

He dicho accidente, y quizás ésa no sea la palabra exacta. Lo que me remontó a este pasaje de mi juventud fue la lectura de *Carne de quimera*, un volumen de relatos de Labrador que la editorial SIBI (Spanish International Books Inc.) ha publicado recientemente, en un digno esfuerzo por rescatar del olvido uno de los momentos más afortunados de la cuentística cubana.

Debo confesar hoy que el único cuento de Labrador que yo conocía era precisamente el ya mencionado. Ha sido una sorpresa encontrar que no sólo *Conejito Ulán* conserva la misma gracia e intensidad que admiré hace más de una década, sino que los otros cuentos que componen el libro están, casi sin excepción, a su altura.

En el número tres de la revista *Mariel* aparece un trabajo de Elio Alba, muy riguroso e informativo, sobre la narrativa de Labrador y su importancia en la literatura hispanoamericana, que no deben pasar por alto aquellos que quieran tener una idea exacta del valor de su obra. Mi intención es otra: sólo quiero subrayar algunos

aspectos que me llaman la atención en estos relatos, y asociarlos con dos o tres ideas oportunas.

En una época donde la innovación parece ocupar un lugar preponderante en el campo literario, y el contenido de lo que se escribe es sacrificado muchas veces en aras de "búsquedas", "originalidades", "nuevas maneras de expresión", "experimentos del lenguaje" y "anticonvencionalismos", se pierde de vista en ocasiones lo que el autor nos quiere decir, (si es que en verdad tiene algo que decir), y eso hace que lamentablemente la crítica —y también el lector incauto—, al enfrentarse a una obra con una voz renovadora, como es la de Labrador, se detenga en las nuevas modalidades y tienda a ignorar el significado subyacente en el texto. Uno de los objetivos esenciales de la buena literatura, desde Homero hasta la fecha, es poner al descubierto las complejidades del ser humano y sus variadas relaciones con su circunstancia. Donde sólo hay forma no hay literatura. Esto no indica un menoscabo por el estilo; el autor debe esforzarse por encontrar un acento personal, un rasgo distintivo. Aunque la originalidad es un atributo excepcional, en mi opinión no es la cualidad más relevante de un escritor; sólo es importante en la medida que aclare, resalte o embellezca lo que éste nos quiere decir.

Por citar al azar algunos de los ejemplos más conocidos, diré que el *Ulysses* de James Joyce no es grande porque rompa con todos los moldes de lo que hasta entonces se conocía como novela; su tremenda magnitud reside en antologar con una lucidez sin precedentes los laberintos de la conducta y el pensamiento humanos. El insecto del famoso cuento de Kafka es elocuente no porque fuera la primera vez que un insecto apareciera como protagonista de un relato, y esto resultaría "singular" o "novedoso"; convence porque en el fondo Kafka se sentía como un insecto. La tan discutida obsesión de Robbe-Grillet con los objetos en *La celosía*, es absolutamente válida en el contexto de la novela, porque se trata de la visión deformada de un hombre celoso, que encuentra en cada detalle un aviso torturante y sombrío. Y los diálogos de Lezama en *Paradiso* —innovadores en su densidad y retórica— se salvan de la pedantería porque su autor quiere llevar a los personajes a la categoría de seres trascendentes, y para ello los hace dueños de una sobreabundancia de cultura. Lezama identifica a veces, un poco ingenuamente, la grandeza de espíritu con el exceso de conocimientos. Eso explica en parte que hasta el cocinero hable como un erudito. Claro que ese recurso responde también a un peculiar sentido del humor, lo que añade una dosis de gracia a su obra maestra. Como contraste, una de las figuras cimera de la literatura de este siglo (y de todos los tiempos), el alemán Thomas Mann, ha creado una obra monumental sin recurrir a alardes técnicos ni a artificios de ningún tipo, apoyándose en un lenguaje realista que parece sacado del siglo XIX.

En el caso de Labrador, el carácter "neblinoso" de sus relatos es en gran medida una labor de astucia; el autor no quiere comprometerse con explicaciones, y por lo tanto evita abordar de forma plana cualquier situación o corriente especulativa. Una continua ambigüedad predomina en las narraciones de principio a fin, lo que hace que de alguna manera éste sea el libro de las evasivas, de los puntos suspensivos. No puedo dejar de escuchar la propia voz de Labrador en el siguiente pasaje del cuento *Talismán y Portento*, el primero de este volumen: "...un inconsiderado espíritu de catequización, proclive a la locura, marca el paso en el mundo de hoy en todos los sentidos", y más adelante, "...(es) bastante difícil hallar en parte alguna una cabeza tranquila, sin musarañas ni embelecados, que haya renunciado a manipular, en su expresión menos válida se entiende, el trozo de misterio que concibe le corresponde." O sea, la fragmentación de la realidad que vemos en estos relatos, esta impresión de encontrarnos ante una colección de piezas sueltas, de tejidos inconclusos, de labores a medio hacer, nacen quizás de una voluntad de rehuir toda definición, toda concreción; en otras palabras, es un rechazo a las redes de cualquier posible parcialidad o maniqueísmo.

También, como en Lezama, un humor picaresco, muy a la *criolla*, donde se mezclan lo mejor de la tradición española y de la autenticidad

cubana, ofrece una sazón especial a estos relatos. Pero aquí el humor va más allá de cumplir la mera función de condimento, y se convierte en un arma eficaz para ganar la batalla sobre categorías y esquemas, e indefinir el bien y el mal, la razón y la locura, lo superfluo y lo necesario. Todo está narrado con un risueño dejo de escepticismo, con una risita socarrona, que al principio logran desconcertarnos ("¿este hombre se estará burlando de nosotros?", puede ser la reacción inicial del lector), pero que al final uno acepta como la *manera* en que el escritor quiere hacernos ver el mundo, o al menos, su visión particular del mundo.

A pesar de este marcado tono de burla, Labrador posee a la vez ese elemento que enriquece y profundiza toda obra literaria: la compasión. Detrás del derroche de humor —ácido la mayoría de las veces— se aprecia también una cálida simpatía hacia sus personajes, víctimas de sus debilidades y de un destino casi siempre trágico. No es gratuita la constante introducción del "toque mágico", que embellece en algún momento la esterilidad de sus vidas, aunque este "toque" provenga con frecuencia de la "insatisfacción, la desesperanza..., y la tremenda necesidad de restablecer ciertos incógnitos equilibrios."

Entre la variedad de temas esbozados en forma sutil a través del libro, hay dos que merecen destacarse: la rivalidad y la obstinación. Estos enigmáticos personajes mantienen un concepto muy personal de la valentía, y aunque están condenados a la mediocridad y al "nunca llegar", no por ello renuncian a la obsesión, o bien de poseer o distinguirse, o de superar su propia soledad y miseria. Los resultados de este empecinamiento son desastrosos, y acentúan de forma cruel la inutilidad de sus pretensiones. Son personajes con un *ego* cuyas demandas e imperativos conducen a la destrucción, característica que a veces los hace enfrentarse entre sí en un plano de secreto combate (*La almohada china*, *Spondylus Imperialis*, *El empresario categorico*), o los lleva a una lucha irracional por conseguir lo inalcanzable (*Un violín le llamaba*, *Conejito Ulán*), o evade una circunstancia asfixiante (*Talismán y Portento*), para al final encontrar una catástrofe como única recompensa a sus esfuerzos.

No obstante la esquivaz del autor en cuanto a definir sus puntos de vista, el propio Labrador nos muestra en una frase de *La almohada china* su probable meta como escritor; es ésta "la pequeña dicha de poder sentarse tranquilo al borde del río cuya corriente no puede detenerse ni modificarse, pero que sin embargo es susceptible de ser considerada en tantas direcciones como el espejo de nuestra alma le preste razón y comedimento."

En materia de lenguaje, quizás la prosa de este libro suene en ocasiones como algo rancio, como un instrumento valioso aunque ya en desuso; pero ésta es una impresión momentánea, una suerte de ráfaga, que luego da paso a un genuino asombro ante los recursos con que el autor escarba la piel cifrada de nuestro idioma. Admiraría al traductor que se proponga verter con fidelidad estos relatos en otra lengua; hay un serio desafío en sus páginas.

Carne de quimera es un libro que exige más de una lectura para poder saborear sus frutos más jugosos: es necesario mantener una actitud ávida y alerta si se quiere avanzar felizmente por esta intrincada madeja de alusiones culteranas, sucesos entrelazados, y por qué no decirlo, trampas y supercherías.

Como observación final, quisiera añadir que Enrique Labrador Ruiz, junto a Carlos Montenegro y Lino Novás Calvo, nos han sabido revelar como pocos el fatigado escenario de la República cubana, el que nosotros los más jóvenes no pudimos conocer, pero del que tanto hemos oído hablar a lo largo de nuestra azarosa historia. Es por ello que aparte del goce estético que conlleva el recrearse en un libro de estas dimensiones, *Carne de quimera* me ha ofrecido una oportunidad que consideraba ya perdida: el ver reflejado el mundo de mis antecesores en el agua oscura de un pozo.

Miami, enero de 1984.

CARLOS VICTORIA es uno de los Editores de *Mariel*. Desde que salió de Cuba en 1980 ha publicado en varias revistas en Estados Unidos. Sus cuentos, que han recibido una favorable acogida, se agrupan en el volumen: *Las sombras en la playa*, aún inédito.

Ojeada al sesgo

Enrique Labrador Ruiz

En una breve estancia en esta ciudad tuve la suerte cierta tarde de ver una pequeña exposición de pintura y entre los cuadros que me llamaron la atención estaban las transparencias de Francisco Aguirre, un artista que me conmovió con sus líneas en sinuosas paralelas. Artista nacido en Córdoba de España trae un aire bien definido hasta estremecernos como atentos observadores. Estas nebulosas contienen una gracia desbordante y llegan a hacernos sentir una especie de escalofrío: es la obra de un artista consciente de su arte manejando un aire fortificante más allá de todo lo convencional y truquero. Estas plumillas valen un potosi.

De una larga búsqueda ha salido la concreción de su estilo, lo menos ficticio del mundo, puesto que anima presencia y constancia con factores visibles. Algunos críticos vieron desde el primer momento la carga maestra de este artista y yo ahora junto mi granito de arena a tal consagración.

Pintura que da la ilusión del relieve pero no con esa majadería de llamarle trompe-l'oeil, puesto que no tiene nada de escrupulosa reproducción sino de aguerrida fantasía. Un fermento de novedad muy vivo; un cariz definitivo de arte nuevo y para siempre.

He visto un Machu Picchu nada trivial y un retrato de Einstein muy impresionante. Sus pirograbados alcanzan una órbita de conmovedora profundidad. El artista criba una tierra de nadie, un territorio difícil para lograr su éxito. ¿Efluvios de otros? Es posible, pero su técnica no tiene, que yo sepa, pares en el difícil empeño. Creadora se llama su técnica; es posible que encontremos unas desconsoladas referencias pero no más.

Al presentar estas estampas sonámbulas debemos creer que damos en el blanco. De vez en cuando, nos dejan estos presentes hombres bien inspirados y con manos hábiles.

ENRIQUE LABRADOR RUIZ (La Habana, 1902) es uno de los renovadores de la narrativa contemporánea latinoamericana. Desde su primer libro (El laberinto de sí mismo, 1933) ha desarrollado una incansable actividad literaria. Vive en Miami, donde acaba de aparecer una nueva edición de Carne de quimera (Libería Sibi, 1983), cuentos que aparecieron por primera vez en 1947.

Exposiciones recientes

Giulio V. Blanc

1983 terminó con varias exposiciones individuales de pintores cubanos y 1984 empezó con otras.

Noviembre vio una exposición de Gustavo Ojeda en la Gareit Kohn Gallery, en el "Village". Ojeda se dedicó casi exclusivamente a vistas nocturnas de Broadway, el Parque Central y otros sitios de Nueva York para esta muestra. Son cuadros grandes, ambiciosos, que logran transmitir esa atmósfera de melancólica soledad de la ciudad. El estilo neo-impressionista de este joven pintor educado en los Estados Unidos ya ha alcanzado una madurez sorprendente.

También en noviembre vimos exhibiciones de dos pintores venidos por el Mariel: Juan Boza y Miguel Pardini. En la Intar Gallery, Boza presentó una serie de composiciones, algunas pintadas directamente en la pared, sobre temas afro-cubanos. Utilizó objetos rituales y divinidades en un estilo figurativo con manchas de unos colores de violencia africana, dándole una extraña vida a los misterios prohibidos. Pardini, en cambio, es todo alegría y elegancia con sus dibujos y cuadros de doncellas en perfil que, con sus cabellos emplumados, traen a la mente aquellas "Floras" creadas por Portocarrero.

En diciembre, el maestro cubano Emilio Sánchez, que lleva muchos años en este país, exhibió sus obras más recientes en la ACA Gallery. Casonas desiertas, portales vacíos, y persianas cerradas caracterizan la obra de Sánchez. Es una pintura de realismo mágico en donde los colores bajo el sol blanco del Caribe y la geometría severa de una arquitectura sencilla en madera coinciden.

Enero y febrero en Nueva York han visto exposiciones de talentos tan diversos como Luis Cruz Azaceta, Pedro Pérez, y Héctor Nieblas.

Cruz Azaceta tiene 41 años y lleva más de 20 años en los Estados Unidos. Como él, le atrae un expresionismo de colores fuertes. Pero si Cruz Azaceta se inspira en el presente, Pérez es más bien un pintor del "pensamiento salvaje" de Levi-Strauss. Investiga e interpreta de modo sumamente original las máscaras y

ritos africanos y los carnavales cubanos. Aunque la exposición en la cual participó en la Marilyn Pearl Gallery también incluía a Cruz Azaceta, a Alvaro García (un joven cubano que estudia en Yale), y a los puertorriqueños Rafael Ferrer y Roberto Juárez, se destacó Pérez y por eso lo menciono. Pérez tiene 32 años y se crió en los Estados Unidos.

Héctor Nieblas formó parte del éxodo de 1980. En su exposición en el Rincón Taino presentó dibujos, óleos y esculturas de una fantasía graciosa y refrescante. Es una pintura de sueños infantiles y adultos.

De Miami hay mucho que contar... En noviembre, Gilberto Ruiz, también de la fecunda generación del Mariel, expuso su proyecto "Talking Heads", de pañuelos pintados colgando de una construcción de palos, en la Miami Lakes Public Library. En otra biblioteca, la Central, las maravillosas hermanas Scull, "geminis" que recrean escenas humorísticas de la Cuba que conocieron antes de la revolución, tuvieron su primera retrospectiva. Entre otras cosas estaba el famoso retrato tridimensional de Gertrudis Gómez de Avellaneda, con tinajón y mariposas que sólo necesitan la fragancia. Con las Scull, el "camp" alcanza nuevas alturas.

Andrés Valerio, que como Gilberto Ruiz forma parte de los que llegaron en 1980, exhibió en la Galería Xanas y Meijas. Ya muy conocido en Cuba, su reputación sigue creciendo en el exilio. Valerio pinta detalladas figuras barrocas inspiradas en príncipes y reyes de otros tiempos.

En octubre, el Museo Cubano inauguró una exposición que se extendió hasta finales de enero, "La Generación de Miami". Participaron Juan González, Fernando García, María Brito-Avellana, César Trasobares, Emilio Falero, Pablo Cano, Carlos Macía, Mario Bencomo y Humberto Calzada, todos nacidos en Cuba pero educados en Miami. Trabajando en muchos estilos, estos jóvenes pintores demuestran la vitalidad de un arte libre, abierto a todas las posibilidades. En junio, la exposición viaja a Meridian House en Washington, D.C.

Finalmente, en enero vimos dos exposiciones más en Miami que resultaron de interés: la de Miguel Padura y la de Pablo Cano.

Esta exposición en la Galería Forma es la primera muestra personal de Padura en los Estados Unidos (ha tenido dos en México). Padura tiene 27 años y es básicamente autodidacta. Presentó bodegones de un realismo seco, intelectual, que sale de la tradición española; pero que tal vez tenga algo que ver también con la obra de su primo Julio Larraz y el norteamericano William Bailey. Pablo Cano, en cambio, es todo sufrimiento y barroquismo, con sus "Santas Sebastianas" llenas de flechas; y su línea negra sinuosa que recuerda la de Amelia Peláez. Nacido en 1960, Cano salió de Cuba poco después, pero mantiene en estos dibujos, que expone en la Barbara Greene Gallery de Coconut Grove, una sensibilidad que tiene mucho que ver con su país.

GIULIO V. BLANC (La Habana, 1955) se ha destacado como crítico e historiador de arte. Ha organizado exposiciones de pintura cubana en Nueva York y Miami, y escribe para varias revistas.

URGENCIAS

En esta sección damos cabida a los comentarios, críticas, ironías o cóleras que los acontecimientos más recientes y heterodoxos despierten en nuestros editores. Aquí está lo que no podemos dejar de decir, de la manera que nos dé la gana de decirlo. También publicaremos documentos que se refieran a la situación actual de Cuba o a los abusos de derechos humanos en general.

Nada puede ser más urgente para un cubano en el exilio que la denuncia de los abusos cometidos por el gobierno de Fidel Castro contra los derechos humanos, en particular en el caso de los presos políticos que permanecen en las cárceles de la isla. Por eso la revista MARIEL ha considerado pertinente reproducir el texto del siguiente informe:

Informe de Amnistía Internacional sobre Cuba

La reclusión prolongada de unos 38 presos políticos que ya habían cumplido sus condenas; el aumento de las ejecuciones judiciales por presuntos delitos de tipo político y la dilatada reclusión sin formulación de cargos bajo custodia de la policía de seguridad estatal de personas sospechosas de haber desarrollado actividades políticas, acaparraron la atención de Amnistía Internacional.

Desde 1981 al menos 38 presos políticos que habían completado sus condenas originales —que iban de 15 a 20 años— no habían sido puestos en libertad. Como protesta ante su prolongada reclusión, 10 de ellos iniciaron una huelga de hambre el 10 de octubre de 1982. En el pasado los tribunales habían dictado condenas adicionales a algunos presos a raíz de su "actitud rebelde" en la prisión, como por ejemplo negarse a usar el uniforme reglamentario o a participar en programas de rehabilitación. En estos casos los tribunales que entendían en las causas por delitos contra la seguridad del Estado habían dictaminado que la actitud de los presos requería una "medida de seguridad postdelictiva", o sea uno o dos años más de prisión, renovables, en un campo de trabajo. No obstante, Amnistía Internacional no conoció ningún procedimiento judicial que dispusiera la extensión de la detención de los presos cuyas condenas se cumplieron en 1982. El 29 de octubre Amnistía Internacional expresó su preocupación por la situación de estos presos y por la salud de los que estaban en huelga de hambre. La huelga se levantó en el mes de noviembre, cuando a los familiares se les prometió que los presos serían puestos en libertad y que se les permitiría salir del país siempre que un gobierno extranjero les otorgara visas de entrada. A pesar de que los gobiernos de Costa Rica y de Venezuela habían ofrecido visas a muchos de ellos, a finales de diciembre seguían detenidos y se dijo que se les tenía incomunicados. El 22 de diciembre Amnistía Internacional hizo un llamamiento al gobierno de Cuba tras recibir noticias de que estos presos estaban incomunicados y que uno de ellos, Raúl del Valle, se hallaba en condición crítica a raíz de la huelga de hambre. Raúl del Valle había cumplido una condena de 20 años de prisión en noviembre de 1981 pero no había sido puesto en libertad.

Los presos mencionados pertenecían a un grupo de unos 220 presos con condenas largas y a quienes se les conoce como los "plantados" a raíz de su negativa a obedecer el reglamento penitenciario en protesta porque son tratados como delincuentes comunes. A pesar de que sus procesos, conducidos ante tribunales revolucionarios a principios de los años sesenta, no siempre se ajustaron a las normas aceptadas internacionalmente, los fallos no han sido revisados. Aunque ninguno de los "plantados" que quedaban había sido adoptado como preso de conciencia, Amnistía Internacional exhortó a la revisión de sus casos, al tiempo que le seguían preocupando las noticias sobre la suspensión frecuente y prolongada de las visitas de familiares y de la correspondencia. La mayoría de éstos se hallaban en la prisión de Combinado del Este en La Habana, y en la prisión de Boniato en Santiago de Cuba, en el este del país.

Armando Valladares Pérez, preso de conciencia adoptado, fue puesto en libertad en octubre tras cumplir casi 22 años de una condena de 30, tras la intervención personal del presidente de Francia. Confirmó entonces la información que había recogido Amnistía Internacional, en el sentido de que en el curso de su proceso no se habían presentado pruebas concluyentes en su contra, así como que durante varios años de su última etapa en prisión había estado paralizado. Un tratamiento intensivo de fisioterapia que

recibió en los meses anteriores a su liberación le había posibilitado volver a caminar. Confirmó así mismo que en varias ocasiones le había sido retirado el tratamiento médico a raíz de la publicación de sus libros en el extranjero y de las protestas que realizaba por su tratamiento.

Angel Cuadra Landrove, otro preso de conciencia adoptado por Amnistía Internacional, fue liberado en abril después de cumplir su condena de 15 años de prisión. A finales de 1982 seguía aguardando autorización para salir del país.

Amnistía Internacional estaba investigando los casos de Elizardo Sánchez Santa Cruz, Luis Ruiz, Eladio Moreno Vilches, Edmigo López Castillo, Nicolás Guillén Landrián, Orestes Bautista González y Gustavo Arcos Bergnes, para determinar si sus detenciones caían dentro del mandato de la organización.

Amnistía Internacional continuó recibiendo informaciones sobre la detención prolongada en condiciones de incomunicación de los sospechosos por motivos políticos en "Villa Marista", sede de la Policía de Seguridad del Estado. Carlos Alvarez, ciudadano estadounidense de origen cubano, fue a Cuba a visitar a su familia. Detenido el 30 de enero se le reclusó sin que se le formularan cargos en "Villa Marista" bajo sospecha de estar vinculado con grupos de exiliados en los Estados Unidos implicados en actividades contra el gobierno de Cuba. El 19 de febrero Amnistía Internacional hizo un llamamiento al gobierno para que diera a conocer los cargos que se le formulaban y para que se le permitiera el acceso a un abogado y a su



LUIS CRUZ AZACETA: Little Homo-Fetish. Acrílico sobre tela, 93 x 73, 1983. (Cortesía: Allan Frumkin Gallery, New York.)

familia. El 16 de abril fue liberado incondicionalmente, pudiendo regresar a los Estados Unidos.

Miguel Mariano Suárez, nacido en Cuba y naturalizado ciudadano de los Estados Unidos, fue detenido en abril de 1982 mientras estaba en Cuba visitando a su madre. Estuvo detenido en "Villa Marista" hasta su liberación sin que le hubiesen formulado cargos, en agosto de 1982. El 29 de julio Amnistía Internacional había hecho un llamamiento en su nombre. Posteriormente dijo que le habían obligado a confesar que era un espía.

Una serie de extranjeros acusados de entrar en Cuba ilegalmente denunciaron haber permanecido incomunicados por largos períodos y sometidos a interrogatorios intimidatorios. A Amnistía Internacional le preocuparon las informaciones sobre la detención prolongada en condiciones de incomunicación, la falta de información a los familiares, y el uso de amenazas y otros métodos intimidatorios para obtener declaraciones autoincriminantes.

Se supo que Juan del Río Vargas, Luis Felipe Santos y Felipe Hernández Martínez fueron detenidos y condenados a ocho años de prisión por sus actividades religiosas como Testigos de Jehová. Se tenían pocas noticias, pero se sabía que Hernández Martínez estaba detenido en la prisión de Combinado del Este en noviembre de 1982. Los Testigos de Jehová han estado prosritos en Cuba desde 1975.

Durante 1982 Amnistía Internacional tuvo noticias sobre el aumento en el número de sentencias de muerte y ejecuciones. Un ex-presos en una celda de castigo en la prisión de Combinado del Este informó que en abril de 1981 había 67 presos condenados a muerte en esta ala de la prisión. Según este mismo preso, en agosto de 1981, 54 habían sido ya ejecutados. Se dijo que algunos eran presos políticos. Entre los ejecutados estaban: Abilio González, de 28 años y Rodolfo Alonso

Roche, de 21, según se dijo por intentar quemar un autobús; Emilio Reloba Cardulis, presuntamente por incendiar una refinería de azúcar; tres hermanos de apellido García Marín, presuntamente por haber tomado rehenes en una embajada. Raudel Rodríguez Rodríguez y Eduardo Delgado (véase Amnistía Internacional-Informe 1981) que habían sido condenados a muerte en diciembre de 1980 por desarmar y herir a un policía, no fueron ejecutados. Al parecer sus condenas fueron conmutadas por el consejo de Estado que posee autoridad final para conmutar las penas de muerte. El 1º de octubre de 1982 se supo que fueron ejecutados 29 cubanos acusados de intentar asesinar al presidente Fidel Castro. Entre ellos estaban Ramón Toledo, de 40 años, y Armando Hernández González, de 29. Las noticias indicaban que fueron ejecutados en la prisión de La Cabaña.

Así mismo causaron inquietud las informaciones que señalaban que 10 presos condenados a muerte en 1959 en conexión con delitos cometidos por las fuerzas armadas del ex-presidente Batista, continuaban bajo pena de muerte al no haber sido revisadas sus condenas desde aquella fecha.

Este informe cubre el período de enero a diciembre de 1982.

FE DE ERRATAS

En el número anterior de MARIEL (Año I, N° 3, Otoño/1983), por razones ajenas a nuestra voluntad, aparecieron las siguientes erratas: **Página 1:** fue omitido en la cubierta el nombre de Evelyn Cole Falto.

Página 2: en el índice faltó indicar que el trabajo "Testimonio de un apestado", de Rogelio Llopis Fuentes, constituía nuestra sección **Experiencias**.

Página 2: en las fichas biográficas de los ilustradores, fue omitida la correspondiente a JORGE CAMACHO, que debió decir: JORGE CAMACHO es uno de los pintores cubanos que mayor reconocimiento internacional ha alcanzado. Reside en París desde 1960, donde recientemente ha llevado a cabo con gran éxito varias exposiciones.

Página 2: en la lista de nuestros suscriptores de honor, en lugar de Elda Phillips, debe decir: Elda Maria Phillips.

Página 3: no apareció la ficha de ROBERTO VALERO, que debió decir: ROBERTO VALERO publicó recientemente en España su primer libro de poemas: Desde un oscuro ángulo. Forma parte del Consejo de Editores de MARIEL.

Página 2: El asterisco que aparece al final del título **Receta para la fabricación del hombre nuevo**, correspondiente al capítulo de la novela de MIGUEL CORREA, debió remitir al lector a la siguiente nota al pie: Capítulo de la novela **Al norte del infierno**, premiada en el Festival de las Artes de Miami, y próxima a ser publicada por la Librería Sibi.

Página 4: faltó indicar que la autora de la ilustración de esta página es la pintora Gina Pellón.

Página 13: en el verso 12 del poema "Sobre el género", de Evelyn Cole Falto, falta una palabra. Debe decir: *aunque nos rompamos la cabeza contra el bolígrafo*

Página 26: en la primera columna, séptimo párrafo, tercera línea, donde dice: **más injuriosa para los oídos de lo que es**, debe decir: **más injuriosa para los oídos patrióticos de lo que es**.

Página 27: en la primera columna, quinto párrafo, líneas 12-13, donde dice: **sobre todo en cuanto a los valores liberales**, debe decir: **sobre todo en cuanto a asimilar los valores liberales**.

Página 30: en la primera columna, segundo párrafo, líneas 7-8, donde dice: **ola incitada callejera**, debe decir: **ola incitada por el neoexpresionismo alemán e italiano actuales y por la estética callejera**.

MARIEL, Revista de Literatura y Arte

BOLETA PARA SUSCRIPCIONES Y CONTRIBUCIONES

NOMBRE:
DIRECCION:
CIUDAD: ESTADO/ZONA POSTAL:
PAIS:

Por favor, marque el cuadro correspondiente:

☐ Suscripción individual en E.U.A. (US\$ 10.00 al año)
☐ Suscripción de instituciones en E.U.A. (US\$ 15.00 al año)
☐ Suscripción individual en el extranjero (US\$ 20.00 al año)
☐ Suscripción de instituciones extranjeras (US\$ 20.00 al año)
☐ Contribución monetaria por US\$

Adjunte la cantidad indicada en ☐ cheque o ☐ giro postal.

POR FAVOR, NO ENVIAR EFECTIVO. Haga los cheques o los giros a nombre de:
MARIEL. Sólo se aceptan pagos en dólares de Estados Unidos. Los precios que aparecen arriba corresponden a cuatro números de la revista.

NOTA: Si su contribución monetaria es por US\$ 50.00 o más, la revista MARIEL lo considerará SUSCRIPCIÓN DE HONOR. Una lista de los suscriptores de honor aparece en cada número de la revista. Si usted quisiera que su nombre aparezca en esa lista, firme a continuación.

AUTORIZO A QUE MI NOMBRE SEA PUBLICADO EN LA LISTA DE SUSCRIPTORES DE HONOR DE MARIEL

Firmado:
Llene esta boleta y envíela hoy mismo a:
MARIEL, P.O.BOX 2788, New York, NY 10185

Ex-leído lector:

La revista MARIEL fue creada en abril de 1981 por un grupo de escritores cubanos salidos de Cuba durante el puente marítimo entre Mariel y Cayo Hueso.

Queremos dar a conocer a los numerosos artistas que abandonaron la isla en ese éxodo, reactivar el interés por la cultura cubana, y publicar obras de otros creadores, ya sean cubanos, latinoamericanos o de cualquier parte, que respeten los principios de libertad, honestidad y calidad que nosotras sostenemos.

Nuestra revista ha sido bien acogida por la crítica, y va-tiendo de los más importantes escritores y artistas del exilio ya han aparecido en nuestras páginas.

Pero tenemos problemas económicos. El 90 por ciento de los gastos todavía es pagado con nuestros propios recursos individuales, que son bastante limitados (como los de todo refugiado).

Algunos amigos nos han dado un modesto apoyo financiero, pero necesitamos más suscripciones y contribuciones. Si le ha gustado leerlos, póngame que sin su ayuda MARIEL podría desaparecer. Lléneme hoy mismo la boleta que hemos confeccionado, y envíenos con ella el monto de su suscripción o su aporte por cualquier suma. Dependemos de usted.

Cordialmente,
Consejo de Editores
MARIEL



Miró, visitante perenne

Joan Miró, una de las personalidades creadoras más vigorosas de todo el siglo XX, decidió ausentarse de las torpes miserias futuras de nuestro mundo, para sumarse a ese otro espacio en que sus personajes juegan, incansables y libres. El rostro momentáneo del pintor ya no será visto en sus parajes preferidos de Mallorca, donde llegó a los 90 años, y sus silencios ya no aturdirán a quienes buscaban en vano oírle declaraciones ostentosas. Pero desde ese mundo múltiple de sus cuadros, el pintor catalán seguirá visitándonos, en cuanto nos crea desposeídos de fervor. Perennemente, los cuadros suyos armarán su fiesta de advertencias.

La revista MARIEL rinde un modesto homenaje a Joan Miró (1893-1983), uno de los exponentes más altos de poderío poético que la pintura ha conocido.



Miró en París

Alicia Rodríguez

*En el museo de Luxemburgo
se extiende Miró*

*con sus pájaros
sus mujeres
sus estrellas
sus imágenes suspendidas
que se escapan
del metro de París.*

*Corren, se tiran, empujan,
líneas vivas vuelan
y desaparecen guantes,
narices y puentes.*

*Rayos de recuerdos, parques,
cementérios enterrados
bajo las cuevas de Lutecia;
y miran a Miró
y miran a Miró
y miran a Miró*



ALICIA RODRÍGUEZ (Las Cañas, Pinar del Río, 1949)
salió de Cuba en 1962 y actualmente prepara el
Doctorado en Literatura en la Universidad de
Gainesville, en la Florida.

En los próximos números de MARIEL
aparecerán textos de:

JUAN ARCOCHA
JAIME BELLECHASSE
ANTONIO BENITEZ ROJO
GUILLERMO CUEVAS CARRION
GUILLERMO CABRERA INFANTE
CARLOS MONTENEGRO
LOURDES TOMÁS

Además de:

- *Una entrevista exclusiva con SUSAN SONTAG.
- *Una recopilación de trabajos y testimonios sobre los homosexuales cubanos y los prejuicios contra ellos.
- *La sección de **Confluencias** enfocará, entre otras, las siguientes figuras: GASTON BAQUERO, EUGENIO FLORIT, LINO NOVAS CALVO y JOSE MANUEL POVEDA.
- *El número correspondiente a enero de 1985 estará dedicado a JOSE MARTÍ.

BULK RATE
U.S. POSTAGE
PAID
NEW YORK, N.Y.
Permit No 3430